

# Memorias de antes del embalse

Amador Castro Moure



Lectulandia

César Acosta, criado en París y huyendo de un desamor, viaja por primera vez a Galicia para conocer la tierra de su padre, fallecido recientemente.

Allí conoce a Carlos Díez, un taxista sin carnet, que le acompañará en una investigación inesperada que les llevará a una serie de sorpresas sobre la vida que llevó Dimas, «O Billares», en una Galicia rural olvidada y anegada bajo un embalse, y en la que las ranas de origami tendrán una importancia capital.

**Lectulandia**

Amador Castro Moure

# **Memorias de antes del embalse**

ePub r1.1

Titivillus 05.07.15

Título original: *Memorias de antes do encoro*  
Amador Castro Moure, 2013  
Traducción: Amador Castro Moure

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Sóio te teño a ti, miña memoria,  
envolta en señaardades e recordos:  
unhas pingas de chuvia esbagoando  
por un cristal de soños.*

Celso Emilio Ferreiro

# 1.— Fragmento del diario de Delia

**21 de junio de 1940**

Ayer, Dimas, al entrar en el Casino de Taboadela dos Viños, saludó, como de costumbre, al dueño Luís, a su hijo Cándido y a su hija Marcelina.

Luís, siempre alegre y sonriente, tenía ese día el rostro grave y algo apenado. Su ceja uniceja parecía a punto de partirse en dos por la fuerza con la que ponía cara de circunstancias. Y no era mejor la expresión en las caritas de sus hijos. Si no de terror, sí de un miedo atroz.

Al mirar Dimas hacia la derecha, en el lugar en el que esperaba ver únicamente una mesa de billar, se sorprendió al ver el Casino entero tomado por soldados y otros hombres que no eran soldados, aunque también vestían uniforme, de color azul, y llevaban armas en los cinturones. El local era grande y alrededor de la mesa de billar había espacio suficiente como para jugar sin tener que torcer los tacos. Dos soldados echaban una partida y el resto se repartía por la sala, en pequeños grupos, fumando, bebiendo y charlando animosamente. Jamás había visto Dimas tanto soldado junto.

Se acercó a la barra y pidió un vino. Mientras Luís le servía el líquido violáceo en la pequeña taza de cerámica blanca, casi plana, Dimas hizo un gesto hacia los soldados con la cabeza y Luís se encogió de hombros con la mirada triste.

—¿Sabes si funciona el coche de línea para Lugo?

—Aquí nadie sabe nada de nada y si preguntas te miran como si hubieras sido un criminal o quieras pelea —respondió Luís en un susurro—. Desde que terminó la guerra esto es así casi cada día.

—Vine a preguntar por mi tío, por el padre de Delia y por otros de la aldea que se llevaron en un camión militar hace cuatro años... Me dijeron que fuese a Lugo porque los iban a juzgar —dijo Dimas también con un hilo de voz—. PARECE QUE VA A HACER CALOR ESTE VERANO —añadió en voz alta para que lo oyeran los soldados.

—PARECE QUE NOS VAMOS A QUEMAR, SÍ —replicó Luís casi gritando— yo de ti no iría a Lugo —añadió en voz baja—, están peligrosas las carreteras... En las cunetas siguen apareciendo cadáveres de paseados cada día y hay controles cada poco... Piensa que el Lamela te tiene ganas.

—Voy a tener que ir. No hay otra manera de saber de mi tío. A lo mejor estos pueden decirme algo...

—No vayas...

Los soldados que jugaban a billar acabaron la partida.

Dimas, ignorando la advertencia inacabada, lo vio y preguntó:

—¿Se puede jugar?

Uno de los hombres de uniforme azul dirigió la mirada hacia Dimas, puso en pie

su seco metro ochenta y pico de estatura y, sonriendo con cierta soberbia, contestó:

—Si sabes...

—¿A 40 carambolas? —preguntó Dimas.

—¡Que sea a 30! —respondió, altivo, el de azul defendiendo su parcela de poder.

Los soldados que acababan de jugar se sentaron al lado de los compañeros y todos dirigieron las miradas hacia la mesa de billar. Desertores del arado, sonreían con actitud chulesca ante aquel primo aldeano que se atrevía a jugar una partida con el recién estrenado jefe local del Movimiento. A pesar de sus caras famélicas y cansadas, de sus cabezas infestadas de piojos, de sus cunas aldeanas de subsistencia, idénticas a las de Dimas, el uniforme o las armas, o ambas cosas, parecían inferirles una súbita amnesia sobre todo lo que su vida había sido con anterioridad.

La cara que coronaba el uniforme azul, contra la cual jugaba Dimas, le era muy familiar, como si ya la hubiera visto antes. Sin embargo, el pelo rapado, la cara chupada y cubierta de polvo, la barba de cuatro días, la boina roja en el hombro y el aspecto que da el uniforme, impedían a Dimas situar con exactitud el lugar donde había coincidido con aquel rostro.

Comenzó la partida el falangista. Hizo tres carambolas seguidas y falló la cuarta. Le tocó la vez a Dimas e hizo ocho carambolas seguidas, fallando la novena pero dejando las tres bolas en línea. El falangista falló su tiro y volvió a tocarle a Dimas que realizó diez carambolas seguidas. Cuando el jefe local del Movimiento iba a hacer el primer tiro de su turno, caminando alrededor de la mesa, pensando en la jugada que iba a hacer, dijo:

—¡Tres a cero!

—¿Cómo? ¡Vamos tres a dieciocho!

—No chaval. Las carambolas son a tres bandas —la sala rompió en sonoras carcajadas.

—¡Eso hay que decirlo antes de empezar a jugar!

—Mira, rojo de mierda, si no sabes jugar no juegues. Ya te advertí antes. No vengas aquí a decimos cómo se tienen que hacer las cosas... Ya le dimos lo suyo a tu tío, no quieras tragar el mismo jarabe que él —dijo, pasando el taco de su mano derecha a su mano izquierda y llevando aquélla a la funda de cuero de la pistola.

—¿Qué sabes de mi tío? —preguntó Dimas, casi gritando, cambiando la prioridad de la discusión, blancos los dedos por la fuerza que ejercían sobre el taco.

—A tu tío y a sus amigos les dimos el pasaporte esta mañana. No merecían otra cosa, igualito que los musiquillos de mierda en casa donde ibais a joderme los oídos con vuestros instrumentuchos.

Esa frase iluminó la bóveda craneal de Dimas. Aquel hombre de cargo tan importante era Expósito, el jardinero huérfano, al parecer hecho en el pajar, que habían acogido los *Ferreiros*, profesores de música, en su casa, cuando apenas contaba con ocho años de edad. El mote les venía por el oficio familiar transmitido de padres a hijos hasta que el padre de ellos decidió que los hijos tenían que estudiar.

Aún conservaban la forja, convertida en biblioteca y museo.

Expósito vivía en una habitación que habían construido para él en una parte de la herrería y ganaba un jornal cuidando la huerta, las gallinas, los conejos, el cerdo y las pocas tierras de los profesores. Le habían enseñado a leer y a escribir, aunque nunca sintió ningún interés por la música. Y cuando íbamos a ensayar, Expósito se encargaba de servirnos unas galletas y unos vasos de leche.

Se decía por la zona que era un poco retrasado, que había tenido una gran suerte al encontrarse con los dos hermanos músicos... y mientras todos estos pensamientos le llegaban a la cabeza en décimas de segundo, otros se apilaban detrás de ellos pugnando por salir a la superficie. Dimas no podía creer lo que estaba pensando. Llevaba años preguntándose quién había matado a los *Ferreiros*, quién era lo suficientemente próximo como para que no hubieran podido huir en cuanto supieron que se estaba matando gente. Pareció como si Expósito le leyese el pensamiento o éste se reflejara en su faz, porque la mano que reposaba sobre la funda de cuero espabiló poco a poco para empezar a abrir la hebilla que sujetaba la culata de la pistola.

Dimas, al verlo, soltó un golpe con el taco con toda la fuerza que puede dar la rabia en un cuerpo de dieciséis años. El aire denso y viciado se transmutó en silbido y el taco murió matando, astillas que fueron palo, contra la nuca del falangista. Aún no había llegado la boina roja al verde tapete, aún no se había congelado del todo la mirada de Expósito ni la de los soldados, mudos testigos incrédulos, y ya estaba corriendo Dimas hacia su aldea, Mourelos, atravesando los bosques de robles y castaños, evitando los caminos conocidos, sin mirar atrás ni parar por nada del mundo...



## 2.— Miña terra galega

Apenas había tenido tiempo de descender del coche de línea, de familiarizarme con la plaza y la fuente en las que me había dejado, de dejar la bolsa de viaje en el suelo, donde la había depositado para coger un cigarrillo, dar tres golpes contra el paquete con el filtro, darle una vuelta completa con los dedos para llevarlo a la boca y encenderlo, cuando un silbido anunció la llegada de un mensaje al móvil. Dudé un momento entre ignorar el mensaje y ponerme en marcha o, por el contrario, quitarme de encima la curiosidad y quedar libre para hacer lo que me apetecía que, en ese preciso instante, era comer.

Pulsé el icono que aparecía en pantalla para leer el mensaje. «7 echo d - Gira x GLZ. Nos vemos a la vuelta en 1 bar del q. latín?»<sup>[1]</sup>. ¡Valérie Codeisán! ¡Qué inoportuna! Siete años intentando olvidarla y ahora que me decidía a conocer la tierra de mi padre, aparecía de gira con su grupo de folk por la Galicia cuya existencia ella misma me había descubierto.

Retomé, no obstante, aquello en lo que estaba pensando justo cuando sonó el aviso de mensaje en el móvil: comer. Mientras fumaba el cigarrillo, di una vuelta sobre mí mismo inspeccionando el urbanismo de aquella población llamada Taboadela dos Viños. Desde la plaza cubierta por una carpa, mirando hacia el norte, divisaba dos bares en sendas esquinas. En uno de ellos destacaba, a través de los cristales, un gigantesco televisor de pantalla plana emitiendo videoclips de la MTV. El otro, en la esquina opuesta, quedaba algo más lejos de la vista y era difícil adivinar la disposición interior de éste. En la estrecha acera, algunas familias, o grupos de hombres solos, ocupaban todas las mesas que tenían sombrilla. Hacia el sur, calle abajo, en la que parecía ser la antigua carretera que en tiempos atravesaba muchas villas, constituyéndose en su arteria principal, tras una panadería, una librería y una sucursal bancaria, se veía un cartel negro, con letras verdes, en el que rezaba la palabra «Anduriña». Esa enigmática palabra hizo que escogiera ese lugar para probar, por primera vez, las viandas de aquella tierra.

Apuré el cigarrillo antes de entrar. Al abrir la puerta me encontré con un local vacío y en seguida pensé que me había equivocado. Si los otros bares estaban llenos y éste vacío, no podía augurar nada bueno. Cuando ya daba media vuelta, apareció el dueño del local, un hombre risueño, moreno, delgado, no muy alto, de edad indefinible entre cincuenta y sesenta años, con gafas bastante gruesas, delantal blanco y un gorro de cocinero en la cabeza quien, tendiéndome la mano en señal de bienvenida, realizó después un movimiento circular de capote imaginario, con el brazo, indicándome que tomara asiento en cualquier mesa.

—Buenas tardes. Querría comer algo —dije.

—Pues para eso estamos —respondió José Manuel, el dueño del local—, para satisfacer el hambre de nuestros clientes. Usted viene temprano. Quien da primero, da dos veces.

Tomé asiento en la mesa que quedaba más a mano, dispuesto a pedir una ensaladita y salir corriendo en busca de algún lugar mejor. Cuando iba a pedirla, José Manuel se adelantó diciendo:

—¿Le parece bien que empecemos con unos choquiños en su tinta?

—Me parece perfecto —asentí tras unos milisegundos poniendo cara de pez mientras establecía una asociación de ideas entre la desconocida palabra «choquiños» y la palabra «tinta».

—¿Y para beber que será?

—¿Tiene algún buen vino blanco?

—Tengo un albariño de aquí de la tierra, de la Ribera del Mineu, que consuela el paladar y hace olvidar las penas.

—Pues probemos ese vino.

José Manuel iba sacando platos de la cocina, elaborados por Carmen, su mujer, y sirviéndolos en la mesa en el momento justo en que finalizaba el plato anterior. Choquiños en tinta, navajas a la plancha con ajo y perejil, anchoas del Cantábrico, lacón cocido aderezado con pimentón rojo, sal gorda y aceite de oliva, acompañado de pan con tomate...

—El pan con tomate es un invento catalán —explicó José Manuel— que me parece uno de los mejores inventos culinarios de la historia de la humanidad. No va bien con todo, ya que con los platos de mojar es mejor el pan sin adornos, al igual que con los quesos, pero con embutido o con anchoas me parece de una delicadeza extrema. Los tomates tienen que estar bien maduros para restregarlos en el pan y teñirlo de rojo. Un poco de aceite de oliva virgen y sal complementan al tomate.

—¿Y cómo llegó a importar usted este plato?

—Como muchos gallegos, emigré a Barcelona cuando era joven, en 1965. Me puse a trabajar de camarero y fui cambiando de local a medida que tocaba techo en el anterior. En uno de ellos conocí a mi mujer, la Carmeta, que es catalana. Era cocinera. Cuando nuestra hija se independizó, empezando a hacer su vida, decidimos venarnos a Galicia y montar nuestro propio negocio. ¿Le pareció todo bien?

—¡Me pareció todo excelente!

—¿Querrá algo de postre?

—¡Sorpréndame!

José Manuel se dirigió al mostrador-nevera que separaba la cocina del resto del local y pidió algo a la Carmeta que no entendí. Cuando volvió, depositó en la mesa un plato estrecho, rectangular, de un blanco inmaculado, sobre cuyo lado izquierdo reposaba, a la espera de ser degustado, un pedazo cúbico de algo que parecía una tarta de chocolate, rodeada de trocitos de pistacho esparcidos por el resto del plato, algo de cacao puro en polvo mezclado con canela y unas gotas, aquí y allá, de chocolate

fondant.

—Ésta es la tarta tradicional de galleta que hacían nuestras abuelas y madres. Se mojaban las galletas, lo justo, en una mezcla de leche con café y coñac y se extendían sobre una fuente. A continuación se las cubría con una capa de mantequilla mezclada con café y azúcar. Una nueva capa de galletas y una capa de chocolate deshecho. Y así tantas capas alternas como la cocinera crea conveniente, cubriéndose todo eso, por encima y por los lados, con cobertura de chocolate y con adornos de clara de huevo al punto de nieve.

»Nosotros variamos un poco la receta y sustituimos el coñac por un licor de café más suave, la mantequilla por mascarpone y las galletas María por galletas de canela de Cambeo, fusionando nuestra receta tradicional con la del tiramisú italiano. Aún no le pusimos nombre. En la carta seguimos llamándola *tarta de galletas de la abuela*.

Cogí con la cuchara una porción de la tierna tarta. La llevé a la boca y dejé traslucir al exterior las sensaciones físicas de orgasmo culinario que me embargaban. Me tomé mi tiempo saboreando cada cucharada de aquel postre ligeramente alcohólico hasta que terminé con él por completo y me recliné en el respaldo de la silla, absolutamente satisfecho.

—¿Café? ¿Una copita?

—Un café solo y algún licor de la tierra.

Mientras se hacía el café, José Manuel depositó sobre la mesa varias botellas con líquidos de distintos colores. Aguardiente blanco y de hierbas, licor café, licor de cerezas, licor de aguardiente, similar al Baileys en su color y textura lechosa, licor de miel, de nueces, de avellanas...

—Todos elaborados por nosotros mismos.

Me decidí a probar el aguardiente blanco. Aunque era fuerte de entrada, su sabor aromático y afrutado me cautivó lo suficiente como para repetir. Dejé para otra ocasión la cata de los demás licores. Saqué un cigarrillo del paquete, le di los tres golpes y la vuelta y, antes de llevármelo a la boca, dije:

—Me recuerda a la grappa. Exquisito. Voy a echar un pitillo y vuelvo.

—Ahora no hay nadie —dijo José Manuel señalando la vacuidad del local—. Aquí la gente no almuerza tan temprano. Puede fumar si lo desea, a nadie molesta y no creo que vaya a venir un inspector hasta este rincón del culo del mundo. De hecho, aprovecharé para echar yo también un pitillo.

—Siéntese conmigo y tomamos una copa juntos.

—¿Y bien? ¿Qué trae por aquí a alguien con acento francés como usted? —preguntó, intentando no ser excesivamente inquisitivo, José Manuel.

—Mi padre nació por aquí cerca, en Mourelos. Vine para conocer la tierra de donde vengo, de donde se fue mi padre, Dimas Pérez Diéguez.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de José Manuel. El nombre de Dimas hacía muchos años que no se mencionaba por nadie.

—Dimas Pérez, O Billares... Para unos un héroe. Para otros un bandolero. Yo era

muy pequeño cuando Dimas se marchó para no volver. Tengo algunos recuerdos confusos, aunque la mayoría son historias que oí contar y nadie sabe hasta qué punto se puede fiar uno de los chismes... Mourelos hace muchos años que no existe. Quedó debajo del agua del embalse en los años sesenta y los que vivían allí se tuvieron que marchar. En Freimondi aún vive un amigo de su padre, Xaquín da Vila, aunque dicen que está loco. En Montoxo tiene un restaurante el hijo de un primo suyo, O Caracho. Aunque podría ser que su memoria fuera de tan corto alcance como la mía, quizás le hayan contado alguna historia de Dimas.

—¿Por dónde cree que debería empezar?

—Vaya a visitar Freimondi. Es una aldea pequeña a siete kilómetros de aquí con unas vistas impresionantes sobre el río Mineu. Muchos habitantes de Mourelos se establecieron allí. La poca gente que vive ahora seguro que sabe más que yo. Puede esperar el coche de línea de las seis o puede coger un taxi ahí mismo en la plaza...

Pagué la comida —*a los licores está invitado*—. Un precio que me pareció demasiado barato en comparación con lo que había disfrutado y, sobre todo, con los precios de París.

### 3.— Valérie

La pasión de Valérie Codeisán, nacida en Bélgica, por Galicia y lo gallego, llegaba a confundirse con la pasión que demostraba entre el algodón de las sábanas. La conocí en París, siendo yo profesor de un seminario, algo improvisado y aceptado con calzador, sobre nuevas tecnologías aplicadas al instrumento musical. Valérie se había matriculado sin demasiado interés. Buscaba aún algo que la satisficiera, compaginando la música, basada en las raíces de unos padres emigrantes, con todo tipo de actividades diversas y dispares. Y el gusto por la música, en cierto modo, le había sido impuesto. Las integrantes de su grupo de folk se conocieron de niñas en las clases de baile y pandereta organizadas por el Centro Gallego de Bruselas.

Apasionada en todo cuanto hacía, pero incapaz de mostrar un interés duradero, iba saltando de seminario en seminario, siempre que el título fuera sugestivo, hasta conocerme. En un cruce de caminos, nuestras vidas, nuestros cuerpos y nuestros alientos se trenzaron de una manera que, en un momento determinado, parecía indisoluble.

Ambos aprendimos del otro. Supe que Galicia existía. A través de la música y las descripciones de Valérie llegué a amarlas tanto, a Valérie y a Galicia, como en algún momento odié a mi padre.

Valérie tuvo en mí la mano que te da el empuje definitivo. Le di seguridad en sí misma y una meta a la que llegar: triunfar en el mundo de la música. Fundó, con sus amigas de la infancia, el grupo *Esprito* y empezó a distanciarse gradualmente cuando el grupo iba de gira por media Europa, cantando en gallego, por Amberes, Alemania, Francia u Holanda, mientras yo me quedaba en París trabajando en mi laboratorio de Análisis Forense Digital o impartiendo mis seminarios. Distanciamiento que se hizo patente cuando la cantante del grupo *Urban Trout*, Satkia Clavier, fue sustituida por Valérie pocas semanas antes del Festival de Eurovisión, donde irían representando a la televisión pública belga con la canción de raíz folk *Slimanai*, escrita en un idioma imaginario.

Así fue como, el año 2003, poco después de unirnos los dos a la *Plateforme Contre La Burle Noire*, integrada en el movimiento «*Nunca Más*», Valérie me abandonaba por el líder del grupo belga Urban Trout, Yves Barbier, para cantar ante las televisiones de media Europa y quedar segundos en el concurso. La organización del festival había prohibido terminantemente a Valérie salir al escenario con la camiseta de «*Nunca Más*».

No tuve ningún contacto directo más con Valérie. Supe de ella intermitentemente, durante los últimos siete años, viéndola en la prensa o la televisión.

En 2004 la prensa la relacionó con Luca Sallieri, apoyando su candidatura europea por el partido Verde; en 2006 apareció junto a Anxo Cebola, técnico de la

radiotelevisión francófona belga, gaitero fundador del grupo de fusión *Imaxes*, a quien también conocía desde la infancia en el Centro Gallego; pero no tuve noticias personales de ella si exceptuamos algún WhatsApp por fin de año.

Valérie, *loin des yeux, près du coeur*, ahora que yo había decidido emprender una pequeña peregrinación de encuentro con mis raíces, el teléfono móvil se empeñaba en recordarme, justamente, que la historia que quería olvidar se acercaba a Taboadela dos Viños, casi al fin del mundo, en forma de gira musical.

## 4.— Freimondi

Caminé hasta la plaza donde me había dejado el autobús y divisé tres taxis blancos en la parada correspondiente. Me acerqué al primero de ellos.

—¿Me llevaría a Freimondi?

—Claro —dijo el taxista cogiendo la bolsa de viaje y depositándola en el maletero.

El taxista maniobró haciendo derrapar las ruedas traseras y obligando al Skoda a girar sobre sí mismo colocándolo en posición de enhebrar, a toda velocidad, la carretera, justo a la espalda de donde estaba situado en la parada de taxis. Un hombre joven, de veinte y pocos años, mofletes gordos y sonrosados, risueño y hablador.

—¿Usted no es de aquí, no?

—No.

—¿Belga?

—Francés.

—Como Abidal, Ribery...

—No sigo mucho el fútbol pero sí, ellos son tan franceses como yo.

—Sí va a Freimondi debe ser hijo de emigrantes. ¿Sabía que el 94% de los franceses que vienen a Galicia es hijo de emigrantes? ¿Y que el 5% de ellos se queda a vivir aquí para siempre? En Taboadela hay un bar montado por dos chicos franceses, un chico y una chica, que venían todos los veranos con los padres y otro de una chica suiza que vino un verano y ya se quedó.

—Les gustaría esta tierra. Yo acabo de llegar...

—Lo normal es que empiecen visitando Santiago, Vigo, las rías... hasta aquí llegan pocos si no son nietos del país. ¿Tiene familia en Freimondi?

—La verdad es que no lo sé... yo venía a visitar Mourelos pero por lo que parece ya no existe.

—Mourelos es una Atlántida fluvial.

—Curiosa comparación...

—Me llamo Carlos. Carlos Díez de las Heras. Si quiere un buen guía puedo ser su taxista particular. Cerramos un precio por los días que vaya a estar por aquí y yo encantado...

—César Acosta. Puede que acepte su oferta. Aún no sé cuánto tiempo me voy a quedar... Ya hablaremos más tarde.

Carlos, especialista en psicología por el Reader's Digest, captó en esa frase mi necesidad de silencio. Avanzamos por la estrecha y curvada carretera los kilómetros restantes, flanqueados por gruesos, ancianos y majestuosos robles y castaños que, en un momento determinado, daban paso al dominio de eucaliptos y pinos en disposición menos anárquica que los árboles autóctonos, para desaparecer de los

márgenes de la carretera, mostrando un hermoso valle, poco antes de llegar a un ensanche donde una señal anunciaba la llegada a Freimondi, Ayuntamiento de Taboadela dos Viños.

A la izquierda, una fuente de granito murmuraba sin descanso, desgastando poco a poco, con paciencia secular, la verdosa piedra de su base, circundada por unos bancos del mismo material que invitaban a la tertulia de los ausentes parroquianos. Aparte del agua, algún grillo y algún pájaro insomne, no se oía ruido alguno que invitara a considerar que aquella aldea estaba habitada.

—Es la hora de la siesta —respondió Carlos a mi pregunta no formulada.

A la derecha un viejo rótulo de madera de caracteres ilegibles, sobre una puerta gris, hacía pensar en algún tipo de comercio que, sin duda, había vivido tiempos mejores y al que ya se acercaba Carlos sin aguardar a que yo me decidiera por tomar un camino u otro.

Una campanilla sonó al franquear la puerta. Tras ella se escondía una pequeña sala, de apenas veinte metros cuadrados, en la que se amontonaba una cantidad de objetos digna de unos grandes almacenes. La pared de la derecha tenía, en perfecto orden, todo tipo de materiales textiles: bragas y calzoncillos, calcetines, batas y camisones, camisetas, sujetadores... y material auxiliar: cremalleras, botones, hilo, agujas, dedales... En la pared de enfrente, agujereada por un marco sin puerta que debía llevar a la trastienda, comestibles de larga caducidad: latas de todo tipo, aceites y vinagres, quesos frescos, curados y mohosos, sal, azúcar, café soluble y en grano, chorizos ahumados pendiendo en ristras, tocino salado, orejas, cabezas, jamón... En la pared de la izquierda algunas herramientas de labriego, recambios de tractor y, apilados en el suelo, sacos de veinticinco kilos de pienso para perros. En las paredes laterales, a derecha e izquierda de la puerta de entrada, a espaldas del visitante, se alineaban ollas, sartenes, cafeteras y pequeños electrodomésticos.

Al oír la campanilla, salieron dos ancianas de la trastienda hacia el mostrador de madera gastada que ocupaba toda la amplitud del local, con un extremo practicable para poder pasar de un lado al otro de la frontera cuando fuera necesario. Si no eran gemelas, lo parecían. En todo caso no había duda de que eran hermanas. Sus miradas curiosas, hundidas por la edad en las cuencas de los ojos, tras reconocer a Carlos, repasaron al forastero de arriba a abajo sin olvidar un detalle.

—Buenos días Carlos —saludó la que parecía más joven de las dos.

—Buenos días Elena, Ovidia... —respondió Carlos con un ligero movimiento de cabeza a cada una de ellas.

—¿Y qué te trae por aquí? ¿Ya sacaste el carné de conducir? —preguntó la más vieja sin dejar de mirarme con curiosidad.

—¿El carné para qué lo quiero? El caso es saber conducir. Traje a este señor francés. No sé si busca a algún pariente...

—Buenas tardes. Me llamo César Acosta. Busco la casa de mi padre, Dimas Pérez Diéguez.



Un asombro genuino invadió los rostros de las dos hermanas. Al unísono se llevaron ambas manos a las mejillas y, al unísono también, abrieron la boca como si buscaran la bocanada de aire de un pez al sacarlo del agua.

—¡Dios! ¡Ya decía yo que te me eras muy parecido! —dijo la mayor. ¡Eres igualito, igualito, a tu padre!

—El hijo de Dimas —coreó la otra hermana—. ¡El hijo de Dimas!

—¿Y cómo está él?

—Murió en París hace un año.

—¡Ay pobrecito! Con la vida que llevó... ¿Pero no vivía en la Argentina? Al principio, hace muchos años, aún escribía cartas, sobre todo a Delia, aunque no creo que la pobre las llegase a leer... con aquel mal bicho del Lamela a su lado... No sé si llegó a escribir a los primos... Adriano murió siendo muy niño. ¡Una desgracia muy grande! María sigue viviendo aquí. Aunque está algo delicada de salud, puedes ir a verla. Carlos podrá llevarte a su casa y no deja de ser tu prima. Al que no le sacarás nada es a Xaquín. Está perdidito de la cabeza el pobre...

—Muchas gracias. Iremos a visitar a mi prima María entonces...

—Pero no os vayáis así, oh. Tomaréis una cervecita antes, ¿no? ¿Un vino?

—Se lo agradezco mucho, pero no quisiera que se haga muy tarde. Aún no busqué un hostel donde pasar la noche.

—Por eso no se preocupe —intervino Carlos—. Sólo hay dos pensiones en Taboadela dos Viños: la Pensión Santa Lucía y la fonda de Ángel Luís Fontao. La Pensión Santa Lucía es la del Restaurante Anduriña de donde salió usted antes de solicitar mis servicios de taxi, aunque las dos son por el estilo: camas limpias, calefacción, aire acondicionado, tele... y seguramente vacías. Además, aquí en verano no oscurece hasta las once de la noche...

—Igualmente me gustaría retirarme temprano —replicó César—. Al menos hoy. Tendremos ocasión de volver aquí más veces. Seguro.

Y volviendo la mirada a cada una de las dos hermanas terminó la conversación.

—Les tomo la palabra para esa cerveza. Volveremos a vernos un día de estos.

Dando las gracias, salimos al caluroso atardecer de julio dispuestos a visitar a María.

## 5.— María

La aldea de Freimondi consta de tres núcleos de población bien delimitados. Cogimos el camino recto hacia el núcleo más próximo, pasando al lado de la fuente y de su promesa incumplida de fresco líquido resbalando por el cuerpo.

—Esa fuente era de Mourelos. La reconstruyeron piedra a piedra como recuerdo de la aldea inundada. Aquí sólo estaba el canuto echando agua, sin nada más. Sí se fija, en alguna piedra aún se puede ver el número que le pusieron para saber en qué orden volver a ponerla.

Me agaché bastante para echar un largo sorbo de aquel fresco líquido.

—Tenga cuidado con el cambio de aguas —me advirtió Carlos—. Después va a tener concierto.

—¡Bah! Pierda cuidado... Sólo es agua...

La calle de tierra, sin asfaltar, se estrechaba por la fachada de una casa grande en estado de ruina. En tiempos debió haber sido la más rica, si se me permite utilizar esa palabra en este contexto, de aquella aldea. Al contrario de las otras, ésta parecía tener la cuadra separada de la vivienda y, por su tamaño, probablemente disponía de un patio central. Frente a ella, al otro lado de la calle, una era en la que destacaba un emparrado por el que trepaba, fornida y leñosa, una planta trepadora, con hojas alternas y tormentosas de un verde intenso, casi redondas, de marcados nervios. De la parte superior colgaban algunos frutos que no identifiqué en la distancia.

—Ésos son kiwiños —dijo Carlos leyendo mi pensamiento—. Una variedad del kiwi que, por ahora, se da sólo en Galicia. Es como un kiwi, pero más pequeño y sin pelo. El kiwi se trajo de Nueva Zelanda en los años 70 del siglo pasado como cultivo experimental, aunque en realidad su origen está en la China. Supongo que por eso le llaman *Actinidia chinensis*. Exige mucha humedad y poco viento. Prendió tan bien por aquí, que ahora se cultiva de forma profesional. La gente de las aldeas fue cambiando las parras de uva por las de Kiwi porque tienen la hoja más grande y dan más sombra. Ese de ahí seguro que nació solo y ya ve usted lo hermoso que está. ¡Ah! ¡Y tiene más vitamina C que las naranjas!

—¿De dónde saca tanta información, Carlos?

—Leo mucho. Principalmente el Seleccionado del Reader's Digest y el Muy Interesante. También Internet. Hay mucha información ahí... No fui buen estudiante pero, por libre, a leer no me gana nadie.

Saqué un cigarrillo del paquete, di tres golpes con el filtro contra éste, lo giré 360 grados con los dedos antes de llevarlo a los labios y le prendí fuego. Continuamos avanzando entre las casas, algunas recientemente remodeladas. El camino describió una ligera pendiente descendente, al final de la que se veía una inmensa higuera en medio de un patio y, a la izquierda, una casa, de granito como todas, prácticamente

enterrada por la hiedra.

Apenas habíamos entrado en el patio y Carlos ya estaba gritado el nombre de María.

—¡Señora María! ¡Señora María!

Tras repetir algunas veces la misma frase, apareció, por una diminuta puerta, el menudo cuerpo de una mujer vestida totalmente de negro. Sus cabellos, de color blanco platino, destacaban sobre la oscuridad de su indumento. Unos ojos de un azul casi transparente luchaban por sobresalir de un corsé circular de arrugas dorado mil veces por el sol.

—¿Quién es?

—¡Adivine quién viene conmigo!

—¿Y luego?

—El hijo de Dimas.

—¿De qué Dimas?

—De su primo Dimas.

—¡Ay virgen santísima!

María se santiguó tres veces seguidas. Me miró de arriba a abajo otras tantas. Dio media vuelta y, respirando con dificultad, entró por la diminuta puerta por la que había salido e hizo un gesto con la mano invitándonos a pasar.

—Pasad, pasad y merendaremos algo...

Tuvimos que agacharnos bastante para franquear la puerta. Yo tuve que doblegar algo más mi metro ochenta de estatura que Carlos su escaso metro setenta. Al pasar el dintel, dimos con una inesperadamente amplia sala, dominada en el centro por una gran cocina económica con encimera de mármol, rodeada de bancos de madera por el lado contrario a las puertas de hierro por donde se introducía la leña y que ejercía las funciones de cocina y mesa de comedor a la vez. A la derecha una gran losa de granito, coronada por una chimenea en desuso, negra de hollín, aún mantenía la cadena en el centro de la que colgaron, en tiempos, los potes para cocer el caldo.

Tomamos asiento, a una indicación de María, en el banco de madera tras la cocina económica. Aún no habíamos posado los brazos en el mármol y éste ya se encontraba lleno de platos con chorizos, jamón, queso, lacón, tocino y un pedazo de tarta de almendra. Una botella de vino violáceo, sin marca, reinaba en el centro de las viandas, junto a una hogaza de pan apenas comenzada, mezcla de trigo y centeno, que alimentaba la vista y el olfato. Y sendos vasos de cristal se plantaron, inadvertidamente, frente a ambos improvisados comensales.

—Y dime, ¿cómo está Dimas? ¿No vino contigo? Tienes que contarme muchas cosas...

—Murió hace un año, aunque no tengo gran cosa que contar. Yo era muy pequeño cuando fuimos a vivir a París. Apenas recuerdo casi nada de Buenos Aires y mi padre no contaba nada de su vida. Cuando nos marchamos de la Argentina se volvió hosco y huraño. Aunque fue muy distinto en su muerte. Me dejó una carta en la que había

más ternura que en toda una vida juntos. Sí vine aquí es, justamente, para saber más cosas de él, de su pasado que también es el mío. Vine con la intención de que la gente que convivió con él me cuente cómo era el Dimas que yo nunca llegué a conocer.

—Tu padre era un buen hombre —dijo María con la voz quebrada y los ojos húmedos—. Un poco impulsivo, pero buen hombre. Siempre estaba riendo, contando chistes, haciendo bromas... pero la vida, a veces, te devuelve las bromas inocentes en forma de chistes macabros. Algunas personas las toman como una afrenta y cuando cambian los vientos aprovechan para que sus escupitajos vuelen hacia tu cara. Algunos te dirán que tu padre fue un delincuente. La verdad es que no le quedó más remedio que hacer lo que hizo. Como casi todos. Le ayudó quien lo apreciaba. Intentaron matarlo los que lo odiaban. El resto, simplemente miraba hacia otro lado. Por la parte que yo sé, conmigo se portó demasiado bien. Esta cocina la hizo llegar e instalar tu padre. Y mandó construir el cuarto de baño de la planta de encima. Las casas de aquí no tenían cuarto de baño, ni váter, ni ducha. La mía fue la primera del lugar en tener un cuarto de baño como los del cine. De la parte que yo no sé, podría contarte historias que se oían por ahí, pero seguramente la mitad serían invenciones de la gente.

—Pues yo venía con la esperanza de que aún hubiera alguien que había vivido aquellos tiempos.

—Cuando Dimas se marchó al monte, yo tendría ocho o nueve años y según qué cosas no se hablaban en presencia de chicos.

—¿Le tenía cariño?

—Tu padre y yo somos primos, pero fuimos como hermanos. Hay muchos hermanos por ahí que no se llevan tan bien como nos llevábamos nosotros. Con Delia, Xaquín, Turi y Adriano, formábamos un grupo que era la envidia de todo el mundo. Y, claro, las envidias ya sabes cómo son...

—Mala cosa la envidia —sentenció Carlos.

—Tu abuelo y tu abuela embarcaron para Cuba cuando Dimas tenía siete años. Yo no había nacido aún. Lo dejaron con nosotros, al cuidado de mis padres, y juntos crecimos. No teníamos nada más que la risa. De esa sí que no faltaba... Mis padres se apañaban como podían para dar de comer a cuatro hijos, pues como un hijo más trataron a Dimas y él nunca llamó a nadie papá y mamá más que a sus tíos.

»Después murió tu abuela. En la Habana está enterrada. Con veintiocho años se la llevó la tuberculosis. Hay quien dice que se la llevó la racanería y la mezquindad de tu abuelo pero eso sólo Dios lo sabe. El caso es que, al enviudar, volvió a su casa pero no quiso saber nada de Dimas.

—Pero volvió —intervine.

—Volver, volvió. Pero no quiso saber del hijo hasta que se casó de segundas y tuvo quien le lavara los calzoncillos. Marcelina era muy buena y no puso reparos a nada. Montaron una pensión en Taboadela, en un local que era de ella, y reclamaron a Dimas. Pero Dimas no estaba a gusto, el padre no lo trataba como a un hijo y, aunque

Marcelina sí lo intentaba, no dejaba de ser una desconocida. Eran frecuentes las escapadas del Dimas, caminando, a la casa de su abuela materna, aquí en Freimondi. Al principio, si se encontraba con algún paisano por el camino, lo llevaba de vuelta a la pensión pensando que se había perdido. Entonces empezó a escaparse por los bosques y llegó a conocerlos muy bien. Conocía caminos y escondites que nadie más conocía. Pero como era un crío y la ley amparaba al padre y, además, su abuela estaba más por conocer hombres que por otras cosas, siempre hacían volver a Dimas de una forma o de otra, aunque fuera con la Guardia Civil.

—¿Entonces, creció en casa del padre? —pregunté.

—Sí y no. Una noche Dimas llegó a la pensión de su madrastra un poco tarde para la cena. Venía de trabajar en el campo. Tu abuelo y su mujer ya estaban sentados a la mesa y, justo al entrar, vio cómo su padre le gritaba a Marcelina que la sopa estaba fría mientras le tiraba el plato, lleno, a la cara. El plato no le dio por poco, pero la sopa mojó por completo la ropa de Marcelina. Mientras ella se agachaba a recoger los pedazos del plato roto extendidos por el suelo de madera, Dimas se encaró con su padre y le dijo: —*usted nunca supo, ni sabrá, ser padre ni marido*. Dio media vuelta y corrió hacia Mourelos por los bosques, a oscuras, para no volver nunca más al lado de su padre. Pidió a su abuela materna que lo adoptara legalmente. A la postre era el destinatario de la herencia de la madre enterrada en la Habana y a su abuela le faltaba la fuerza de un hombre, pero otro tipo de fuerza, ¿no sabes?, la fuerza de un hombre que no quisiera pasar el día en la cama con ella. Después tuvo dos hermanastros, hijos de Marcelina. Los visitaba a escondidas pero no quiso volver a ver a tu abuelo.

—No sabía nada de esa historia. Mi padre nunca me contó nada... Sólo recuerdo que lloró amargamente el día que recibió una carta con la noticia de la muerte de su padre. Nunca antes lo había visto llorar de esa forma.

—Seguro que para él son recuerdos dolorosos. A nadie le gusta quedar sin padre aunque sea más tieso que el palo de una *martabela*<sup>[2]</sup>. Historias como esa, de padres que iban a Cuba dejando hijos por aquí, hubo cientos. El tuyo tuvo la suerte de que sus tíos lo quisieron como a un hijo más.

—¿Y Delia? En la carta me dejó dicho mi padre que tenía que conocer a una tal Delia que me contaría muchas cosas de él.

—Delia murió, pobrecita, hace muchos años. Se casó, no por gusto, con Manolito Lamela y tuvo una vida y una muerte desgraciadas. Dicen que escribía un diario, que valía para escritora. Pero eso sólo Xaquín lo sabe de verdad.

—Me dijeron que Xaquín perdió el juicio... —Medio pregunté, medio afirmé.

—Eso dicen. Yo no estoy tan segura. Creo que se puso una máscara porque no confía en nadie. Él también lo pasó muy mal y nadie movió un dedo por ayudarlo. Al contrario. Los únicos que le podían ayudar estaban pasándolo igual de mal que él o habían muerto. Cuando volvió de Rusia, se cerró en su mundo haciéndose al loco para no tener que dar explicaciones a nadie.

—¿Usted cree, entonces, que hablaría conmigo?

—Según el día. Según el viento. Según si llueve o no llueve. Que podría hablar... podría. Si va a querer, ni él lo sabe. A veces nos encontramos y ni me saluda. Otras, en cambio, se pone a hablar de sus locuras y no para...

—¿Y el diario de Delia?

—Si aún existe, supongo que lo conservará su viudo, Don Manuel Lamela. Dueño de la mitad de lo que veas. Todo robado a las pobres gentes, ignorantes como yo, por su padre, también llamado Don Manuel Lamela y por el cura, que Dios haya perdonado —dijo santiguándose—, Don Domingo, aprovechando el poder que les daba el cambio de régimen. Y no robaron más porque había gente, como Dimas y otros, que plantó cara y les puso las cosas difíciles. Si quieres el diario tendrás que ir a buscar a Don Manuel a Santiago y preguntarle si te lo quiere dejar ver. Eso si no lo quemó como dicen que hacía con las cartas de tu padre...

—¿Sabe dónde vive ese Don Manuel?

—Yo no lo sé. Pero podrá decírtelo cualquiera de los que tienen que pagarle los diezmos. En el banco, en Taboadela, también lo saben, pero esos no te lo querrán decir. Puede que el cura también lo sepa. Por aquí sólo pasa los domingos a las doce, da la misa y se va a otra de las catorce o quince parroquias que tiene a su cargo.

—¿Y los hermanos de mi padre?

—Tu tío y tu tía viven en Ponteminea con sus familias. Cada uno con la suya. Pero lo que podrán recordar de Dimas es, únicamente, las visitas que les hacía a escondidas. Eran muy pequeños y si saben algo más es, como casi todo el mundo, por rumores...

María, sentada frente a nosotros, me miraba con la cara de aquella niña que tenía ocho o nueve años cuando mi padre se fue al monte. Sonreía con amor, viendo en mí al Dimas que jamás había olvidado mientras movía levemente la cabeza en sentido afirmativo.

—¡El hijo de Dimas...! ¡Ay! ¡El hijo de Dimas!

Y en un momento, como si le diera vergüenza o no la considerara una actitud apropiada, levantó la voz para rogarnos una orden.

—¡Pero... comed, oh! No iréis a dejar todo eso ahí...

A pesar del calor que había hecho durante todo el día, las dos mantas que cubrían la cama de la Pensión Santa Lucía se agradecían una vez caída la noche. Subí a la habitación sin cenar. La merienda de María superaba las cantidades a las que estaba acostumbrado y, al mismo tiempo, en París esa merienda hubiera sido una cena a su hora. Escribí en la tableta los datos relevantes del día, sincronicé el móvil y me acosté.

Mientras iba entrando en estado de duermevela, enneblinado por el humo del último cigarrillo del día, repasaba los posibles objetivos a entrevistar el día siguiente. Por estar más cerca, podía volver a Freimondi e intentar hablar con el loco del Xaquín. Podía preguntarle a Carlos a qué distancia quedaba Montoxo y visitar a Caracho. Ya a mayor distancia, podía ir a Ponteminea y hablar con mis tíos, o

decidirme por ir a Santiago e intentar una entrevista con Don Manuel Lamela.

En todo caso, para un solo día, no había estado mal salir de París por la mañana, hacer el cambio en Barajas hacia Compostela, tomar el autobús hasta Lugo y otro coche de línea más hasta Taboadela dos Viños. Visitar Freimondi al atardecer, conocer a María y haber conseguido cuatro posibles personas a entrevistar. Y, sobre todo, me habían contado una parte de la historia de mi padre que desconocía. Una historia anegada, quizás para siempre, en el fondo de un embalse. El pobre viejo. Con lo que había llegado a odiarlo y, el primer día en que posaba los pies en esa tierra, ya era consciente de que su vida había sido algo muy opuesto al *glamour* universitario de París.

Doblé cuidadosamente con dos pliegues la carta que mi padre me había entregado antes de morir, bajo la forma de una rana de papel. La dejé sobre la mesita de noche y aplasté repetidamente la colilla contra el cenicero hasta que no quedó ningún rescoldo encendido. Hacía muchas noches que ya no me preguntaba por el capricho de darme la carta en forma de rana. Di media vuelta sobre mí mismo y dormí como hacía mucho tiempo que no dormía.

## 6.— Dimas

Queridísimo hijo.

Cuando leas esta carta yo estaré descansando por fin. Perdona mis faltas en gallego pero nadie me enseñó a escribirlo.

Sé que los años que pasamos en París no fui precisamente un buen padre para ti. Espero que el tiempo te ayude a perdonarme y que esta carta te ayude a entender mi obsesión por cuidarte y protegerte, a cambio de tu libertad, esa en la que siempre creí, por la que luché, pero en la que me falló la fe en un momento determinado. Esa misma libertad que nunca encontré y que, ahora, a mis ochenta y seis años, cuando la vida se me escapa por los bronquios, creo saber que no existe más que en uno mismo, en la actitud y en la forma en que uno afronta el día a día.

Hui de Galicia. Hui de Francia. Hui de la Argentina. Pero no hui de lugares. Hui de personas que me obligaron, o eso pensé entonces, a dejar abandonadas a otras personas. Otras personas a las que quise y que me quisieron. Personas a las que decepcioné, a las que negué el amparo. El conejo corriendo como un héroe.

Huyendo llegué a Buenos Aires, a finales de julio de 1949, tras un mes de travesía en barco desde Rennes, en clase «turista». La clase turista consistía en un cojín en el suelo de la bodega para colocar el trasero y, frente a cada uno de nosotros, una cadena colgando del techo de la que pendía un balde donde echar el vómito si nos mareábamos. Un balde que no era muy distinto de la escudilla donde nos servían la comida. Casi todos éramos gallegos, algunos asturianos y un par de vascos. Todos huidos a Francia cuando nos quedó claro, acabada la Guerra Mundial, que ningún país iba a mover un dedo por devolvernos nuestra imperfecta, pero entrañable, República.

Llegué deshidratado, pero llegué. No todos pudieron decir lo mismo. Con las cuatro perras que me facilitó el Partido para empezar una vida en París, me instalé en una pensión de mala muerte regentada por un gallego de Sarria. El tipo más avaro y miserable que nunca conocí. Estuve trabajando aquí y allí, en cualquier cosa que salía y cenando caldo de nada cada noche.

Tras algunos trabajos temporales y un hecho que vino de mi pasado para recordarme que, por mucho que uno escape, el peligro puede seguirte allí donde vayas, entré de mozo y dependiente en un boliche del barrio de Palermo, un barrio *cheto*<sup>[3]</sup> al norte de la ciudad. Mi buen humor, aunque te parezca mentira, y mi forma de trabajar, se ganaron el aprecio de aquella familia de Castellón. El dueño, César Augusto, se había casado, algo mayor, con una mujer joven que no superó el parto de su única hija. El corazón de ese hombre apenas bombeaba al ritmo cansado de un pozo de petróleo y necesitaba la fuerza de un hombre joven. La hija, Herminia



Acosta, de diecisiete años pero acostumbrada a hacer de mujer de la casa desde niña, enseguida se enamoró de mí, a pesar de ser ocho años mayor que ella.

Al principio no le hice mucho caso. Desde que llegué a Buenos Aires escribí a mi gran amor, Delia, a diario. Le escribí durante algunos meses con la intención de reclamarla, de que lo abandonara todo, de que saltara el océano que nos separaba para iniciar una nueva vida juntos. Pero no obtuve respuesta. Después pasé a escribir una vez por semana y poco a poco fue agotándose la tinta de mi pasión.

El silencio, la distancia de una mujer casada y la insistencia revoloteante de Herminia, llevaron a mi rendición. El año siguiente, al cumplir Herminia los dieciocho años, nos casamos y recibimos en traspaso el boliche de la Avenida Libertador como regalo de bodas.

El negocio no nos iba nada mal y puedo decirte que en esa época, a pesar de los contrastes de humor y de salud de Herminia, durante algún tiempo fui feliz. Mejor dicho: casi feliz. Pero inmensamente (esta frase no es mía, soy incapaz de escribir una cosa así. Delia sí hubiera sabido escribirla incluso mejor que Ernesto Sábato). En 1954 nació tu hermano Daniel. Cediendo a los deseos de tu madre, matriculamos a Daniel en la escuela Bayard. Allí lo captaron para la Unión de Scouts Católicos Argentinos, donde el padre Meinvielle lavaba los cerebros a los críos. De esa semilla germinó el movimiento Tacuara. Lo supimos el día que tu hermano apareció con la cabeza rapada y un brazalete adornado con la cruz de Malta.

Cuando naciste tú, en 1967, yo estaba aterrado con el rumbo político de tu hermano que a sus trece años ya se enfrentaba conmigo y con las cenizas de mis ideales. Hacía pocos meses que había muerto el abuelo y no pude negarme a la elección que hizo tu madre para ponerte nombre. César. César Pérez Acosta.

Intentando no repetir los errores que creí haber cometido con tu hermano, contigo empecé a ejercer de padre desde muy pequeño, volviéndome quizás excesivamente asfixiante. También tu madre, con más tiempo libre, se volcó en vuestra educación con más empeño. Hasta entonces reconozco que el trabajo en el comercio y el delicado motor de César Augusto nos habían absorbido más de lo deseable.

En 1969 tu hermano Daniel participó, junto con otros tacuaras, en el asalto al negocio de una familia judía en la zona de Once, en el barrio de la Balvanera. Les querían cobrar el impuesto revolucionario. La policía le apresó mientras pintaba en la pared una esvástica y la frase «*Degüelle un comunista por día*». Fue cuando visitó por primera vez una sucursal de la «Casa de Andrés<sup>[4]</sup>». Hasta entonces sólo había participado en peleas contra otros estudiantes, normalmente chicos judíos del colegio de la Asociación Israelita Sefardí Argentina. Ahí comenzaron las discusiones que tú, aunque te hacían llorar, no recordarás. Tu madre conmigo, tu hermano conmigo, tu hermano con tu madre... hasta que Daniel se sintió abandonado y traicionado cuando el movimiento empezó a desaparecer. Un movimiento que se había mantenido unido mientras coincidía en aquello que rechazaba, pero que nunca tuvo una idea clara de lo que buscaba. La mayoría de los tacuaras se reubicaron rápidamente como agentes de

los grupos terroristas parapoliciales o se hicieron colaboradores del servicio de inteligencia, aunque algunos, como prueba de la empanada mental que se cocía en el movimiento, se hicieron comunistas, anarcosindicalistas, peronistas o maoístas.

Daniel era demasiado joven para eso y pasó unos años continuando sus estudios, sin pertenecer a ninguna organización. Estaba casi siempre de mal humor. Y no insistí en hurgar en la herida porque comprendí que lo que le pasaba era que estaba desorientado.

En 1972, a través de la Juventud Universitaria Peronista, Daniel se unió al movimiento montonero por la vuelta al poder de Perón. Tú tenías cinco años. Yo había huido de una dictadura militar en España para caer en otras en la Argentina. Golpe de Estado tras golpe de Estado. En 1955, en 1962, en 1966... Daniel, por encima de todas las cosas, era hijo mío y el tiempo transcurrido fue relajándome ideológicamente, en el trato con él y conmigo mismo. Si él creía en Perón y era para derrocar una dictadura, yo lo apoyaba a ciegas. Y en el fondo veía en él lo que había sido mi vida no hacía tantos años. A la postre, quienes abrazamos una ideología nunca somos los ideólogos. Aceptamos como dogma de fe cuatro o cinco eslóganes extraídos de libros que alguien escribió y que nadie leyó enteros: libertad, igualdad, fraternidad, socialismo, anarquía, democracia... todos significan el todo y la nada. Para cada persona son un ansia distinta, más parecida a la de los demás cuanto más abstracta es.

El 20 de junio de 1973 se esperaba la vuelta de Perón tras 18 años de exilio. Su avión tenía que aterrizar en el aeropuerto internacional de Ezeiza. La propaganda consiguió juntar cerca de dos millones de personas en esa localidad para recibir al líder. Familias enteras, de abuelos a nietos, quisieron participar de la fiesta. Hacia allí fueron también los montoneros y otros grupos armados. Y allí fue Daniel. Llevaba una Astrona en el bolsillo, con las siglas R. E.<sup>[5]</sup> estampadas en las cachas, que había sacado de lo más hondo de mi armario.

Durante todo el día hubo disparos, en medio de los miles de familias concurrentes, entre los grupos paramilitares que teóricamente tenían que encargarse de la seguridad y los militantes montoneros.

Allí quedaron tendidos los diecinueve años de tu hermano Daniel, un cuerpo inerte, junto a una docena más, protagonista involuntario de la masacre de Ezeiza. La bala que lo atravesó salió, dijeron, del revólver de un viejo compañero tacuara. Nunca se investigó la masacre y en la prensa dejó de hablarse pronto de ella. Ni siquiera la policía preguntó por el origen de la pistola cuando vino a casa para darnos la terrible noticia. Y entre tu madre y yo quedó un vacío de los que duelen intensamente.

Diez meses después, el 13 de abril de 1974, el día de tu séptimo cumpleaños, se paró el corazón de tu madre. *Cardiopatía isquémica crónica* dijeron que tenía, como su propio padre. Un largo nombre para decir que su corazón no pudo superar la muerte de Daniel, ni el hecho de no poder evitar, cada vez que me miraba, un amargo reproche silencioso sobre la autoría moral del disparo.

Tres meses más tarde, cuando acabaste el curso escolar, vendí el negocio y la casa y nos fuimos a París, donde abrí el bar-salón *Le Billard* con vivienda en el piso superior. Durante los primeros años en tierras francesas, cuando te preguntaba qué recordabas de Buenos Aires, me decías que sólo el viejo y fileteado carro que utilizaban los botelleros. Ahora puede que no lo recuerdes, pero siempre salías a saludar al botellero que pasaba todos los días por las calles gritando:

Booteeyero... botellas... diarios viejossssss, fierro viejoooo... boteyerooooooooooooo.

Y a veces, cuando te bañabas, decías lo mismo y con el mismo tono de voz. Otras veces cantabas con revieja voz infantil aquel tango llamado Cambalache. Te daba mucha risa la palabra «gil».

El resto de nuestras vidas juntos ya lo conoces. Estoy orgulloso de ti. No lo estoy de mí ni de la época que me tocó vivir. Creciste a pesar de mi protección. Yo quería ser músico y me encontré deseando la muerte de personas. Y personas deseando mi muerte. Por eso me esforcé en que tú estuvieras más cerca de la música que de la muerte. No conseguí que fueras músico. Seguiste tu propio camino con los ordenadores. Pero eres una buena persona. Y me alegro mucho.

Todo lo que pasó antes de lo que te cuento en esta carta, prefiero no contarlo. Sé que mis silencios son una de las cosas que más te irrita de mí pero no es algo de lo que esté orgulloso y, afortunadamente, el tiempo cubrió aquellos años de polvo, haciéndolos tan borrosos que son casi invisibles. Si algún día tienes ganas de pasearte por Mourelos, la tierra en que nací, junto a Taboadela dos Viños, busca a Delia. Quizás ella te cuente lo que yo no quiero ni recordar.

Seguro que su cálida mirada pasa por el tamiz los aspectos más escabrosos, caldea los más fríos actos y envuelve con su luz los días más tenebrosos. Ella lo habría dicho así. Iba para escritora. Nunca supe de su destino pero espero que haya sido y sea feliz.

Con todo mi amor,

Dimas Pérez Diéguez

## 7.— Bancales

—Hoy la capa de ozono está de vacaciones —dijo Carlos con alegría.

—*Fai un sol de carallo* —refunfuñé.

—Vamos mejorando el gallego, ¿eh? —Y echó una risotada—. ¡Así que hoy estamos bien con jota!

—¿Con jota? No entiendo.

—¡Bien! Pero con jota de jodidos...

—¡Ahhhh! ¡Vaya! Esto me recuerda el tipo de humor de mi padre... las escasas veces que lo tenía...

—¿Dónde iremos hoy?

—Aún no lo sé. Escoja usted. Freimondi de nuevo, Ponteminea, Montoxo o Santiago.

—Uhhmm... a Montoxo mejor ir a la hora de comer. Hay una pulpería espectacular, o en el propio Restaurante Caracho de su primo se puede comer muy bien. Si quiere vamos a Freimondi, pero para ver las viñas en bancales sobre la ribera del Mineu. Damos un paseo y a eso del mediodía vamos hacia Montoxo que está aquí cerca.

—¡Hecho! Me apetece dar un paseo y tomar una ración de paisaje.

—Pues suba al deportivo que pongo el turbo.

La afirmación de Carlos no era retórica. Pisó a fondo el acelerador ante la mirada indiferente de la pareja de la Guardia Civil y ganándose el odio silencioso de una anciana que apenas podía con la bolsa de la compra.

—¿Cómo es que la Guardia Civil no le dice nada si es cierto que conduce sin carnet?

—Aquí mucha gente lleva el tractor sin carnet. Menores de edad incluso. Un taxi no es lo mismo, pero como nos conocemos todos y la Guardia Civil sabe de sobras cómo lo llevo, no hay mayor problema. Además soy hijo del alcalde y eso también ayuda. Con conducir con cuidado al salir del pueblo... si vamos a Santiago no crea usted que iré a estas velocidades.

El camino hacia Freimondi, que el día anterior había disfrutado, se me hizo excesivamente corto esta vez. Pasamos de largo por la tienda de las dos hermanas y seguimos por la carretera un par de kilómetros más. Carlos se detuvo al lado de un pequeño edificio, identificado como Club Náutico en la puerta, en el que las subvenciones de la Unión Europea, sin duda, habían invertido bastante dinero.

—Un día tenemos que venir a comer aquí —dijo Carlos señalando un balcón del Club Náutico con vistas al río.

Bajamos por un caminito muy bien cuidado, empedrado con paciencia romana, hasta un pequeño pantalán en el que atracaba una neumática y dos motos náuticas. En

el sentido de la corriente se distanciaba un pequeño catamarán cargado de turistas y cámaras fotográficas. Por megafonía un *speaker* explicaba la historia, ininteligible en la distancia, de las viñas, melena verde descendiendo en bancales superpuestos para desmayarse en el río. Un buen momento y un buen lugar para echar un cigarrillo, darle antes tres golpes, girarlo por completo y encenderlo apurando la primera calada.

—Cuando llegaron los romanos aquí ya había viñas. Fliparon con el microclima mediterráneo de la ribera y trajeron variedades propias de uva. Las mejores viñas están debajo del agua. Seguramente su abuelo tenía algunas, como todos los de por aquí. Los que no emigraron y algunos de los que volvieron jubilados, están rehabilitando las bodegas. Les ponen barbacoas de esas americanas regulables en altura, calefacción, agua corriente que sacan de pozos con bombas y un generador diesel para tener luz y juntarse con amigos o familiares a merendar un churrasco, o unos chorizos criollos, o jamón, regados con el vino de la tierra.

Observé con más atención y pude ver, entre el verdor de las viñas, algunas construcciones medio soterradas en la ladera. En los terrenos más abandonados, también las bodegas amenazaban ruina. La teja plana de pizarra de algunos tejados intentaba mantener una arqueada dignidad de la que el resto de la construcción carecía. Otras parcelas, en cambio, combinaban un verdor fastuoso con unas bodegas recién lavadas, peinadas y maquilladas. La teja árabe sin parásitos vegetales era testigo de su juventud.

—Allí en el fondo, en aquella curva del río, bajo el agua, está el puente de Mourelos —continuó Carlos señalando el lugar exacto—. Y aquí, casi bajo nuestros pies, la aldea de Mourelos que daba nombre al puente. Los años de sequía, cuando baja el agua, puede verse el campanario de la iglesia y una parte de los arcos del puente. Dicen que este año tienen que cambiar unas turbinas y secarán el embalse. Entonces podrá verse todo lo que quedó bajo del agua.

Intenté imaginar una sociedad humana viviendo allí abajo, trabajando unas viñas sumergidas que antes fueron fértiles, relacionándose entre sí y con los pueblos vecinos. Pero las imágenes que se reproducían en mi mente eran las de tribus amazónicas viviendo junto a un río que había visto en documentales por televisión.

En la viña más próxima podían verse en detalle los frutos. Uvas muy negras, con irisaciones violáceas, muy pequeñas, se amontonaban en cada racimo protegiéndose del húmedo clima. De vez en cuando, algún racimo de uva blanca, igualmente menuda, pintaba de sarampión la viña. Y en algunas podía verse un rincón con dos o tres cepas de una uva negra más grande. Cogí una pequeña para llevarla a la boca pero Carlos me detuvo.

—¡Quietoooo! ¿No ve que están sulfatadas? Eso azul que tienen las hojas es sulfato de cobre. ¿Se quiere envenenar?

»Esas chiquitíñas, como la que tiene en la mano, son Mencía. La uva negra dominante desde aquí hasta el Bierzo. Es de muy poco grado y por eso los vinos de aquí, al revés que las personas, no son vinos viajeros. Las grandes son Garnacha.

Algunos las plantan para mezclar y darle color y fuerza al vino. Las blancas suelen ser Godello... pero también las hay de Albariño. Una uva que al parecer trajeron los monjes cistercienses por el camino de Santiago, desde Francia. Curiosamente el mildiu acabó con todas las cepas francesas, quedando Galicia y el norte de Portugal como exponente mundial de esa uva. Brota muy temprano, pero madura muy tarde. Casi siempre hay que esperar a vendimiarla en otoño, arriesgándose a que las lluvias arruinen la cosecha.

De una de las bodegas próximas salía un humo casi transparente. Un aroma fuerte aunque aromático. Carlos, avanzándose como siempre a la pregunta, lanzó la respuesta:

—Ahí están destilando aguardiente. Los castellanos le llaman orujo. Esos de ahí aún no destilan con gas. Aquí pasa un poco como pasó en Escocia con el *Whisky*. La gente destila para su casa. Si acaso les sobra alguna botella la regalan a los americanos de la familia cuando vienen de vacaciones. Y Hacienda les quiere hacer pagar lo mismo que si fueran unos Osborne o unos Domecq.

—¿Y aún así se arriesgan? —pregunté arrastrando las erres.

—Bueno, normalmente no pasa nada. Es un delito tolerado, supongo. Algún año toca batida y el que destila con leña paga por todos. Los más modernizados esconden la chimenea en la montaña, la sacan lejos de la bodega y le ponen difusores para que no se vea el humo. Pero esos son los que la venden a los bares y a los turistas.

—¿Cómo sacan la uva de esas viñas? Ahí no cabe un tractor.

—Antes las bajaban a la espalda hasta el agua y las sacaban en barca. Había muchas en el Mineu. Algunas para pasar de un lado al otro. Otras para transportar la uva hasta un sitio llano donde pudiera llegar un carro. Ahora algunos siguen haciéndolo así pero con motoras. También hay veleros pero son para hacer regatas. Otros pusieron funiculares para subir la uva hacia arriba y cargarla en el tractor desde la misma vagoneta.

—¿Funiculares?

—Bueno... unos raíles por donde sube una vagoneta, parecido a como funciona un funicular o un tren cremallera.

El sol había llegado a la cumbre de su particular escalada y comenzaba a succionar parte del 75% de agua de que se compone el cuerpo, según Carlos. Lo que las personas que no se llaman Carlos conocen como sudor. Yo, acostumbrado a almorzar entre las doce y la una del mediodía, comenzaba a pelearme con las quejas de mi refunfuñante intestino.

—¿Qué tal esa pulpería de Montoxo?

—¡Está bárbara! Pero casi mejor vamos por un churrasco al Caracho y dejamos el pulpo para un día con menos calor.

—Aún no hablamos del precio que me va a cobrar.

—No, aún no lo hablamos...

—¿Y bien?

—Bueno, si voy a andar con usted todo el día para arriba y para abajo, le cobro lo que le costaría un coche de alquiler sin chófer y la gasolina que le pondría será la comida que nos comamos.

—Me parece justo.

Sonó en ese momento el inicio de una canción de Mano Negra fácilmente reconocible como *Pas assez de toi*. Miré la foto que aparecía en la pantalla del móvil y no dudé en contestar. La conversación se desarrolló en francés.

—Alló?

—Soy Rolf LeNoir. ¡Buenos días César! ¿Qué tal?

—Buenos días Rolf. Muy bien pero... ¡Hace calor! Tú me habías dicho que Galicia es como Bretaña. Verde sí que es pero muy calurosa. ¿Hiciste las búsquedas que te pedí?

—Sí. Partiendo de la lista de resistentes donde aparecía el posible nombre de tu padre, encontré una web, losdelasierra.info. Es un diccionario de guerrilleros y resistentes antifranquistas con la vida y milagros de los maquis. Hay un autor, R. D., que habla de algunos de esa región... ¿Y, sabes qué?

—¿Qué tengo que saber?

—Encontré información sobre un tal Dimas Pérez Diéguez, O Billares...

—¿Crees que se puede tratar de mi padre?

—¡Las fechas coinciden!

—Continúa por favor...

—Hasta 1947 participó en el Ejército Guerrilleiro de Liberación Nacional. Desde que el Partido Comunista le retiró su apoyo, en 1948, junto a Aviador, Álvaro Antón, Trosky y otros, montaron un grupo autónomo cuya zona de acción era la provincia de Lugo. Antón fue abatido en 1948 y Trosky capturado en 1949. O Billares, junto con otro superviviente del grupo, O Santeiro que era cenetista, lograron llegar a Francia ese mismo año.

—¿Es todo?

—Es todo por ahora.

—Muchas gracias, Rolf. ¡Eres un amigo!

Anoté los datos recibidos en la aplicación de notas del móvil, lo guardé en el bolsillo y mirando a Carlos con cierto brillo en los ojos, dije en un tono muy alegre:

—Vamos por ese churrasco.

—¿Buenas noticias?

—Un amigo de París. En realidad mi socio y amigo. Tenemos la empresa a medias. Estuvo buscando documentación sobre los guerrilleros de la posguerra en Galicia. Un día, hace mucho tiempo, me enseñó por casualidad una lista con nombres de guerrilleros y entre ellos había uno con el mismo nombre y apellidos de mi padre. Tras la sorpresa inicial, me pidió permiso para investigar si era posible que, en realidad, ese guerrillero fuera mi padre. Su *hobby* es estudiar historias de personas humanas que tienen que huir de sus tierras por guerras, genocidios o golpes de

Estado. Está interesado en estos temas porque él mismo tuvo que huir de Ruanda durante la masacre de tutsis por parte de los hutus en 1994.

—Algo oí, pero entonces tenía dieciséis años y no me percaté mucho del tema. Me interesaban más las faldas...

—Aunque hubiera sido hoy mismo, tampoco te habrías percatado demasiado. Los medios de comunicación nos sirven la información de modo parecido a los menús de un restaurante. Así pasamos de Bosnia a Somalia y a Kosovo, a Irak y Afganistán, casi como quien pasa de los entrantes al pescado o a la carne, o a la comida del día siguiente. Y, como acontece también con los menús, el plato consumido ayer ya no será interesante al día siguiente: lo más probable será que pidamos otro distinto. Si a un programa «de debate» se le llama «59 segundos» ya está todo dicho. No sé cómo se trató aquí esa información, aunque podría imaginarlo, pero en Francia, debido a la cantidad de intereses económicos en Ruanda, se pasó de puntillas sobre una matanza de, por lo menos, medio millón de personas.

—¿Y cómo fue?

—Los Hutus eran agricultores y los Tutsis pastores y ganaderos. Convivían en paz en Ruanda desde el siglo VIII. Hasta el siglo XVI, en que los Tutsis, minoritarios en número, mataron a los príncipes Hutus, les cortaron *les couilles*... ¿Cómo se dice? —pregunté poniendo las manos como si sostuviera, cada una, una pelota de goma, y moviéndolas ligeramente de arriba abajo al unísono.

—¿Los cojones?

—Les cortaron los cojones, los secaron y los colgaron de sus tambores para recordar a la población hutu aquella humillación. Así los tutsis se convirtieron en la casta militar que excluía a los hutus. Poco a poco la riqueza empezó a acumularse del lado de los tutsis hasta la colonización belga. Los tutsis se habían convertido en terratenientes ganaderos y los campesinos hutus debían cumplir con dos leyes fundamentales: entregar la mitad de la cosecha al rey y trabajar dos días a la semana, gratis, para el jefe tutsi.

—O sea, que les hincharon los cojones, colgados de los tambores, después de aguantar siglos de pobreza.

—Yo no lo habría dicho mejor. En 1959 hubo una revuelta popular, se derrocó a la monarquía tutsi y se proclamó la república. Unos ciento cincuenta mil tutsis, mayoritariamente jefes y subjefes, se marcharon del país. Pero no se fueron todos. Había tutsis republicanos que fueron considerados traidores por los aristócratas en el exilio. Como pasa en todas las revoluciones, los primeros años, mientras no llegó la corrupción, fueron esperanzadores: los campesinos accedían a la educación y el país progresaba a pesar de que no tiene petróleo, ni diamantes, ni minas de cobre... sólo café. Pero después empezaron los golpes de Estado y las matanzas de hutus en cada uno de ellos. En el 66, en el 69, en el 72, en el 88... En cada matanza morían cientos de miles de hutus. En 1993 eligieron presidente al primer civil de la historia de Ruanda. No duró ni cinco meses vivo. Los hutus comenzaron entonces la matanza de



tutsis. Y el ejército tutsi comenzó la matanza de hutus. Hay quien dice que murió, en total, un millón de personas. En esas, mi amigo, que es hijo de padre tutsi y madre hutu, después de ver como los degollaban, consiguió huir a Uganda y de ahí a Bélgica y Francia, donde solicitó asilo político. Lo más curioso del caso es que si te ponen a un tutsi y a un hutu delante, no eres capaz de saber quién es qué. No hay rasgos raciales distintivos, ni lingüísticos, ni culturales. Son igualitos los unos a los otros. Antes, la única manera de distinguirlos, aparte de su *status* social, era por el carné de identidad. Desde 1994 esa distinción desapareció.

—O sea que es igual que si los llamaran Pobres y Ricos.

—Cierto. Sólo hay que leer un poquito de historia para percatarse. El problema de leer mucha historia es que cualquier cosa nos parece banal. Por ejemplo, la posguerra aquí, en Galicia. Antes de venir quise documentarme. En los libros de historia general queda como zona ocupada en la que no hubo trincheras. De ahí a pensar, en la comodidad de nuestros sillones, que aquí se vivió una paz permanente, sólo hay un paso. Pero en los libros de historia no se suele hablar de la represión posterior a las guerras. Si logramos descender desde la nube de la ley de los grandes números hasta poder ver por un agujero cómo fue la vida de una familia cualquiera, igual llegamos a imaginarnos un pequeño porcentaje de los sufrimientos que tuvieron que padecer.

—¿Sabe? Creo que no es buena idea ir diciendo que usted es hijo de Dimas. Creo que es mejor hacerse pasar por un historiador francés interesado en la posguerra española, un escritor, un periodista o algo por el estilo. Si encontramos a alguien implicado de alguna manera, que son los que cuentan las historias más sustanciosas, es más fácil que largue a un desconocido que a un hijo. Sobre todo invitándolo a unos cuantos chupitos. Siempre está a tiempo de volver y decirles a los parientes que uno es algo de la familia...

—Nunca dejas de sorprenderme Carlos. Es una idea cojonuda. ¿Se dice así? Aunque no sé si daré el tipo como historiador... lo mío es la informática.

—Gracias. Por la historia que me acaba de contar habría jurado que era historiador. La contó muy bien. ¿Por cierto, como se solucionó el tema de Ruanda?

—No se solucionó. Aún colea. Cuatro siglos de dominación y de humillaciones no se saldan así como así.

## 8.— Heliodoro

El restaurante Caracho estaba situado frente a un jardín de césped del color de los ojos de Valérie, alrededor del cual aparcaban los coches: uno de policía municipal y dos turismos más. Algunas losas grandes de granito, enclavadas de forma vertical y dispersas por el césped, lo adornaban. A la izquierda de la puerta de entrada al restaurante, un horno antiguo de piedra, grande, bien conservado, informaba al visitante del origen del edificio, de dos plantas, como casa de labranza de relativa riqueza. Quizás también horno de pan.

Un amplio comedor terminaba con una barra, al fondo, que ocupaba prácticamente la totalidad del local en sentido horizontal. A la izquierda varias mesas. En una de ellas, comía una ensalada con atún y huevo duro, sentado frente al televisor, un policía municipal. En la otra, de espaldas al televisor y a la puerta, leyendo un diario deportivo, un anciano de cara chupada, con barba blanca de varios días, sorbía lentamente un caldo blanco. Reparé en que cogía la cuchara de una forma curiosa y eso me llevó a observar que estaba privado, por algún motivo, de la mayor parte del dedo índice de la mano derecha.

A la derecha de la puerta de entrada había una especie de reservado, separado por una valla construida con estrechas columnas de madera clara de un metro de alto, con una abertura en el centro, sobre un par de peldaños, por la que se accedía a las mesas. Acotado en sus laterales por sendas paredes, una gran ventana en el centro se encargaba de proporcionarle luz. Una pareja joven, en el rincón más próximo a lo que podríamos llamar puerta, charlaba animadamente mientras liquidaba una gran bandeja de embutidos variados. El resto estaba ocupado por una gran mesa, con espacio para unas ocho o nueve personas, que se encontraba vacía en ese momento.

Tras la barra, una risueña y juvenil Isabel, de cabellos de blanca porcelana, pasaba un trapo a las tazas de café recién salidas del lavavajillas. Junto a ella, su hija Montse, genéticamente igual, por lo menos en cuanto a la sonrisa, preparaba el siguiente plato para la pareja del fondo.

—Buenas tardes —dijo Carlos en voz alta para que todos los presentes se dieran por saludados, recibiendo a cambio únicamente un movimiento afirmativo de cabeza del guardia municipal.

—Buenas tardes —respondió también Isabel—. ¿Qué se os ofrece?

—Traje a este señor francés a probar vuestro churrasco —dijo Carlos.

—Pues os sentáis donde os apetezca que en seguida os atendemos.

Carlos escogió la mesa más lejana al televisor, a la derecha del anciano. Mientras yo me iba a lavar las manos, Carlos abrió la carta de vinos que depositó Montse sobre la mesa, junto a un plato de olivas y un cesto rebosante de unos pedazos de pan que sólo con el olor ya alimentaban.

—¿Entonces qué será? ¿Churrasco para dos?

—Quiero que este señor pruebe carne de verdad y nos traes una botella de Tinto Pesquera, de la Ribera del Duero.

—¿Crianza?

—Crianza. Paga él y no me quiero decidir por un reserva cuando yo no pago... Me dijeron que te vas a casar —inquirió Carlos a la joven Montse.

—Sí. Me caso el mes que viene.

—¿Y quién es el afortunado?

—Xoán, el vaquero.

—¿No tenías suficiente trabajo con el restaurante y vas a meterte en una explotación de más de cien vacas?

—Cuando me enamoré de Xoán no le pregunté a qué se dedicaba —y Montse rió a gusto al decir esta frase.

Volví a media conversación y tomé asiento frente a Carlos.

—Este hombre es historiador. Viene de Francia para estudiar la posguerra en Galicia —indicó Carlos a Montse.

—¿Y qué hay de interesante de la posguerra en Galicia? —me preguntó Montse. Aunque yo nací en Barcelona, aquí somos todos aldeanos, gente sencilla. No creo yo que haya muchas cosas que contar...

—Me interesan las vidas de la gente sencilla —respondí—. Aquí prácticamente no hubo guerra. Galicia despertó como territorio ocupado. Pero la posguerra fue más movida, como si a la gente le costara un tiempo asimilar lo que había pasado. Unos se adaptaron al nuevo régimen o participaron directamente en él. Otros muchos emigraron a América. Y otros se echaron al monte para luchar contra Franco. Me interesan todos. Cómo tomaron una decisión u otra. Como las circunstancias los llevaron en una u otra dirección...

—Pues lo mejor será que pregunte a los viejos. Ese hombre de ahí, por ejemplo, el señor Heliodoro. Estuvo en los maquis... —dijo Montse señalando al vecino anciano sin dedo índice y levantando la voz añadió—: ¿Verdad Heliodoro?

El anciano volvió su cara lentamente hacia Montse, con expresión de haber entendido sólo que le llamaban por su nombre.

—¿Eh?

—Que usted estuvo en el monte en la posguerra, ¿no?

—¿Quién lo quiere saber?

—Este señor francés que es historiador.

—Francés, ¿eh?

—César Acosta. Vengo de París para conocer como fue la posguerra en Galicia —intervine tendiendo una mano en dirección al anciano que quedó en suspensión, unos segundos eternos, mientras Montse encontraba la excusa perfecta para ir a buscar la botella de vino.

—¡Pues como va a ser! ¡Una posguerra! Hambre. Venganzas. Muerte... ¿No

vivió usted la Guerra Mundial en Francia?

—No señor, no había nacido...

—Hay cosas que es mejor no remover. Los historiadores harían bien cambiando de profesión... ¡A trabajar al campo tendrían que ir!

—La historia hay que conocerla, si no, no sabemos de dónde venimos.

—¿Y para qué sirve saber de dónde venimos si tampoco sabemos a dónde vamos?

—Por lo menos puede servirnos para que ciertas historias no se repitan —dije provocando una mirada de desaprobación en Carlos, temeroso de que la buena suerte de encontrar aquel testimonio quedara en nada si yo entraba en una discusión inútil.

—¿Usted cree que la gente puede evitar que ciertas historias se repitan? ¿De verdad cree eso? ¿Cree usted que todos los hombres del mundo juntos pueden parar un terremoto? Siempre hubo guerras y siempre las habrá...

Montse llegó con la botella de vino y dos copas. Mostró la etiqueta a ambos comensales, la destapó con maestría y vertió una pequeña cantidad en mi copa.

—No voy a hacer el teatro del entendido en vino. Sé si me gusta o no me gusta. Pero no me voy a poner a darle vueltas para marearme y marearlo —dije burlón.

—¡Lástima! Algunos son muy graciosos metiendo la nariz en la copa —respondió una risueña Montse.

—Sírvele también a este señor —dije indicando a Heliodoro—. Está invitado a todo lo que tome. Señor Heliodoro, si es usted tan amable de compartir la mesa con nosotros, estaré encantado de escuchar cualquier cosa que me desee contar.

El anciano, sin duda con los huesos frágiles y gastados, pero nunca reacio a aceptar un buen vino gratis, tardó en ejecutar la maniobra de levantarse, correr la silla y sentarse en nuestra mesa. Montse, mientras tanto, trasladaba plato, cubiertos y copa a la nueva situación.

Llegó la generosa bandeja de churrasco, acompañada de una gran fuente de ensalada y de su homóloga rebotante de crujientes patatas fritas. Una cantidad de carne asada que yo no había visto junta en mi vida<sup>[6]</sup>. Tan tierna que se deshacía en la boca y hacía prescindible la utilización de cuchillo si no fuera porque los hábitos aprendidos desde la niñez nos obligan inconscientemente a usarlo aun cuando no sea necesario.

Mientras engullíamos carne, ensalada, patatas y aquel pan de Cea por el que ya valía la pena el desplazamiento hasta Montoxo, apenas hubo conversación, exceptuando alguna frase elogiosa hacia la comida y el cocinero o para pedir más vino. Mientras tanto el restaurante fue vaciándose de clientes, quedando solamente los dueños, la mesa con nosotros los tres comensales, dos botellas de vino vacías, una tercera mediada y una bandeja en la que quedaba tanta carne como la que habíamos ingerido.

Mostramos histriónicos gestos de hinchazón abdominal extrema como respuesta a la posibilidad de repetir. Ninguno de los tres quiso postre. Pasamos directamente a los cafés y a las consabidas botellas de licores de la tierra, cortesía de la casa. Algo que

empecé a percibir como una costumbre local que echaría de menos cuando volviera a la frialdad de los refinados restaurantes parisienses.

—Esto no se comía cuando la guerra —dijo el anciano Heliodoro mostrando generosamente su sonrisa carente de dientes, a excepción de uno o dos, rompiendo un soñador silencio preludio de una merecida siesta—. Antes la gente de las aldeas comía patatas cocidas con un poco de grasa de tocino o unto por encima. Si se celebraba algo comía un huevo frito. Todo lo demás estaba racionado por la cartilla de racionamiento: aceite, café, azúcar, sal... El aceite lo traían en bidones de gas y a gas sabía, el café era achicoria, el chocolate harina pura, el arroz tenía más bichos que arroz, el bacalao no era bacalao, era abadejo...

—Todo eso pasó, abuelo —resonó la voz fuerte y amigable de Caracho acercándose sudado a la mesa y sentándose—. Hoy en día en las aldeas se vive mejor que en las ciudades. Las explotaciones ganaderas no bajan de las sesenta vacas. Todo está automatizado y robotizado. Y los que están en cooperativas pueden hacer algo que nunca soñaron: vacaciones.—Si no fuera por esta maldita crisis...

—Vivirá mejor quien viva mejor —refunfuñó Heliodoro—. Otros vivirán peor.

Caracho era un hombre alto, de piel rosada y cara redonda, de constitución fuerte y barriga y papada prominentes. El pelo, tan blanco como el de su esposa, no envejecía su aspecto. Al hablar era locuaz y se le notaba que había recorrido mundo antes de su asentamiento definitivo en Montoxo.

—Pero bueno... ¡Si casi no comisteis nada! ¿Tú, tampoco Carlos? Carlos y yo somos de los que engordamos viendo comer a los demás —dijo apretándole los hombros con las dos manos—. Otros comen todo lo que quieren y no engordan nunca. ¿Así que francés, eh? Creo que es el único sitio donde no monté un restaurante. Demasiada competencia —rió abiertamente.

—Pues sí. Supongo que gracias a los turistas pueden sobrevivir todos, pero a veces pienso qué París es un polígono industrial exclusivo para restaurantes.

—Pero su nombre no es muy francés que digamos...

—Cierto. Nací en Buenos Aires pero me llevaron a París cuando tenía sólo siete años. Prácticamente no recuerdo nada de la Argentina.

—Pues en Buenos Aires tuvimos Isabel y yo un restaurante. Después Bilbao. Después Barcelona. Y aquí volvimos para quedarnos —dijo Caracho.

—Hasta ahora volvían muchos de Argentina —sentenció el anciano Heliodoro—. Vinieron hasta los nietos de los que emigraron creyendo que ahora los ricos éramos nosotros. Y se encontraron con la crisis. Así que ahora puede que vuelva a ser al revés. ¡Quién sabe! Yo también estuve allí unos meses pero como esta tierra no hay ninguna. ¿En qué barrio nació usted?

—En Palermo —respondí haciendo que el anciano, por un brevísimo instante, pusiera cara de sorpresa con la respuesta, como si recordase algo de repente.

—La verdad es que no me acuerdo muy bien de aquello. La pensión, mi trabajo y poco más. Ni siquiera pasé nunca por el Centro Gallego. Estaba lleno de exiliados

políticos. ¡El gobierno gallego en el exilio! ¡Una banda de vagos separatistas y comunistas es lo que eran! —E inmediatamente apuró su chupito de aguardiente, vuelto a ser llenado rápidamente por Carlos que aprovechó para completar los chupitos de todos.

—¿Si usted no era político, cómo le dio por irse a la Argentina? —inquirí intentando que el anciano entrara en materia, calculando que ya llevaba bastante aguardiente en el cuerpo como para soltarle el músculo húmedo.

—¡Pues como tantos! Marcharon más por miseria que por política. Yo... llegué un momento en que estaba en medio. Y todo el que está en medio estorba. Nunca anduve metido en política pero los falangistas mataron a mi hermano para quedarse unas viñas nuestras, las mejores de toda la comarca. Lo pasearon una noche y lo dejaron tirado en la propia viña. El médico, Don Francisco Cebreiro, me vino a avisar y me presentó al enlace que se llamaba Eduardo Prieto. Él me llevó al monte para unirme a los guerrilleros.

—¿Todos eran huidos como usted?

—La mayoría eran comunistas, o eso decían. Algunos anarquistas. Pero también hacía muchos como yo que nunca se habían preocupado por la política... hasta que les mataron a un padre, un hermano o un hijo. Por las noches, los comunistas nos hablaban de Marx, de Santiago Carrillo y Pasionaria. Los anarquistas de Bakunin y Durruti, de los heroicos —e hizo una mueca burlona— camaradas guerrilleros Xastre, Moncho, Marrofer, Riqueche, Xan de Xenaro, Fuenteoliva... paparruchas... ¿A quién le importan esas historias de héroes campesinos? ¿Quién los recuerda? Como los hermanos Gutiérrez Alba... ¿Cómo se llamaban...? Jovino, Abelardo, Baldomero y Domitila. Les fusilaron al padre y se echaron al monte los cuatro junto con la madre. A Baldomero lo detuvieron en Cataluña. Abelardo, que era de la FAI, formó parte del Ejército Guerrillero de Galicia.

Todos muertos por las brigadillas, o en Francia, o en la Argentina, o en Venezuela hace más años de los que puedo recordar...

—¿Eran muchos en su grupo? —pregunté mientras llenaba de nuevo el chupito de Heliodoro.

—Depende...

—¿De...?

—De qué año estemos hablando... Hasta 1943 éramos bastantes. Mucha gente se echó al monte huyendo de las listas, los paseos y las simples venganzas, a veces por peleas de antes de la guerra, por tierras o por novias o por no hacer la mili... por cosas así... les ayudaba lo que llamaban «la guerrilla del llano», los parientes y los amigos de las aldeas. Sin ellos no habrían durado ni un año. Creo que al principio llegamos a ser doce. Yo lo dejé a tiempo y entré en la Guardia Civil. Después, creo que fue en el 48, los comunistas tomaron el mando y les pusieron uniformes, grises, con una gran estrella roja en el pecho. Así pasó lo que pasó. Empezaron a caer como conejos. Había mucha gente inexperta y joven. ¿Cómo se podía andar por el monte

con uniformes? Y después de ponerles uniformes, los abandonaron como a perros ese mismo año, para que vea cómo son los comunistas hasta con su propia gente. Unos vivían en Rusia como marqueses, Carrillo, Pasionaria y un tal Francisco Antón, y jugaban a reunirse con Stalin y a decidir que la guerrilla estaba desmoralizada y que había que cambiar la lucha armada por la acción política... pero los guerrilleros siguieron muriendo o exiliándose hasta que quedó sólo uno.

—Un primo de mi padre anduvo en esas partidas. Dicen que mató a un falangista discutiendo en una partida de billar. Después huyó al monte y más tarde se unió a los huidos —añadió Caracho a la conversación—. ¿No conoció usted —dijo dirigiéndose al anciano Heliodoro— a Dimas Pérez?

—¿O *Billares* era primo de tu padre? Lo llamábamos así, al parecer porque jugaba muy bien al billar.

—¿Así, lo conoció?

—Era un chaval. Yo tendría unos veintiún años y él andaría por los dieciséis, poco más o menos. Al principio no tenía ideas políticas —dijo el anciano con una voz más grave y tomada, quizás porque se le juntaban en la garganta las ganas de llorar o quizás por un exceso de chupitos—. Era la alegría del grupo, siempre haciendo bromas. Iba por libre. No aceptaba órdenes más que de Aviador. Tenía una amiga en Freimondi, una tal Delia... Cuando no estábamos lejos, dando algún golpe, iba a verla casi cada noche y volvía con comida, cartas para los del grupo, rumores sobre acciones de las brigadillas o noticias de otros grupos. Aviador se lo permitía porque él también tenía la Meirelle en la zona de A Plantada y hacía lo mismo. Por eso y porque abrazó con pasión las ideas comunistas que le enseñaba el propio Aviador. Él era el encargado de leernos los periódicos que publicaba la guerrilla porque casi ninguno de nosotros sabíamos leer. Yo le tenía aprecio a Dimas. Era el más inocente del grupo. Pero las guerras sacan lo peor de nosotros y... por este dedo que me falta siempre lo recordaré.

—¿Por qué motivo? —pregunté, percatándome de que desde que oí el nombre de mi padre en boca de Caracho, sentía que no podía controlar la excitación nerviosa.

—Bueno, eso son cosas que ya pasaron... ¿De qué periódico dice usted que es? ¿Del Progreso?

—No soy periodista. Soy historiador y quería escribir un libro sobre historias de la posguerra española...

—Pues ya le conté unas pocas historias. Ahora este viejo quiere echar una siesta. Gracias por el convite y suerte con su historia.

—¿Podremos volver a vernos para charlar otro rato?

—Nunca se sabe... De poder, se puede todo... a veces lo único que falta son las ganas...

El anciano Heliodoro se irguió con dificultad. Dio un pequeño traspie al alcanzar toda la verticalidad de que su cuerpo era capaz, hizo temer a los presentes que caería con todo su peso al suelo y después de una pequeña vacilación, empezó a caminar

lentamente hacia la puerta, cada una de sus piernas arrastrando los cuarenta y seis años que le correspondían. Los demás, a los cuales se habían unido, curiosas, Isabel y Montse, esperamos en silencio, degustando sus licores, hasta comprobar que el anciano sería capaz de llegar a su casa. Caracho fue el primero en romper el silencio en cuanto el viejo se encontró lejos del alcance de su voz.

—Cuando yo era niño, en Mourelos se contaba que ese hombre que acaba de marchar llegó a un acuerdo con la Guardia Civil para salvar su culo. Los forajidos tardaron en sospechar de él porque había entrado en el grupo recomendado por el médico de los pobres. Así era como llamaban a Don Francisco... después salió corriendo como alma que lleva el diablo y pidió a la Guardia Civil un destino en Vigo. Pero tampoco le iba mucho la vida militar y acabó marchando a Buenos Aires.

—Cuando yo era niña y pasaba él por delante le cantábamos aquella canción: *Antes eras comunista, y ahora eres requeté, cambiaste la camisa del derecho al revés...* —canturreó Isabel.

—¿Y ese tal Dimas, que fue de él? —pregunté intentando no parecer demasiado interesado.

—Creo que cuando el Partido los abandonó a su suerte, a Dimas se le cruzaron los cables. Era el más joven y tenía fe en que los suyos nunca les traicionarían. No me extraña. Mire donde está Carrillo y donde están los guerrilleros...

—Bien. Creo que es momento de pagar y dejarlos que descansen antes de tener que ponerse a preparar las cenas. Tengo que confesarles una cosa, no sin cierta vergüenza: Dimas Pérez era mi padre. Así que somos medio primos.

—Ya me parecía a mí —dijo Isabel—. Tienes rasgos de la familia de mi marido. Lo que pasa es que, al ser francés, no me acababa de cuadrar... Pero al decir que habías nacido en Buenos Aires ya no me quedó ninguna duda.

—Las mujeres, siempre con esa nariz tan fina —rió de buena gana Caracho antes de darme un caluroso abrazo.

—Les agradezco mucho la amabilidad y el calor con que nos trataron. Hoy di un paso de gigante en mi investigación.

—Haz el favor de tutearnos, primo —resaltó Caracho—. Estáis invitados. Si queréis un poco de fiesta, esta noche actúa aquí, en Montoxo, el grupo *Esprito*. Unas chicas belgas que cantan en gallego y dicen que lo hacen muy bien. Después reservaron todo el restaurante para cenar. Músicos, técnicos de sonido, de luces, transportistas... ¿Te gusta el folk?

—Sí me gusta. Me gusta toda la música. Pero creo que por hoy ya tuve bastantes emociones. Y bastante trabajo os darán los del grupo como para aparecer otra vez y por aquí —respondí intentando disimular el escalofrío que me había recorrido la médula espinal al oír el nombre del grupo.

En el taxi de vuelta Carlos mantuvo el turbo desconectado de su pie derecho. Probablemente por el alcohol ingerido. Pero también porque era consciente de que yo había hecho un descubrimiento sobre mi padre que podía romper los esquemas



mentales que me había construido sobre él.

Mientras tanto, en el asiento trasero, yo escribía un mensaje para LeNoir en el móvil: *Confirmé: mon père était le Dimas guérilléro que tu as trouvé. Continue la recherche par Aviator svp*<sup>[7]</sup>.

Una vez en el hostel, tras coger un cigarrillo del paquete, darle tres golpes y encenderlo, me dediqué a anotar en la tableta todos los datos que el viejo Heliodoro me dio esa tarde para no olvidarlos. También pasé a la tableta los datos extraídos de la conversación telefónica con Rolf LeNoir.

Una vez pasadas las notas, tenía ya una visión de conjunto y sólo me faltaba ir encontrando las piezas que formarían el gran puzle de la vida de mi padre. Parecía claro que mi padre había sido guerrillero, que había tenido una deriva ideológica de ida y vuelta que pasaba por el comunismo, pero no quedaba tan claro por qué todo el mundo, o casi, enmudecía o cambiaba de cara cuando se mencionaba su nombre. Más aún si ese nombre se mezclaba con los de Delia y Manuel Lamela. Al parecer, de forma paralela a la vida de un guerrillero (que ansiaba conocer en toda la profundidad de detalle que fuera posible), existía una historia que involucraba a esos tres personajes, tan turbia que nadie quería explicarla. Aunque otra hipótesis plausible sería que ya nadie vivo conociera esa historia, dada la cantidad de años transcurridos desde aquellos hechos...

## 9.— Don Manuel Lamela

—¿Diga? —murmuró, más que acertó a decir, una ronca voz desacostumbrada a hablar desde hacía unas cuantas horas.

—¿Don Manuel? Aquí Heliodoro.

—¿Heliodoro?

—De Taboadela dos Viños.

—¡Ah! ¡Heliodoro! Disculpe, este teléfono tiene más años que mis oídos. ¿Qué se cuenta de nuevo, hombre?

—Bueno... en primer lugar le quería agradecer su intercesión a favor de mi nieto. Estaba el *probe* sin futuro y ese trabajo en el *Concello* le ha hecho un hombre *novu*. Está contentísimo y me pide que le traslade su agradecimiento.

—Me alegro, me alegro. Ya sabe que siempre que pueda ayudar en algo...

—También quería decirle una cosa, aunque no sé si será *correto*...

—Diga, diga. ¿Algún chisme del pueblo?

—Bueno. el caso es que hoy comí *no Caracho*, en Montoxo y se presentó Carlos, ese taxista hijo del alcalde que usted puso en Taboadela, al que usted le pagó la campaña.

—Vaya al grano, Heliodoro, por favor, vaya al grano.

—Perdón Don Manuel. Pues se presentó ese taxista con un *home* francés que *dicía* ser periodista, o historiador, o algo por el estilo.

—¿Y?

—Pues que este francés hacía muchas preguntas sobre la posguerra y los bandoleros del monte.

—Al grano, Heliodoro. —Graznaba una voz audiblemente impaciente.

—Pues que estaba muy interesado en la vida de Dimas Pérez. ¡O *Billares*!

—¿Hasta qué punto estaba interesado?

—Hasta el punto de que cuando Caracho dijo su nombre ya no le interesó nada más. Pero ese interés fue lo que hizo que yo callara la boca.

—Bien, bien. Quisiera que me hiciera el favor de averiguar quién es, dónde se aloja y por qué le interesa tanto esa persona. De todas formas, si usted hizo bien su trabajo en su momento, no tenemos de qué preocuparnos, ¿verdad?

—¡No, no! No hay de qué *se preocupar*. Su secreto está enterrado desde 1949 y así seguirá cuando nos hayamos ido usted y *más yo* de este mundo.

—De acuerdo, pues. No nos preocupemos por el momento. Le agradezco su llamada, Heliodoro. Es usted un fiel servidor.

—A mandar Don Manuel. Es usted un hombre muy bueno y tiene en mí un leal servidor hasta la muerte, igual que serví a su padre hasta que, desgraciadamente, nos dejó, que Dios lo tenga en su gloria.

Manuel Lamela colgó el auricular del teléfono negro de pasta sobre la mesilla auxiliar, a su izquierda, y se reclinó en el sillón de cuero marrón encarado a la ventana. Enmarcado en ella se pintaba un claroscuro de tejados compostelanos sobre los cuales intentaba hacerse un ovillo una tórtola empapada. Dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Aquella llamada le traía recuerdos muy lejanos. Recuerdos de cuando aún era un niño, de cuando era Manolito, un imberbe de once años, obligado a trasladarse, junto a su padre, a una aldea perdida en ninguna parte.

Irguió con dificultad su obeso cuerpo apoyándose en el bastón reclinado junto al sillón y dirigió sus lentos pasos, arrastrando las zapatillas por la alfombra, hacia la librería que ocupaba toda la pared del fondo del salón. Repasó con los dedos los lomos de algunos libros, clásicos romanos en su mayor parte. Apartó cuatro voluminosos tomos falsos, dejando al descubierto una caja fuerte encajada en la pared. Con ceremoniosa parsimonia marcó la combinación en el teclado digital, abrió la puerta, apartó una pesada pistola Luger Parabellum P-08, extrajo una pequeña carpeta de su interior y volvió a dejar la librería con el mismo aspecto que tenía con anterioridad.

Volvió al sillón con la carpeta en la mano que no se apoyaba en el bastón. La depositó junto al teléfono, encima del ejemplar doblado del diario *La Gaceta*, para poder encender la lámpara de pie de estilo Victoriano. Entre la lluvia de Santiago y las cataratas de Manuel Lamela, oscurecía un poco la tarde. Tomó asiento de nuevo, dejó el bastón, abrió la carpeta y extrajo unas pocas hojas sueltas, algunas de ellas con los bordes quemados. Pensó, fugazmente, que la curiosidad había sido más fuerte que el instinto de conservación.

Cerró los ojos de nuevo y recordó. Como no tenía más remedio que recordar cada vez que la cortina de sus párpados sugería a Don Manuel la necesidad del descanso reparador de un sueño imposible, un sueño desconocido desde hacía un par de eternidades... desde aquel 1 de julio de 1949...

—Hice bien en quemar el diario de Delia. Al final siempre aparece algún fantasma del pasado, aún creyendo tenerlo todo controlado, que te puede aguar la fiesta. Ese francés ya puede preguntar por ahí que no va a conseguir nada. Todo lo que me podía comprometer estaba en este diario y sólo quedan estas pocas hojas en mi poder.

Tras ese pequeño monólogo, se colocó las gafas progresivas y se dispuso a releer, por enésima vez, aquel fragmento de diario...

## 10.— Fragmento del diario de Delia

**29 de julio de 1946**

Manuel aceptó llevarme al cine. Echaban «La vida en un hilo» y el NO-DO se encargó de recordarme que ya hace diez años de los sucesos que vinieron a cambiar nuestras vidas. Diez años de muerte y miseria, de huida hacia adelante, de ponerle buena cara al mal tiempo pese a la tristeza que va por dentro.

Tras la noticia de un campeonato de ajedrez que no me dijo nada, el NO-DO siguió con una exhibición de billar de unos hermanos argentinos. No pude evitar recordar el episodio de Dimas en el Casino y tuve que luchar conmigo misma para no ponerme a llorar. Después vino un reportaje sobre la fiesta de la virgen del Carmen en Marín a cargo de la marina de guerra y otro más sobre barcos y aviones de guerra de los americanos que me hizo temblar por su capacidad de destrucción. Me vino a la cabeza la única vez que Xaquín mencionó la batalla de Crasnibor y los veinte mil obuses que habían caído y sólo viendo aquellas imágenes de cañones disparando entendí, a medias, lo que pudo sufrir en la guerra.

Terminó el NO-DO, como era de esperar, con el ensalzamiento al décimo aniversario de la «gloriosa cruzada de liberación» con motivo de la reconstrucción del pueblo de Brunete, al parecer destruido durante la guerra, totalmente hecho de nuevo y que contrasta con el total abandono de nuestras aldeas. Ésa es la forma que tiene el régimen de comprar la voluntad de los castellanos.

Franco pronunció un discurso en el balcón del Ayuntamiento —y en ese momento Manolito se removió nervioso, sonriente y excitado en el asiento— evocando «*la lucha creadora de la que es un símbolo el bello Brunete resucitado, obra del trabajo de nuestros artesanos, inspiración en piedra de nuestros arquitectos, poder creador de una raza que luchó y murió por este resurgir*». Un lenguaje que me recordó al del maestro Lamela, en el discurso que echó aquel día en que cerró la escuela, que me hizo pensar que si no hubieran destruido antes el pueblo, no hubiera hecho falta ningún resurgir.

La película es bonita, me hizo olvidar el NO-DO y eso dice mucho a favor de ella, muy simpática e inocente y con algunos chistes graciosos. Una mujer harta del pueblo que al quedar viuda se vuelve a la capital. En el tren conoce a una adivina que le cuenta lo que podría haber sido de su vida si en vez de aceptar el taxi del segundo hombre que se lo ofreció, un día de lluvia, hubiera aceptado el del primero. Me hizo sonreír en varios momentos, sobre todo cuando dice aquello de «*un joven trabajador, sin capacidad para la fantasía, sin sentido del humor*», que tan bien describía a quien estaba sentado a mi lado casi roncando: el segundo hombre que me ofreció un taxi. Aunque no me gustó que al final Mercedes se conforme con vivir de su marido y que

no quiera más profesión que la de ama de casa si lo que busca es la felicidad y la aventura permanente. Si lo que quiere es aventura permanente que se eche al monte con Dimas y los otros... ay, qué fácil es criticar a los demás cuando yo no tuve la valentía de hacer lo mismo que le pido a un personaje de película.

Pues bien, mi diario querido, te decía que hace once años y un mes, el 16 de junio de 1935, Manolito llegó a Freimondi, un paraje con unas vistas privilegiadas sobre el río Mineu.

En el pequeño pantalán de roca natural atracaba media docena de dornas pequeñas para el transporte de la uva y una más grande para el traslado de personas a la otra orilla del río.

Manolito contemplaba las viñas y el río desde la blanca iglesia construida en el mejor lugar para contemplar el paisaje. Una rareza entre las iglesias de la Ribera del Mineu, todas de granito desnudo, de un espartano románico visigótico. Una iglesia blanca parecía una construcción marciana en aquel entorno. Imagino la cara de Manolito muy triste. Había dejado atrás amigos y familia por el traslado de su padre, Don Manuel, como nuevo maestro de la parroquia y aún no sabía cómo iba a ser acogido en aquel lugar ni cómo éramos los chicos de allí. Tenía miedo y temblaba a pesar de que ese verano era bastante caluroso. Tan caluroso que una febril actividad indicaba que se aproximaba el momento de la vendimia con un mes de antelación. Los hombres y las mujeres sudaban bajo el sol, cavando o sulfatando, recorriendo los bancales en pendiente con ritmo constante.

Manolito no entendía muy bien por qué habían trasladado a su padre de aquella manera tan apresurada, en mitad de curso. Los rumores, que siempre abundan, decían que se había pasado de la raya con el castigo físico a un alumno. Y aunque Manolito sufría en sus carnes, casi a diario, los métodos pedagógicos de Don Manuel en forma de fina vara clavada, una y otra vez, en su espalda y sus nalgas, no podía entender que sólo por eso, algo tan natural, el gobierno republicano trasladara a su padre a otra escuela. También se decía que lo habían hecho porque Don Manuel era firmemente monárquico y católico fiel de misa diaria. Y aunque los 11 años que Manolito tenía a la sazón eran muy pocos para entender la diferencia, si la había, entre monárquicos y republicanos, intuía que esa debía ser la verdadera razón. Que por muchos golpes que se le dé a alguien con la vara no puede ser motivo para enviarlo tan lejos. Manolito echaba de menos el mar y el cariño que le dispensaba su madre. Aquel río navegable, con su pequeño pantalán, por lo menos regaba con agua el paisaje, pequeña imitación del inmenso océano Atlántico. No obstante, nada podía sustituir el cariño de su madre, siempre dispuesta a regalarle besos y caricias, muerta hacía dos años. De tuberculosis, decían unos; de pena, decían otros.

En aquella escuela apenas éramos 11 alumnos. Todos juntos, en la única aula, desde los 6 años a los 14. Los constantes cambios de profesor mantenían la escuela cerrada durante muchos meses al año. Y cada vez que venía uno nuevo todo era un recomenzar. Los mayores estaban hartos de hacer palotes una y otra vez. Para los

pequeños tener escuela era motivo de alegría porque los liberaba de trabajar en el campo por pequeña que fuera la tarea que impusieran sus padres.

No había libros ni programa de curso. Cada profesor era libre de aplicar sus métodos pedagógicos y el programa que desease. Muy lejos de republicanas instituciones libres de enseñanza, en Coruña, Madrid o Barcelona, aquí la escuela era otra cosa, otro mundo distinto, otra enseñanza que la mayoría de profesores consideraba una pérdida de tiempo absoluta.

La llegada de Manolito, junto con el nuevo profesor, inundó el aire de rumorosos murmullos. Todo era uno boca-oreja constante que llenaba el aula de bisbiseos, guiños y risas contenidas. Un forastero era un acontecimiento. Dos juntos, alumno y profesor, un hito universal. Y eso, a Manolito, le hacía sentirse observado todas las horas del día.

Pronto iríamos comprobando en nuestras carnes, uno tras otro, el sistema educativo de Don Manuel. ¡Palote torcido, zas! ¡Duda al responder, zas! ¡Risita a destiempo, zas, zas, zas! Los zurdos —según el profesor los *siniestros*—, pasaban la jornada escolar con el brazo izquierdo atado a la silla. Los que le parecían sucios, eran regados con un balde de agua y pasaban el día soportando la humedad entre aquellas frías paredes de granito. Manolito nunca recibía en público su ración de reveses. Ni un reproche. Ni una riña. Ante nuestros ojos era un privilegiado, aunque más tarde supiéramos que en casa llevaba el doble de palos, de reproches, de riñas y gritos, para ejemplificar Don Manuel, en su propio hijo, la medicina de la educación.

Para Don Manuel éramos tontos sin remedio, burros que jamás aprenderíamos nada. Sólo había que ver cómo hablábamos, en ese basto dialecto que ni para hablar con los animales sirve, pues con éstos bastan los monosílabos sin sentido. Eramos unos incapaces para comprender la sutileza del castellano. Impedidos mentalmente para lo que no fuera matemática básica, no había futuro ni remedio en nosotros. Sólo se podía esperar que aprendiéramos a comportarnos más o menos dignamente y que las jornadas se fueran sucediendo hasta que se olvidara aquel lamentable accidente que un día, en que estaba incomprensiblemente hablador, me contó Manolito. Un alumno de 16 años, que se creía con derecho a replicarle, blandiendo en la mano un panfletillo de un tal Herbert George Wells llamado «*Miseria de los zapatos*», había recibido las estacadas de costumbre. La mala suerte quiso que la punta de la vara le fuera a saltar un ojo. Don Manuel no sentía remordimiento ninguno. Y estaba convencido de que sólo así recordaría, aquel insensato, el respeto por la jerarquía maestro-alumno.

Cada vez que oigo el título de un libro, lamento que ya no estén *os Ferreiros* para que me lo presten, si lo tienen. Aquí es tan difícil conseguir libros... pero ya te hablaré, querido diario, de *os Ferreiros*.

Así pues, no cabía más que esperar a que el tiempo pusiera a cada uno en su sitio. Don Manuel esperaba el regreso de la monarquía en el exilio y la restitución de los honores que su cargo merecía. Nosotros esperábamos a que lo trasladaran, como

había acontecido con tantos profesores, y nos trajeran a otro, aunque siempre hay quien prefiere que la escuela esté cerrada. Adrianito, por ejemplo, tan pequeño como era y pensaba que era mejor que la escuela estuviera cerrada que cambiar un verdugo por otro. Que al final lo único que cambia es la mano que coge la vara con que te van a pegar.

Los chicos mayores del lugar, cuando terminaba la jornada en el campo, después de la escuela, nos juntábamos en la fuente. Un canuto metálico que salía de una roca y estrellaba su agua, a una presión considerable, sobre un pilón del mismo granito, gastada por el propio discurrir del líquido y verdosa por la constante humedad. Jugábamos a la rana, a billocas o simplemente contábamos cuentos o chistes. Siempre estábamos riendo, aunque estuviéramos cansados del duro trabajo. No había más que la fuente pero nos daba la sensación de estar en la plaza mayor de un pueblo más grande.

Dimas, de 13 años entonces, era el más payaso de todos. Moreno, muy alto, con ojos color miel, siempre andaba haciendo cabriolas y contando chistes. Era el alma del grupo y, si faltaba, se notaba su ausencia. Sus tíos eran, como los padres de todos nosotros, unos labriegos de supervivencia. Dos vacas, un cerdo, un par de ovejas y algunos terrenos de reducidas dimensiones eran su patrimonio. También como casi todos, tenían una pequeña viña y media docena de castaños. La suma de todo les daba para ir tirando con esfuerzo día tras día. Dimas tiene una viva inteligencia y un brillo en los ojos que lo hacen muy atractivo. En 1936 ya nadie recordaba cuándo Dimas dejó de ir a la escuela, aunque animaba a sus primos, como hermanos para él, a que fueran siempre que pudieran y estudiaran mucho.

Después, por orden de edad, iba yo: Delia. También tenía 13 años. Mi padre, Alfonso, o *Manteiga* (lo llamaban así por la palidez de su piel), un hombretón de casi dos metros de alto y casi dos de ancho, rubio, de ensortijado cabello rizado que heredé y con unos ojos tan azules que parecían de cristal, siempre me animaba a estudiar, salir de la aldea y dedicarme a periodista o cualquier cosa en la que hiciera falta escribir bien. Siempre escribía —y escribo— las cartas a los parientes emigrados en las Américas y mis padres estaban orgullosos de mí, aunque mi madre, Argentina (de nombre, no de nacionalidad), no confiaba demasiado en que los empleos en la capital, de periodista o de lo que fuera, estuvieran hechos para gente de nuestra clase.

Completaban el grupo Xaquín *O da Vila*, un cándido y simpático rollizo, de rosadas mejillas, venido desde la vecina aldea de Vila a vivir con unos tíos, al morir sus padres en un accidente de carro, y Arturo, *O Turi*, un espigado chaval, de 12 años como Xaquín, capaz de comer el doble que sus compañeros y no engordar nunca. Su hambre y su delgadez eran famosas en toda la comarca.

Siempre que podíamos estábamos juntos. Excepto en misa, a la que Dimas y sus tíos no iban. Yo, aunque mi padre se confesaba ateo (sin pasar nunca por un confesionario), tenía que ir porque mi madre sí asistía cada domingo y fiesta de guardar. El resto del tiempo de ocio no faltábamos a nuestra cita tácita. Turi siempre

llegaba algo más tarde pues tenía la misión diaria de liar 8 cigarrillos de picadura a su bisabuelo de 98 años. Una vez enrollados los dejaba en la mesilla del Señor Antonio, postrado en cama desde hacía dos años, junto con un cuartillo de aguardiente.

Los primos de Dimas, más pequeños, aparecían a veces. Aunque normalmente se aburrían en las tertulias y preferían juegos más propios de su edad. María, Ceferino y Adriano, hermanos entre sí, trataban a Dimas como a su hermano mayor y se les notaba la admiración que sentían por él.

Manolito, desde que llegó, no se relacionaba con los niños de la aldea. Tampoco nosotros hacíamos ningún esfuerzo por relacionarnos con él. Manolito, al salir de la escuela, se dirigía a casa, taciturno como siempre. Iba sólo porque su padre tenía la partida de dominó de cada jueves con el señor cura, con el alcalde y con el dueño de la tienda de la carretera.

Hasta ese día. Debió ser a finales de junio o principios de julio de 1936. Al pasar junto a nosotros se apartó un poco instintivamente. Aquellos asnos —en palabras de su padre, Don Manuel— le infundíamos a la vez miedo y envidia. Aunque el miedo dominaba y Manolito era incapaz de discernir un sentimiento del otro. Dimas, con su brillante mirada y su permanente sonrisa, se dirigió a él diciendo:

—A ver Manolito, tú que eres intelectual, ¿sabes qué son los *biosbardos*?

Manolito apenas supo pronunciar un no y, siguiendo su camino, movía la cabeza lateralmente negando. Apretó el paso y nos dejó atrás, escuchando nuestras risas sobre las que destacaban las risotadas gruesas de Dimas. Estoy segura de que cuando llegó a casa, jadeando, aún creía escuchar aquellas risas amplificadas.

Llegó el invierno y el parón en las tareas del campo, el frío, las heladas y los lobos hambrientos. El peligro al atravesar el bosque paralizaba las clases de música que Don Manuel y Don Antonio Fernández, Os Ferreiros, nos daban, gratuitamente, en una aldea al otro lado del río, en su propia casa. *Os Ferreiros*, además de ser maestros, albergaban la secreta esperanza de poder formar una banda de música con jóvenes para animar las fiestas de la comarca. Dimas tocaba la flauta travesera y yo el clarinete. Turi se decantaba por la percusión y tocaba el bombo «porque sólo hacía falta una mano». A Xaquín sus tíos no le dejaban ir porque la sola idea de atravesar el río, primero, y el bosque lleno de lobos, después, les producía pánico.

Durante los parones invernales perdíamos bastante práctica con los instrumentos porque en casa absolutamente ningún familiar estaba dispuesto a soportar aquellos ruidos infernales. Entonces, para pasar el invierno, Os Ferreiros nos prestaban libros para leer durante esas frías e interminables tardes. Podíamos escoger los que quisiéramos de su amplia biblioteca. A mí me decían que, con lo bien que yo escribía, debía leer mucho para saber qué se había escrito antes. Me recomendaron que leyera el libro «Una habitación propia» de Virginia Woolf y me dijeron que sería una verdadera lástima que yo acabara siendo una Judith Shakespeare, como lo fue anteriormente Nicolasa Añón, una creadora oral analfabeta que de haber sabido escribir quien sabe si hubiera sido otra Rosalía de Castro. Quizás lo era. Pero nunca



dejó su huella en el papel.

Me encantó el libro, me mostró muchas cosas que veía sin ver y desde que lo leí siempre me encerré en mi cuarto cuando quería escribir. Tengo la inmensa suerte de que ni mi padre ni mi madre son como muchos de nuestros vecinos que me estarían diciendo, desde niña, «¿Escribir para qué?».

«No pierdas el tiempo con tonterías y puente a coser»! «Las mujeres no servís para nada»... Y si un día me caso —pensé tras leer el libro— quien comparta mi vida tendrá que entender, entre otras cosas, que yo tenga mi propia habitación para poder escribir. Pero la vida se encargó de negarme ese cuarto. Me hizo entender que no se elige ser o no ser una Judith Shakespeare, sino que se es una Judith Shakespeare porque una es mujer en un lugar y un tiempo y una clase social concretos.

Con el invierno también se hacía difícil juntarse en la fuente. Las reuniones en las casas eran frecuentes, pero rodeados de adultos y ancianos que contaban sus historias alrededor del fuego. Nosotros nos limitábamos a escucharlas embobados, pues en ellas siempre había mucha sabiduría concentrada en pequeños cuentos o anécdotas que después del relato se comentaban por los adultos. Después yo solía leer las cartas de los parientes de ultramar de todas las familias, en las que invariablemente se relataba que los «americanos», en general, estaban «bien». Nadie quería apenar a sus familias explicando sus enormes sufrimientos, las largas jornadas laborales, la explotación y los bajos salarios. Prácticamente todas las cartas eran un calco: «*me encuentro bien, tengo un buen trabajo y si no fuera por el calor este sitio sería el paraíso*». Aunque la mayoría de la correspondencia venía de Cuba, también llegaban algunas cartas de Argentina, Brasil, Venezuela o México. Alguna vez llegaba una foto del emigrante vestido con un traje de lino, corbata y zapatos de charol, en la que no faltaba un sombrero blanco medio ladeado —si se trataba de un hombre— o con un largo y claro vestido de estilo norteamericano, falda de volantes y alegres estampados —si se trataba de una mujer—. Una tía mía trabaja en la fábrica Cinzano de Buenos Aires y es, sin duda, la que ofrece un aspecto más feliz en la fotografía que lucía, enmarcada, sobre la mesilla de mi madre.

Aun así, durante los inviernos había largos ratos de aburrimiento para una niña. Los mayores siempre tenían cosas que hacer. Pero no los pequeños. Así que a veces hacía ranas de papel. Me enseñó mi tía antes de irse a Buenos Aires y todos estos años estuve esperando que vuelva para que me enseñe a hacer otros animales. A Dimas y a Xaquín les encantan. Dicen que son la viva imagen de las que hay en la charca —aunque nunca sé si me toman el pelo—. A veces, si tengo que pasarles algún recado, les doy una rana con el recado escrito dentro, aunque Xaquín se enfada un poco (muy poco; él no puede enfadarse de verdad) porque dice que después es incapaz de reconstruir la rana. Tengo pendiente hacerle una rana sin mensaje que pueda guardar. Ya te contaré en otro momento, querido diario, el tipo de recados y cómo los hago llegar.

Manolito, durante el invierno, alternaba el estudio del latín con las largas y

soporíferas reuniones en casa del señor cura. Su padre y el señor cura, Don Domingo, se dedicaban a criticar, una y otra tarde, el libertinaje republicano. Vaticinaban la llegada de un salvador, no precisamente Jesucristo, y alababan el cometido que llevaba a cabo, casi en la clandestinidad, un tal José Antonio al que siempre se referían así, sólo por el nombre. Al parecer tenía una especie de ejército de jóvenes uniformados que se dedicaba a sembrar el terror dando palizas por todo Madrid, preparando el futuro para el regreso de la monarquía.

Don Domingo le decía a Don Manuel que en aquella parroquia no había nada que hacer. Al parecer había intentado convencer a algunos adolescentes para que abrazaran la fe joseantoniana sin demasiado éxito. Llegado el momento, y en nombre de Dios, no habría más remedio que hacer limpieza, pues exceptuando a un par de chicos de la aldea, no precisamente los más inteligentes del lugar, el resto de los paisanos desdeñaba el proselitismo de Don Domingo. Creo que, sobre todo, porque a nadie le gustaba hacer instrucción en la carretera con pequeños fusiles de madera y ridículos uniformes de pantalón corto. Tampoco que los llamaran pelayos.

Manolito escuchaba aquellas conversaciones entendiendo la mitad pero, ya que no había otra cosa que hacer, con cierta atención, pues entre eso y el latín, no había duda.

Retomó la primavera y el relativo buen tiempo volvía a hacer apetecibles nuestros encuentros junto a la fuente. También se retomaban las clases de música al otro lado del río, los paseos en barca para cruzarlo y la vuelta nocturna, riendo siempre, comentando la dificultad de la pieza ensayada ese día. *Os Ferreiros* siempre daban sus clases de buen humor y no se enfadaban nunca por mucho que nos costara coger un fraseo. Y de vez en cuando hacían una pausa y le pedían a Expósito que trajera unos vasos de leche y unas galletas. En esas pausas nos hablaban de Castelao, nos leían fragmentos de su obra o nos enseñaban viñetas dibujadas por él. Nos hacían comentar qué nos parecía la idea de una nación gallega, tener idioma y literatura propios y una identidad de la que debíamos sentirnos orgullosos. No siempre estábamos de acuerdo. A veces ni siquiera teníamos opinión propia sobre los temas que nos formulaban. Lo cierto es que tocábamos con gusto y ganas, disfrutábamos de la música y de las tertulias y los maestros pensaban que para el mes de agosto podrían hacer la primera presentación en público de una nueva banda de música exclusivamente compuesta por jóvenes. Últimamente le dábamos vueltas al nombre que le pondríamos a la banda. Los de este lado del río nos decantábamos por nombres como «La banda de los lobos» o «La banda del bosque», mientras que los del otro lado eran más clásicos y preferían nombres como «La luaña», «La banda de Vila» o «La banda de Ínsua». Y junto a la fuente continuábamos dándole vueltas, más tarde, a los posibles nombres que nos pondríamos. Xaquín participaba activamente en las aportaciones de posibles nombres pues, aunque no formaba parte de la banda, se sentía integrado en la misma medida en que sus amigos lo estábamos.

Manolito seguía pasando taciturno a diario frente a nosotros, mirándome, siempre

a mí, de reojo. Siempre recibía un saludo, un refrán, un chiste a los que contestaba con el silencio. Hasta que un día venció el miedo y se acercó a la fuente y a nosotros, colocándose más cerca de mí que del resto.

—A ver Manolito, tú que eres intelectual, ¿sabes que son los *biosbardos*? —le inquirió nuevamente, como casi cada día, Dimas.

—Pues no, no lo sé...

—Los biosbardos son unos animales nocturnos muy difíciles de pillar —apuntó Turi.

—Y tan inteligentes que sólo se les puede cazar llamándolos por su nombre —añadió Xaquín.

—Pues nunca oí hablar de ellos —dijo Manolito.

—Es que están casi en extinción y sólo quedan ejemplares en esta comarca. Si quieres verlos podemos enseñarte un sitio donde se pueden cazar. Una vez cazados puedes quedarte alguno de mascota porque aprenden mucho y rápido —dijo Dimas. El resto hay que devolverlos al bosque para que se sigan reproduciendo.

—Eso sí —dije yo— sólo se pueden cazar de noche y sólo en las noches sin luna. Si te ven escapan.

—¿Puedes quedar una noche para cazarlos? —inquirió Turi.

—No sé... mi padre es muy estricto y no me deja salir. Si se percata de que me fui de noche me pegará una paliza con la vara de avellano.

Esa afirmación nos sorprendió, pues todos pensábamos que el hijo del maestro disfrutaba de inmunidad ante las palizas que su padre repartía entre los alumnos. Aun así Dimas pensó que era una excusa, ya que jamás habíamos visto que Don Manuel le levantara a mano, ni la vara, a Manolito. Por lo tanto insistimos.

—Venga hombre, si sólo será un rato pequeño. De verdad que vale la pena —dijo Dimas.

—Lo intentaré. ¿Cuándo será? —dijo Manolito.

—Cuando no haya luna te avisamos —repuso Xaquín—. Si sigues pasando por aquí cada día ya te diremos cuando.

A partir de aquel día Manolito paraba unos minutos en la fuente con la cuadrilla. No hablaba, sólo escuchaba los chistes, las anécdotas, las discusiones o los aburridos silencios. Eran paradas muy cortas pues siempre debía llegar a casa antes que Don Manuel para que éste lo encontrara sentado y con el libro abierto.

—Me contaron una que hizo el bruto de Expósito, el que vive en casa de *os Ferreiros* —dijo Xaquín.

—¿Ése? Cualquier cosa —repuso Turi.

—¿Y qué fue? —pregunté.

—Pues parece que cogió un gato y le puso en las manos unas cáscaras de nuez untadas de pez. Esperó un poco a que la pez se pegara bien pegada y lo subió al tejado de la casa. Lo dejaba ir y el gato patinaba con cara de asustado. Al caer al suelo volvía a cogerlo y a dejar ir tejado abajo. Así hasta que se cansó y dejó el gato

con los zapatos puestos...

—Capaz es —dijo Xaquín. A ese lo conozco y te gana en bromas, Dimas.

—Sí, pero yo nunca lastimaría un animal o una persona. La pez no se saca y ese gato no podrá cazar ni buscar comida... si casi no podrá ni andar...

—Los hay muy brutos —dije.

—Pues le cayó una buena reprimenda de los profesores. Le dijeron que si volvía a lastimar un animal que preparara el fardo y buscara otra casa para vivir. Que era la última que le consentían.

—Algunos no aprenden por mucho que les enseñen. Ése es el que pesca las truchas tirando esa raíz venenosa al agua, ¿verdad? —pregunté.

—A cientos las saca —respondió Xaquín—. ¡Para que después se le pudran!

Llegó un día sin luna y cuando Manolito pasó junto a la fuente, Dimas le hizo gestos para que se acercara.

—Hoy no hay luna —dijo, casi en un susurro, como quien cuenta un secreto de Estado—. ¿Quieres venir a cazar *biosbardos* con nosotros?

—Lo intentaré, pero no os puedo prometer nada.

—Quedamos a las 9 en el Souto Branco, junto al bosque. No llesves linterna. Llevaremos nosotros sólo una para volver pero no podemos usarla porque los *biosbardos* se marcharían.

—Vale, si puedo allí estaré, pero a las 9 y media. A las 9 acabamos de cenar y tengo un cuarto de hora de lectura en latín, con mi padre, antes de acostarme.

—No nos falles —dijo Turi, apenas aguantando una sonrisa que pugnaba por escaparle.

Y se hizo la noche. Los cuatro esperábamos ansiosos en el sitio convenido: en el lindar del bosque. Manolito tardaba más de la cuenta. Justo cuando ya pensábamos que no se iba a presentar, se escucharon unos pasos torpes, tropezando con las escasas piedras del prado, avanzando hacia nosotros. Hicimos una ligera señal con la linterna y Manolito gritó un «ya voy» al que respondimos con un «shhhhhhhhhhh» al unísono.

—Lo siento. La lectura de hoy fue más larga de lo normal —dijo Manolito—. Tocaba traducir la Conjunción de Catilina, de Salustio. *Dum vicinitatem antea sollicitatam armis exornat, cum fascibus atque aliis imperii insignibus in castra contendit*<sup>[8]</sup>... Pero vine —terminó con tono de quien es hombre de honor.

—Habla más bajo que los vas a espantar —contestó Dimas. Aunque no sepan latín. Toma este saco. Te hará falta para cazarlos. Ahora entraremos al bosque cogidos de las manos e iremos colocándonos en círculo para rodearlos. Tú tienes que aguantar el saco abierto, agachado y en total silencio.

Cuando nos oigas decir una frase, tú la repites. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Nos cogimos de las manos y entramos en el bosque en fila. Manolito era el último. Yo le daba a mano y él la cogía blandamente, como si le diera vergüenza tocarla. Dimas guiaba la pequeña *santa compañia* por caminos que conocía de

memoria hasta un pequeño claro donde se detuvo. Pasó la consigna a Turi, éste a Xaquín, quien me la pasó a mí y yo a Manolito. Ése era el sitio donde éste debía quedarse con el saco.

Por primera vez esa noche, Manolito empezó a sentir miedo, a oler un peligro incierto como debe ser que lo huelen los animales. No obstante era un hombre, superior a nosotros, los paisanos, tal y como su padre y Don Domingo no dejaban de repetir. Debía superar el miedo irracional. Al fin y al cabo, si los tontos no lo tenían, él no podía ser menos. Así que se agachó, abrió el saco lo más que pudo, orientándolo hacia donde aún oía nuestros pasos y esperó a ver qué pasaba.

Dimos un rodeo, para que los pasos sonaran lejanos, hasta volver en absoluto silencio para situarnos a unos dos o tres metros de Manolito. Todos excepto Dimas que quedó algo más lejos para que su voz no sonara demasiado próxima. Conteniendo apenas las risas, lanzamos un pequeño haz de luz con la linterna hacia el lugar donde se encontraba Manolito para ver dónde estaba la boca del saco.

Fue entonces cuando sonó, lúgubre y solemne, la voz de Dimas.

—¡Biobardo, vente al fardo! ¡Biobardo aquí te aguardo!

—¡Biobardo, vente al fardo! ¡Biobardo aquí te aguardo! —Contestaba Manolito.

—¡Biobardo, vente al fardo! ¡Tú eres Biobardo, yo soy Leonardo! —volvía a decir Dimas.

—¡Biobardo, vente al fardo! ¡Biobardo eres Leonardo! —volvía a contestar Manolito.

Al principio Manolito no sentía que pasara nada. Y justo cuando empezaba a cansarse, un golpe seco se coló por la boca del saco. El pulso de Manolito se aceleró, empezó a sudar y a sentir emociones desconocidas en un pecho que se inflaba por momentos.

—¡Biobardo, vente al fardo! ¡Biobardo aquí te aguardo! —Decía Dimas.

—¡Leonardo, vente al fardo! ¡Biobardo aquí te aguardo! —Contestaba Manolito cada vez con más fuerza.

Y los golpes empezaron a sucederse uno tras otro dentro y fuera del saco. Aquellos animales iban cayendo como moscas en la trampa y Manolito empezaba a estar ansioso por descubrir cómo eran esos bichos, tan inteligentes como para entender una frase y tan bobos como para dejarse atrapar de aquella manera.

Entonces los golpes empezaron a decaer en frecuencia hasta que cesaron del todo. La voz de Dimas dejó de oírse y Manolito esperó instrucciones. Pensó que pasaríamos a recogerlo o que le diríamos alguna cosa. Cerró la boca del saco con todas sus fuerzas para que no se escaparan los *biosbardos* y siguió esperando. El pulso no paraba de subir, sentía los latidos del corazón en las sienes y en los oídos, el sudor empapaba todo su cuerpo y el silencio era tal que hasta parecía que se encontraba en el vacío.

—¡Eh! ¿Estáis ahí? ¿Delia? ¿Estáis ahí?...

Tras los restos de esas palabras en sus propios oídos, sólo el silencio se oía.

Empezó a sentir mareos, la cabeza le daba vueltas en su interior, nada veía, nada oía. Sintió arcadas y vomitó a un lado. Sin percatarse, ni siquiera se movía de su posición en cuclillas, ni siquiera soltaba el saco, simplemente ladeaba la cabeza y vomitaba.

Ya creía que moriría en medio de un bosque del que desconocía cómo salir, que los biosbardos no cazados lo atacarían y lo matarían a mordiscos (y asió el saco con más fuerza aún), cuando oyó unas risas que se dirigían hacia él. No veía nada, excepto una luz rojiza, hasta que se percató de que tenía los ojos cerrados, tan apretados que ni dolían. Cuando los abrió, allí estábamos Dimas, Xaquín, Turi y yo, riendo a carcajadas.

—Vamos a ver qué cazaste —dijo entre risas Dimas apuntando con la linterna al saco.

—Abre, abre —conminó Xaquín.

—¿Se te pegaron las manos a la tela? —inquirió Turi.

Manolito abrió lentamente el saco de modo que la luz de la linterna iluminara su interior. Se asomó lentamente a aquel pozo de tela y cuando vio el montón de piedras que había en su interior su cara palideció aún más de lo que el vómito la había hecho palidecer. Los cuatro de la cuadrilla rompimos en francas carcajadas, dejamos la linterna encendida en el suelo y nos alejamos corriendo, cogidos de las manos, mientras cantábamos «Biosbardo vente al fardo, Biosbardo aquí te aguardo», una y otra vez, en medio de la noche del 16 de julio de 1936, acompañados por un coro de ranas croando de fondo.

Dos días después, el 18 de julio, los mayores estaban nerviosos y alborotados. Si alguno de nosotros preguntaba, recibía respuestas evasivas, pero aún así se oían frases sueltas de las conversaciones en voz baja entre adultos.

—Dicen que un tal Franco levantó el ejército contra la República.

—Que fusilaron a todos los miembros del ayuntamiento.

—Hay quien dice que estamos en guerra.

—No, no, que Franco fusiló a todos los del gobierno, ayuntamientos y diputaciones y va a restaurar la monarquía...

Cuando los crios del lugar fuimos a la escuela nos sorprendimos del atavío de Don Manuel. Con camisa azul, corbata negra, chaqueta gris, una boina roja en la cabeza, dos tirantes de cuero de uno de los cuales colgaba una pistola, botas de militar altas con los pantalones abombados dentro, un yugo y unas flechas, en rojo, bordados en el bolsillo de la chaqueta, guantes de cuero negro y una mirada desafiante, más desafiante que de costumbre. Parecía que, tal y como íbamos entrando, las paredes del aula se comieran los sonidos que de nuestras bocas abiertas y estupefactas salían, haciéndose un silencio súbito, como si el marco de la puerta absorbiera el sonido de forma inmediata. Manolito sabía de memoria el discurso que vendría, y que yo anoté como pude, tantas y tantas veces ensayado por su padre frente al espejo, esperando que llegara aquel momento triunfal.

—Quiero que me presten mucha atención. Después de lo que les voy a contar la

escuela permanecerá cerrada hasta nueva orden —murmullo de fondo apenas audible en el aula—. Hoy es el primer día de una nueva era. Una nueva España renacerá de las cenizas de la barbarie y del comunismo. Se alza hoy contra el Gobierno traidor, inepto, cruel e injusto que la conduce a la ruina, un grupo de españoles, soldados unos y otros hombres civiles, que no quieren asistir a la total disolución de la Patria. Cuando lo permanente mismo pelagra, ya nadie tiene derecho a ser neutral. Es entonces cuando ha sonado la hora en que las armas tienen que entrar en juego para poner a salvo los valores fundamentales, sin los que es vano simulacro la disciplina. Y siempre ha sido así: la última partida es siempre la partida de las armas, pues no hay más dialéctica admisible que la dialéctica de los puños y las pistolas cuando se ofende a la justicia o a la Patria.

»La Patria es una unidad de destino en lo universal. España no se justifica por tener una lengua, ni por ser una raza, ni por ser un acervo de costumbres, sino que España se justifica por su vocación imperial para unir lenguas, para unir razas, para unir pueblos y para unir costumbres en un destino universal. El Estado no puede ser traidor a su tarea, ni el individuo puede dejar de colaborar con la suya en el orden perfecto de la vida de su nación. Es necesario el sacrificio personal en aras del bien colectivo de la nueva España. Algunos sacrificios serán más dolorosos que otros, pues los enemigos de la patria se esconden bajo los mantos más variopintos, a veces en nuestros propios hogares. Pero es necesario que los primeros sacrificados sean nuestros enemigos.

»Ustedes, como depositarios de los valores de la inocencia y del futuro, deberán colaborar en la medida de sus posibilidades denunciando a los enemigos del progreso, de Dios y de la Patria. Ésa será su contribución. Oirán noticias contradictorias, sin embargo la victoria sobre el comunismo es un hecho y todo aquel que se rebele será considerado un enemigo y, por tanto, sacrificado por el bien común.

»Váyanse a sus casas y recuerden: el diablo se disfraza de cordero. No importa que sea un padre, un hermano o un vecino, si es rojo debe ser denunciado. Caballeros...

¡¡¡España os necesita!!! ¡Viva España!

Salimos todos, de prisa y con cara de asustados, del aula. Algunos de los pequeños lloraban ante la magnitud de la supuesta responsabilidad que les caía encima y de la que no habían entendido nada. Los cuatro de siempre fuimos directos a la fuente, con caras de circunstancias y sin hablar por el camino. Una vez allí, sólo el rumor del agua, saltando del caño al granito reverdecido, se atrevía a cortar el silencioso rumor de las cigarras. Tampoco habíamos entendido más que lo esencial: nos pedían que nos convirtiéramos en delatores. Hacía más calor de lo habitual o, por lo menos, la sensación era de asfixia. Nos mirábamos y no sabíamos qué decir.

Pasó Manolito a nuestro lado, en sentido opuesto al habitual —es decir, yendo de su casa hacia la escuela—, vestido de modo parecido a como vestía su padre, aunque con pantalones cortos y una boina excesivamente grande, con una especie de sábana

enrollada bajo el brazo. Dimas apenas se atrevió a preguntarle:

—¿Oye, Manolito, tú sabes de qué va todo esto?

Manolito lo miró con desprecio. Su cara transmutada emanando odio por todos los poros. Parecía mayor que el día anterior. Paró con aparato militar, dando un taconazo en el suelo y, con el mentón erguido y la voz engreída, soltó:

—Esto va de algo que seres inferiores como vosotros jamás podréis comprender. Preparaos, porque no cabéis en la nueva España si no es como bestias de carga.

Y prosiguió su camino hacia la escuela con paso marcial. Nosotros nos miramos unos a otros, aún más desconcertados. Todo eso nos parecía una broma de mal gusto. Entonces intenté romper con aquella tensión:

—¿Qué tal si vamos a tocar un poco de música donde *os Ferreiros*? Ya que no hay escuela...

—¡Vale! —respondió entusiasmado Turi dando unas palmadas con sus huesudas manos, más nerviosas que realmente alegres.

Acordamos encontramos junto a la escuela y animamos a Xaquín a que convenciera a sus tíos para que lo dejaran ir.

Ya que era de día... Debíamos ir a buscar los instrumentos a nuestras respectivas casas y en pocos minutos a volver a encontramos en el punto acordado.

Inesperadamente, los tíos de Xaquín le dejaron ir con nosotros. No le hizo falta demasiado desgaste de saliva para lograrlo. Más bien parecía que se lo querían quitar de encima, como si molestara en casa. Fue el primero en llegar a la escuela y también el primero en ver, colgando en la fachada, qué era la sábana misteriosa que llevaba Manolito bajo el brazo.

Estaba mirándolo, extrañado de lo que veía, mientras fue llegando el resto de amigos. A mí se me congeló la sonrisa que traía por el camino. Dimas, que ya venía con cara seria, fue el menos sorprendido. A Turi le recorrió un escalofrío por todos sus huesos.

En el cartel que había colgado Manolito, sobre un fondo de color tierra, un hombre fuerte, vestido con una camisa azul de manga corta, con los brazos alzados hacia el cielo, sujetaba un yugo demasiado pequeño para juntar dos vacas, atravesado por un haz de cinco flechas y, en cada flecha, una rosa: dos amarillas, dos rosadas y una roja. En el bolsillo de la camisa también había un yugo con flechas, como el del maestro, rojo sobre fondo negro. En la manga izquierda cinco símbolos como los que lleva el coche Citroen del médico, en color amarillo. A la derecha del yugo podía leerse: «ESPAÑA TE NECESITA. ¡Alístate!». Y en la parte inferior del cartel, en negro y rojo, «Juventudes Falangistas».

—¿Alistarse? ¿Para qué? —se preguntó Turi.

Nuevamente intenté conjurar el casi triunfante abatimiento cogiendo a Turi y Xaquín por los brazos y lanzando una sonrisa hacia Dimas, señalé el camino del río con el mentón.

—¡Vamos!



Cruzamos el río, como de costumbre, y pagamos la perra chica al barquero. Desembarcamos en el pequeño pantalán de la otra orilla y tomamos el estrecho camino que atravesaba el bosque. Estábamos animados por los chistes del barquero, siempre alegre y sonriente, y caminábamos a buen paso. Dimas silbaba algunas notas del último tema que habíamos ensayado, Turi acompañaba palmeándose un muslo y Xaquín se atrevía a intentar seguir el silbido de Dimas. Sin duda tenía buen oído musical. Una pena (pensé).

Llegamos a casa de *os Ferreiros*. La puerta estaba abierta de par en par pero no había nadie dentro. Ni Expósito ni los maestros. Un par de gallinas picoteaba el suelo delante de la puerta y un conejo, en una esquina del patio, se replegaba sobre sí mismo formando una bola de pelo, asustado, como lo están siempre los conejos.

Dimos una vuelta a la casa para ver si encontrábamos a los hermanos en el huerto trasero. Nadie tampoco. Y cuando ya nos íbamos, Dimas reparó en un zapato al lado del pozo del agua. Se acercó sin decirnos nada, se asomó al hueco y cayó hacia atrás, al suelo, como si el pozo estuviera electrificado. El color de su cara pareció reflejar el de la hierba seca.

Nos asomamos los demás y a todos pareció atacamos el mismo mal. Allí abajo, en el fondo, dos cuerpos enmarañados, ensangrentados y rotos, yacían de mala manera...

Tardamos un rato en recuperar algo de color en las mejillas. Yo lloraba. Turi lloraba. Dimas no quería llorar pero no podía evitar la humedad en sus pupilas. Xaquín, que no los conocía personalmente, estaba horrorizado.

Cuando decidimos volver, con paso lento y pesado, el sol ya estaba en su mediodía. El calor secaba rápidamente las lágrimas en las mejillas. Del suelo se levantaba un polvo asfixiante. Todo parecía detenido. Llegamos a duras penas al río y vimos la barca en la otra orilla, pero sin barquero. Decidimos dar un rodeo de unos diez kilómetros hasta el puente viejo y tomar el camino de la ribera, el que se usa para vendimiar las viñas más altas, las más alejadas del agua y de las barcas.

El espectáculo era demoledor. Un cuerpo aquí, otro allí, en los bordes del camino o flotando en el agua del río. No conocíamos a nadie pero daba igual. Hasta llegar al puente vimos media docena de cadáveres. Arrancamos a correr como si nos persiguiera alguien y no paramos hasta llegar a Freimondi, donde el espectáculo que nos esperaba no mejoraba lo que dejábamos atrás. Justo al entrar en la aldea, un camión militar, descubierto, se llevaba a una docena de hombres de la aldea. El tío de Dimas, el tío de Xaquín y mi padre, estaban entre ellos. Los conocíamos todos. Todos buenos hombres, trabajadores del campo, acostumbrados a una vida dura. Y en la fuente, sentado en mi roca preferida, Manolito, aún de uniforme, jugaba con una pistola en la mano, más grande que él. Sonriente, con cara de mala persona, desafiante...

—¡Delia! ¡Quiero hablar contigo!

El Manolito tímido que habíamos conocido parecía haber abandonado su cuerpo

para dejar que en él habitase un duende. Un hechizo parecía haber transmutado a aquella persona poseída por el demonio.

—No tengo nada de qué hablar contigo —dije comenzando a caminar hacia mi casa para ver cómo se encontraba mi madre.

—¡Creo que te conviene hablar conmigo! —contestó Manolito.

—Si te ha dicho que no tiene nada que decir, es que no tiene nada que decir —se interpuso Dimas.

—¡Tú calla! ¡A ti ya te daré lo que mereces! —gritó Manolito, con algunos gallos en su cambiante voz preadolescente, de forma autoritaria y fuera de sí.

Dimas, Xaquín y Turi hicieron el ademán de correr hacia Manolito, con los puños cerrados dispuestos para la pelea.

No obstante, el cañón de la pistola apuntándoles los detuvo en seco. Yo, al verlo, frené también mi marcha.

—¡Delia! ¿Qué me dices? ¿Quieres hablar conmigo o no quieres hablar conmigo?

—¿Que quieres? —pregunté con un grito que me sorprendió a mí misma—. ¡Habla!

—Así no —dijo Manolito en quien por primera vez aquel día pareció notarse cierta vacilación en la voz. ¡Que se vayan ellos! ¡Tú y yo a solas!

Indiqué con una fugaz mirada a mis amigos que aceptaba, sin dejar de mirar al cañón de la pistola apuntándoles. Los tres entendieron el mensaje y se marcharon, aunque no muy lejos. Al pasar la esquina de la casa más próxima se agazaparon por si necesitaba ayuda. Desde allí no oían la conversación. Pero, a juzgar por sus caras, sí parecía que entendían perfectamente que no me gustaba nada lo que estaba oyendo.

—Quiero que seas mi novia. Sí aceptas quizás podría hacer algo por tu padre, convencer al mío y a Don Domingo de que con un poco de reeducación sería una persona aprovechable. Van a venir tiempos difíciles y vas a necesitar una mano amiga. Tú siempre me has gustado y quiero que un día te cases conmigo y me des una familia. ¿Qué me respondes?

Yo vacilaba entre enviar a Manolito a la porra, darle una bofetada o irme en silencio sin más.

—Además —prosiguió Manolito— también está el tema de tus amigos. Está claro que él hijo de un rojo, aunque sea hijo adoptivo, rojo tiene que ser. Y si no se alistan en las juventudes del partido, significa que están contra el partido...

—Antes de nada aparta ese revólver. A mí nadie me apunta con un arma.

—No es un revólver. ¡Es una Luger! —gritó fuera de sí.

—Lo que sea. ¡Deja de apuntarme!

—¿Contenta? —preguntó Manolito apuntando la pistola hacia el suelo.

—Está bien... —Dije—. Dame un poco de tiempo para pensarlo, ¿vale?

—No lo dudes mucho. A saber lo que tardan en juzgar y fusilar a tu padre. Puede que mañana mismo.

## 11.— Historias clínicas

—Recojo la derecha, abro la derecha, ¿vale? Vamos a por el tercero que es muy fácil. Tenemos la posición normal y siempre por la izquierda, porque ahí está el corazón y tenemos puntos de energía que conectan con los pensamientos y las endorfinas. La salud se verá recompensada. Si estamos estresados, los músculos se estresan y también la salud en general.

El grupo de ancianos, en semicírculo frente al profesor de Tai Chi, aplaudió con fuerza aquellas palabras pronunciadas con un marcado acento porteño. Yo, sentado en un banco, absorbiendo los rayos de sol de primeras horas de la mañana, repasaba las notas que había ido introduciendo en la tableta, mientras fumaba un cigarrillo.

En un rincón de aquel parque, algunas personas mayores, sin disimular su insularidad, preferían ejercitarse en las máquinas que a tal fin había adquirido y había instalado el ayuntamiento. Los hombres no son una isla. ¿Dónde había leído eso? ¿Rayuela? ¿Quién es una isla? Recurrí a San Google en la tableta. Y allí estaba. En el capítulo 22. Oliveira piensa mientras camina por París: *¿Quién estaba de vuelta de sí mismo, de la soledad absoluta que representa no contar siquiera con la compañía propia, tener que meterse en el cine o en el prostíbulo o en la casa de los amigos o en una profesión absorbente o en el matrimonio para estar por lo menos sólo-entre-los-demás?* Me iba por las ramas, *contactos de ramas y hojas que se entrecruzan y acarician de árbol a árbol, mientras los troncos alzan desdeñosos sus paralelas inconciliables.* Valérie era la otredad, el istmo que me había convertido en península. Istmo desgarrado mediante cesárea, dejando la península flotando a la deriva en el océano de lo gregario, convertida en insularidad saramaguiana.

Enfoqué de nuevo. El resto de ancianos, los no tan obviamente insulares, seguía con atención la clase de Tai Chi a la que, de vez en cuando, observaba mientras mis pensamientos volvían a centrarse, intentando aclarar los puntos oscuros en lo que ya empezaba a ser una investigación en toda regla, más que un viaje de placer del que había pensado regresar con unas cuantas historias acerca de *pater et patria*, de mi padre y de la tierra de mi padre. Como había dicho un gallego: *la patria son la tierra y los muertos.* Aún sin urna de cenizas bajo el brazo, aquel viaje se parecía bastante al de un hijo que peregrina a la tierra de la patria paterna en busca de la unión definitiva entre restos y memoria.

—Con la palma de la mano izquierda hacia fuera y el codo doblado a la altura de la cara, vamos levantando el brazo por encima de la cabeza. Si podemos hacer una torsión del plexo solar, mucho mejor. La otra mano la mantenemos con la palma mirando hacia el suelo, el brazo estirado sin forzar. Al bajar el brazo izquierdo voy a buscar poco a poco la otra mano y pongo las dos en posición de plato, hacia arriba, flexionando un poco las rodillas.

Aquella voz monótona y chillona empezaba a ponerme nervioso y amenazaba con arruinar la, hasta entonces, placentera digestión de las tostadas con requesón y miel de la tierra —*la cultiva un perito agrónomo de aquí cerca, mi amol, la mejor miel del mundo*, había dicho Yairelys, la caribeña camarera del bar de la pensión— con unas rodajas de kiwi por encima espolvoreadas con canela. Una combinación que me había parecido de lo más acertado. Así que, antes de que me afectara al estómago, apagué la tableta, la guardé, junto con el móvil y el tabaco, en un pequeño bolso recién adquirido y me alejé del parque dando un paseo por la parte peatonal del municipio, alrededor del edificio que albergaba el ayuntamiento, para acercarme lentamente a la parada de taxis y tener tiempo de pensar qué dirección indicaría al siempre dispuesto Carlos.

El acceso al viejo cacique Lamela parecía complicado. Si me presentaba allí, sin más, en Santiago, corría el peligro de no ser recibido y hacer el viaje en balde. Para hacer turismo por la fachada del Obradoiro siempre tendría tiempo. Y antes tenía que conseguir la dirección. Aunque esa parte era la que me parecía más fácil.

En cuanto a mis tíos, hermanastros de mi padre, si eran tan pequeños cuando él se fue para siempre, difícilmente recordarían gran cosa. Y lo que recordasen estaría tamizado por la inocencia de la mente infantil. Aunque siempre quedaba la posibilidad de que conocieran a otras personas algo mayores y mejor enteradas.

Parecía cada vez más claro que la única persona que podía acercar algo de luz a la historia, por ser también protagonista de los acontecimientos, era Xaquín, el iluminado de Xaquín. No podía posponer, por tanto, una entrevista con él, fuera donde fuera que pudiera llevar la conversación.

Justo cuando divisaba a Carlos, de pie junto a su blanco taxi, mis entrañas empezaron con la afinación de instrumentos previa a un concierto. Fueron unos pocos gorgoritos pero no hacían presagiar nada bueno. Estoy acostumbrado a esos avisos, pues uno de mis puntos débiles se sitúa entre el Cardias y el Recto, siendo muy sensible a los cambios de dieta. Cuando apenas había recorrido la mitad de los pocos metros que me separaban del taxi, mis intestinos ya empezaban a ensayar la obertura. Antes de que empezara el concierto debía apresurarme para llegar al taxi lo más pronto posible. Aceleré el paso, abrí la puerta trasera y me introduje a toda prisa en el vehículo diciendo:

—¡Llévame a un médico, rápido! —Mientras otra tanda de gorgoritos apagaba mi débil voz.

—¿Consecuencias del cambio de aguas? —dijo Carlos como respuesta.

—Supongo —respondí de forma inaudible.

—Yo no voy nunca al médico. Si tengo algo, ya me lo dirá el forense —sentenció Carlos Diez.

Y tras esa frase saltó literalmente al interior de su centro de trabajo rodante, giró la llave de contacto y clavó su pie derecho en el acelerador hasta todo lo que dio de sí el pedal metálico.

A los quinientos metros, aproximadamente, un brusco frenazo y una maniobra de aparcamiento a la americana, indicaban que habíamos llegado a nuestro destino.

—El único médico privado está aquí. O podemos ir al Centro de Salud, en la otra punta de la villa —dijo Carlos dando a entender que esa habría sido su preferencia.

—Aquí está bien —dije apretando todos los músculos de mi cuerpo.

En la puerta del edificio, de relativamente reciente construcción, una placa dorada indicaba la existencia de la consulta médica:

*Dr. Farid Shemir Maizan*

*Medicina General*

*Primer piso*

Pulsé el timbre mientras doblaba y estiraba, con ritmo acelerado, la rodilla izquierda. Lo que el doctor que estábamos a punto de visitar, o uno de sus colegas, llamaría el síndrome de la pierna inquieta. Sonó el zumbido que indicaba que la puerta podía ser empujada y, reaccionando a esa fuerza aplicada sobre ella, abrirse. Agradecí la existencia de ascensor. Si tuviera que subir por las escaleras era casi seguro que no habría llegado al primer piso en condiciones de ser visto ni olido.

Antes de que la enfermera hubiera abierto la puerta de entrada todo lo que el paciente permitía, ya me encontraba dentro buscando, sudoroso, la puerta del cuarto de baño. La segunda por la izquierda... Al abrir la segunda puerta por la izquierda del pasillo, mi cuerpo entero se perdió en la oscuridad del cuarto que aquella preservaba de ojos ajenos, cerré de golpe, y di rienda suelta al concierto intestinal con un movimiento belabartokiano, allegro ma non troppo, con retazos de sonic youth y de metal machine music.

—Lo siento. El cambio de aguas —oí a Carlos excusarse con la enfermera.

—No te preocupes Carlos. Todos los veranos son unos cuantos los que vienen por aquí con ese cuadro —dijo a la enfermera quitándole importancia al asunto—. Siéntate en la sala de espera hasta que salga. Tenéis suerte. Hoy aún no vino nadie.

—Pues si no hay nadie, y no te importa, nos hacemos compañía mutuamente en la recepción.

—Si no te importa a ti que mientras tanto vaya introduciendo datos en el ordenador... —dijo la enfermera dando media vuelta y caminando hacia la silla en la que se ocupaba de teclear en una base de datos las citas y las historias clínicas de los pacientes.

Volví a generar el inconfundible sonido de descarga de una cisterna, a continuación el de un grifo y posteriormente el motor de avión de un seca manos eléctrico. Cuando éste cesó, abrí la puerta y salí a enfrentarme con el mundo con la cara húmeda, aliviado, mucho mejor que como había irrumpido en la consulta unos minutos antes.

—Le ruego que me disculpe —dije mostrando una franca sonrisa— pero era una

emergencia.

—No se preocupe —respondió la enfermera—, le pasa a mucha gente. Si desea pasar a la consulta, el doctor le está esperando.

—Muchas gracias.

Entré en la consulta del doctor Shemir con un dolor agudo en el estómago que me impedía caminar con normalidad.

—Tome asiento —dijo, arrastrando las eses, un cuarentón muy moreno, con el pelo negro azulado repeinado hacia un lado.

—Buenos días.

—Le ruego disculpe el desorden del resibidor. Estamos haciendo limpieza de todo el que había en la consulta de mi antesor, el Doctor Fransisco Sebreiro. Cambiamos la consulta a este local más moderno y, por lo tanto, menos espasioso y nos sobran todos los papeles que se habían ido acumulando durante años. La explosión de la burbuja inmobiliaria nos dejó este piso a muy buen presio.

—Sí, vi las cajas ahí fuera llenas de libros...

—Libros obsoletos, papeles de ni se sabe cuándo, historias clínicas, actas de defunción... pasamos a una base de datos las actas de defunción y las historias de gente que sigue viva... lo demás nos sobra.

—¿Heredó usted la consulta?

—No. El doctor Sebreiro ya hase años que murió. Su viuda alquilaba el local a buen presio y como sitio para empesar me paresió bien. ¿Su asiento es fransés, no? ¿Hasiendo turismo?

—Sí, hasta hoy intentaba hacer turismo.

—¿Bien, bien, me diga usted entonses, cómo estamos?

—Pues... bien con jota...

—¿Con gota? No entiendo... ¿Come usted mucho marisco?

—¡Con jota de jodido! Tengo una serpiente en los intestinos y un grifo abierto en el sitio de sentarse.

—¡Ahhh! ¡Qué singular humor tan gallego para un fransés! Siguramente tiene usted una gastroenteritis. Le voy *resetar* Fortasec, un medicamento para cortar la diarrea y tiene que haser dieta estricta. Nada de grasas, ni fritos, ni leche, ni alcohol... y mucho menos marisco. Mucha agua de botella. Tome cosas cosidas o a la plancha. Y el medicamento sólo hasta cortar diarrea. Ni una píldora más.

—Pues vaya faena, con lo bien que se come aquí...

—Ya sé, ya sé. La carne aquí muy buena y gran pulpo.

Todos vienen comer marisco y pulpo. Pero para usted prohibido durante una semana.

—Está bien. Seré un *bon gargon*.

—Venga a verme dentro de siete días. Si tiene cualquier problema puede venir antes o llamarme al móvil —recomendó el doctor extendiéndome una tarjeta y la receta de Fortasec que había llenado mientras tanto—. La enfermera le hará la factura

si no tiene usted inconveniente.

—De acuerdo doctor. Mera *beaucoup*.

Al salir al recibidor vi la cara de circunstancias de Carlos soportando una interminable lista de quejas de la enfermera. Sus ojos suplicaban que alguien lo rescatara de aquella interminable peroración.

—... y claro, ¿que se cree? ¿Que soy la señora de la limpieza? Dos semanas llevo metiendo libros y cuadernos en cajas. ¡Dos semanas! Como si una no tuviera más trabajo que hacer. Pero claro, como estamos en crisis, tenemos la excusa perfecta para no contratar a alguien que haga la limpieza... y ellos a cobrar, y bien que cobran por saludarte y hacer una receta... y anda que no pesan los libros... ¿Cómo voy a bajar todo eso al contenedor yo sola?

—¿Qué tal? —me dijo Carlos para cortar aquel monólogo, en un tono que casi parecía que quisiera darle un gran abrazo al héroe salvador. ¿Es grave?

—No es nada grave. Gracias. ¿Será tan amable de hacerme la factura? —pregunté a la enfermera.

—Por supuesto. ¿No es usted de ninguna mutua?

—No. No lo soy. Pagaré al contado.

—¿No tiene ficha aquí, verdad?

—Pues tampoco. Es mi primera vez...

—Tendré que abrirle una... ¿Nombre?

—César Pérez Acosta.

—¿Dirección?

—¿La dirección de aquí o de París?

—La que usted me quiera dar.

—Estoy en la Pensión Santa Lucía, un poco más arriba... —¿Documento de identidad?

—El pasaporte. H125087946

—¿Fecha de nacimiento?

—13 de abril de 1967 —¿Lugar de nacimiento?

—Buenos Aires, Argentina.

—Pues ya está. A ver si quiere imprimir la impresora que con el polvo que guardaban los libros parece que se volvió un poco tonta... Pues vaya, no quiere.

—Si me permite, algo sé de informática —me ofrecí.

—¿En serio? —preguntó la enfermera dibujando una amplia sonrisa.

—En serio.

Cogí el ratón, apartando la mano de la enfermera con delicadeza. Observé la cola de impresión, busqué el icono que daba la orden de limpiar los cabezales y, tras algunas idas y venidas de éstos por dentro de la impresora, se depositó la factura en la bandeja destinada a ello y pagué la cantidad que aparecía en el borde inferior derecho, en negrita, impuestos incluidos.

—Si quiere, entre Carlos y yo bajamos esas cajas al contenedor de papel.

—Deje, deje, ya lo haré yo. Al fin y al cabo cobro por hacerlo y ya hizo usted bastante.

—No se preocupe. No es ninguna molestia. Tienen pinta de ser muy pesadas para usted y nosotros dos podemos con ese peso. Además, habiendo ascensor es mucho menos esfuerzo.

—¡Ay, que amable es usted! Se lo agradezco mucho.

—Carlos, ¿puedes coger esa caja? Yo bajaré esta otra...

Al llegar a la calle, Carlos se dirigió hacia la derecha, hacia el contenedor azul más próximo. No obstante lo detuve indicándole el maletero del taxi.

—¿Cabén ahí?

—¿Las dos?

—Las dos.

—Supongo que sí, pero qué...

—Tú hazme caso y luego te lo explico. Es posible que a la enfermera le dé por mirar por la ventana para comprobar que realmente tiramos todo esto. Información sensible. Abre el maletero, metemos las cajas, cogemos unos cuantos libros y vamos corriendo al contenedor a tirarlos. Pero que sean libros. ¡Cuadernos no!

Una vez efectuada la operación, y ya en el taxi, sacudiéndonos ambos la invisible legión de ácaros que sin duda invadía nuestras manos, indiqué a Carlos que me llevara a un sitio solitario en el que hubiera contenedores de papel.

—Podemos ir al campo de fútbol. Al lado está la piscina municipal. A estas horas seguro que no habrá mucha gente. Suelen ir más hacia el mediodía, cuando el sol calienta de verdad.

—Pues al campo de fútbol. Pero antes pasamos por la farmacia.

En el campo de fútbol no había nadie y en la piscina apenas un par de familias empezaba a tomar posiciones con sus toallas sobre el verde césped circundante. Carlos aparcó junto a unos contenedores, en la parte del campo de fútbol más alejada de la piscina. Un sitio discreto. Ideal para revisar todo aquel material sin ser vistos. Aproveché una fuente para lavarme las manos y tomar la pastilla que había de cerrarme el grifo escatológico.

—Los libros no me interesan. Vaciamos las cajas y volvemos a meterlos en ellas. Cuando volvamos al pueblo, los tiramos en el contenedor que hay al lado de la consulta. Lo que quiero revisar son los cuadernos.

—¿Y qué espera encontrar?

—Historias clínicas. Ahí estarán descritos, con suerte, los problemas de salud de mi padre y de la gente que convivió con él. Es una forma de describir una vida. Sobre todo porque también describe las muertes...

—Entiendo. Quiere saber cómo murió Delia, el padre de Don Manuel Lamela, los amigos de su padre... ¿Es eso?

—Eso mismo.

—¿Y de qué le va a servir?



—No lo sé. Pero en la consulta se me ocurrió que este material no lo encontraremos en la wikipedia. Puede que no sirva de nada. Pero tengo el presentimiento de que ahí podemos encontrar pistas, que entre todas las actas de defunción y los libros de guardia habrá algo, algún indicio, que me diga cuál es el próximo paso que debo dar. Si mi padre se fue en 1949, creo que deberíamos empezar por 1951 yendo hacia atrás...

—Pues vamos a eso, que aquí hay trabajo de sobras.

Una vez separamos los libros de los cuadernos y folios sueltos devolvimos todos los tomos a las cajas de cartón. Quedaba entonces la tarea de revisar todo aquel material hoja por hoja. Dividimos los cuadernos en dos lotes, uno de 1952 en adelante, otro de 1951 hacia atrás y tomamos asiento en un banco público para empezar a realizar un ejercicio de lectura rápida con estos últimos. Los folios sueltos formaron una pila más pequeña, con una piedra encima para que no volaran. Extraje un cigarrillo del paquete, con el ritual habitual, y le prendí fuego, recostándome contra el respaldo del banco, dispuesto a una larga sesión de lectura.

Carlos tomó el cuaderno de 1950. Yo el de 1951. Las páginas iban sucediéndose, llenas de interminables listas de nombres, a veces sólo siglas, con una pequeña descripción de la dolencia y el medicamento recetado. Cuando se trataba de un deceso, el médico dibujaba una cruz negra en el margen izquierdo de la hoja, entre la fecha y el nombre. En algunos casos anotaba alguna indicación del estilo de «*deja viuda y cuatro hijos*». En otros no había mención ninguna. Si el difunto era un menor de edad, la cruz dibujada era más pequeña y sin «negrita» (el médico conseguía el efecto de letra «negrita» pasando una y otra vez la pluma sobre la misma cruz ya dibujada). Cuando el nombre del menor era N. N., no había ninguna referencia a la familia, ni por el apellido, ni por el apodo.

—Parece que N. N. corresponde a bebés «no natos», supongo que partos prematuros, abortos espontáneos... —conjeturé.

—BSE-GC se repite mucho. ¿Qué significará? BSE no se me ocurre que pueda ser... GC podría ser Guardia Civil, ¿no?

—Habrá que contrastarlo con alguna muerte conocida a manos de la Guardia Civil... También podrían ser las siglas de Gonzalo Carballeira...

—O de Gabriel Castro...

—O de Gustavo Comesaña...

Tardamos cerca de una hora en finalizar los cuadernos de esos años, sin encontrar nada que nos pareciera destacable. Aún así ya empezábamos a estar familiarizados con la notación del médico y las claves que utilizaba, lo que nos confería cierta agilidad en el arte de pasar páginas mientras se realiza una lectura en diagonal. Los apilamos a un lado y continuamos con otros dos: 1948 y 1949.

—Aquí hay un papel doblado entre dos hojas —dijo Carlos mientras lo abría. Entre junio y julio de 1948.

*Apreciado Doctor:*

*Agradeciéndole de antemano su colaboración, todos estos años, en la ardua y fatigosa lucha contra los delincuentes escapados al monte, permítame informarle, mediante la presente, de la captura y muerte de cuatro bandoleros del llamado Destacamento Aviador gracias a los inestimables detalles aportados por el miembro de la Brigadilla infiltrado H.*

*Lamentablemente, uno de los finados era Eduardo Prieto, el enlace que más creía en la filiación de H. y en la suya de usted, como amigos de la guerrilla. Los otros, en contrapartida, eran el peligroso anarquista Álvaro Antón y los dos marxistas Ramiro Carude y Ceferino Lourido.*

*Pudieron escapar tres de los asesinos: los conocidos como Aviador, Billares y Trosky. En la guarida de los criminales se ha hallado abundante documentación que permitirá, sin duda, dirigir otros servicios encaminados a la liquidación total de los bandoleros.*

*Le solicito que continúe en su papel de amigo de los bandoleros todo el tiempo que pueda, sin desfallecer. La nueva España necesita servidores fieles como usted.*

*Atentamente,*

*M. L.*

*¡Viva España! ¡Viva Franco!*

—Vaya, vaya, con el doctor. ¡Así que era quien hacía de Celestina entre los topes y el enlace! El médico de los pobres con las manos tan ensangrentadas como el que más... —Dije serrando los dientes.

—¿Le extraña? ¿Quién mejor que un médico para inspirar confianza? No olvide que aquí los médicos siempre fueron una institución... Por otra parte, los que no colaboraban ya se podían despedir de ejercer como médicos, como le pasó a más de uno.

—¿Aparece Eduardo Prieto en la lista de difuntos? —corté para impedir un debate que se podía eternizar.

—A ver... 7/10/1948 BSE-GC - E. Prieto (deja viuda y un hijo). Causa de la muerte: causas naturales. ¿Será este?

—Es muy probable. Aunque la causa de la muerte es como decir que «murió de muerte», eso nos confirma que las siglas GC corresponden a la Guardia Civil y BSE podría ser algo así como Brigadilla de Servicios Especiales. Aunque no estoy seguro de qué utilidad puede tener esa pista. Habrá que ver si hay más papeles doblados que nos completen el puzle.

—El mismo día 7 de octubre del cuarenta y ocho, y con las mismas siglas BSE-GC aparecen A. Antón, R. Carude y C. Lourido, todos muertos por «causas naturales». Está claro, ¿no?

Guardé la carta en el bolso y proseguimos el examen de los cuadernos. En una lectura tan rápida, y carentes de pistas que nos llevaran a buscar fechas o nombres concretos, temía pasar datos importantes por alto. Por eso tenía la idea de llevar los cuadernos a mi cuarto de la pensión para poder repasarlos con más detenimiento posteriormente.

—1/7/1949 *Delia Blanco. Causa de la muerte: aborto espontáneo con complicaciones. Acude a la consulta por su propio pie, acompañada por M. L. y H.* ¿Será la Delia de que hablaba mi padre? Y fíjese, a continuación, 1/7/1949 *N. N.*, sin especificar nada más... Después ya no hay ninguna nota hasta el 15 de septiembre. ¿Se fue de vacaciones?

—En aquella época nadie de por aquí hacía vacaciones... pocos las hacen hoy...

—¡Entonces hubo dos meses y medio en que la gente estuvo sana!

—O la gente, por lo que fuera, iba al otro médico.

—Aún tenemos demasiadas incógnitas por despejar, mucho que simplificar. Bien, creo que por hoy es suficiente lectura. Vamos a guardar todo esto y me llevas a comer a algún sitio de régimen antes de hacerle una visita, esta tarde, a Xaquín.

—¿Régimen monárquico o régimen republicano?

—No me seas gracioso...

—Pues otro régimen va a ser difícil.

## 12 – Xaquín

El balcón del club náutico permitía tomar algo disfrutando del paisaje fluvial, las viñas al fondo, una regata de pequeñas embarcaciones de vela, algún que otro esforzado remero en kayak y un joven aceitoso que se paseaba a alta velocidad en moto náutica, forzando el balanceo involuntario de las embarcaciones de vela y las canoas.

En la mesa, sobre un mantel de celulosa bailando al ritmo de la ligera brisa, se ofrecía al paladar una variedad de raciones: empanada de zamburiña al pesto, tostas de prensados con aceite de pimentón, presa de cerdo celta, pimientos de Padrón rellenos de cebolla caramelizada y nueces... Un lujo que decidí regar con un cava rosado llamado «Salvatge», de sabor y burbuja finos, que resistía con buena nota las comparaciones con *champagnes* franceses de similar tonalidad.

Pedimos una segunda botella para acompañar mi trucha y el anguilacho de Carlos que me resistí a probar.

—Soy de mente abierta, incluso en cuanto a cultura culinaria se refiere, pero serpientes e insectos no entran en mi dieta.

—No es una serpiente. Es un pescado...

—Una serpiente de agua, en definitiva.

—¿Es capaz de comer un caracol y no puede catar un pescado?

—El cava *Salvatge* se acabó, señor —llegó, providencial, el camarero—. Podemos ofrecerle un Pinot Noir rosado si no tiene inconveniente... Cerramos a finales de mes, por falta de clientela, y ya no reponemos existencias.

—No hay problema. Es una verdadera lástima que cierren, con lo bien que se come aquí...

—Con la crisis está cerrando un montón de establecimientos.

Las dos últimas copas acompañaron unos crêpes con chocolate y nata que devoramos en dos pestaños.

Después del café (y los consabidos licores *enxebres*), salimos a pasear por el embarcadero mientras fumaba un cigarrillo golpeado y girado como de costumbre.

—¡Menos mal que el restaurant era de régimen!

—Lo es. Éstos siempre son afectos al régimen. Al régimen que toque en cada momento.

—O sanar, o reventar. Revolucionemos el régimen. Como mucho tendré que correr tras unos matorrales. De momento parece que me sentó bien...

—Creo que mientras no beba agua no tendrá problemas.

El paseo fue corto. El sol estival cauterizando nuestras cabezas no invitaba a largas caminatas. En seguida nos encontramos, sin previo acuerdo, dentro del coche, con todas las puertas y ventanillas abiertas y el aire acondicionado soplando con

todas sus fuerzas. No había una sombra en la que cobijarse.

—Vamos a ver a Xaquín. El aire, al circular, nos refrescará.

\* \* \*

La casa de Xaquín quedaba apartada del núcleo más denso de población, más cerca del río. De granito oscuro, contrastaba en su degradación con las casas rehabilitadas de algunos indios. A pesar del calor, salía humo de la chimenea. Era una casa pequeña que aún conservaba la puerta dividida en dos mitades, lo que permitía tener la hoja superior abierta para que circulara el aire, mientras la hoja inferior, cerrada, impedía que escaparan los animales.

Por la mitad abierta de la puerta se veía, de frente, una escalera de madera que llevaba al piso superior y a la izquierda de ésta un espacio que se debió destinar a cuadra, sin duda muy modesta, muchos años atrás. Golpeé con los nudillos en la parte inferior de la puerta.

—No hace tanto tiempo, la gente entraba dentro, con cuidado de que no escapara ningún animal, y gritaba al piso de arriba para anunciar su llegada. Respetando, eso sí, la hora de la siesta —informó a Carlos.

Volví a golpear con los nudillos sin obtener respuesta. Miré a Carlos y al encontrar aquella mirada de ya-te-lo-dije, accioné el mecanismo de la cancela y entré en casa, no sin cierta sensación de violación de morada, seguido de mi taxista particular.

—¿Señor Xaquín? —Dije sin elevar la voz excesivamente.

—¡¡¡Xaquíiiiiiiiiiiiin!!! —gritó Carlos.

—Pasai, pasai —se oyó una débil voz en el piso superior.

Al terminar las escaleras, girando a la izquierda, una barandilla delimitaba un pasillo que llevaba a la cocina, con grandes ventanas al exterior por donde se iluminaba la estancia. Era una cocina de las de antes, una cocina que había sobrevivido intacta a la moda de las cocinas económicas. A la izquierda un hogar de piedra, ennegrecido por el humo, calentaba el caldo en una olla de cobre de la que emanaba un olor altamente alimenticio. A la derecha, junto a una mesa redonda cubierta con un mantel de cuadros, se sentaba un anciano tan redondo como la mesa, de cabeza tapada con una boina gris, camisa blanca, igual que el pelo, chaleco y americana negros y un cayado rústico entre las piernas, de horquilla cortada y algo pulida, sobre el que apoyaba ambas manos.

A espaldas del hombre, una vitrina guardaba platos y vasos. Por el resto de la estancia, aquí y allá, estantes de madera sobre los que se exponían ollas y cacharros de barro o cerámica. Y entre todas ellas, dentro de la vitrina, junto al hogar o sobre la mesa, ranitas de papiroflexia hechas con hojas de papel en las que se podía adivinar textos manuscritos. Un rayo de luz atravesó repentinamente mi cerebro. ¡Ranas! Igual que la carta de mi padre. Parecía claro que aquel hombre había aprovechado cartas

recibidas para crear, meticulosamente, aquellas ranitas. Pero no podía ser coincidencia. Tenía que tratarse de algún tipo de guiño entre colegas o una consigna o algo por el estilo.

—Y vosotros... ¿Quién sois? —inquirió Xaquín.

—Buenas tardes. Me llamo César Acosta. Soy hijo de Dimas Pérez Diéguez.

—¿Y el otro?

—Yo me llamo Carlos. Soy taxista en Taboadela.

—Ah, sí, sí, el cochero hijo del alcalde vitalicio... ¿Ya sacaste el carné de conducir? ¿O sigues de ilegal? ¿Vinisteis a cobrar trabucos?

—No señor. Vinimos porque usted fue amigo de mi padre, por si me podría contar algunas cosas de él —respondí.

—Puedo contarte. Hasta cien sin problemas. Más de eso ya me cuesta más. ¿De quién dijiste que eres hijo?

—De Dimas Pérez...

—Si eres hijo de Dimas Pérez, ¿por qué te apellidas Acosta?

—Era el apellido de mi madre.

—Entonces, ¿no tienes padre?

—Sí, era Dimas Pérez. Uso el apellido de mi madre porque mi padre y yo tuvimos algunas diferencias.

—¿Tu padre te reconoció como hijo?

—En el carné consto como César Pérez Acosta.

—El carné puede decir lo que quiera. El caso es que tú no quieres ser el de ese carné...

—Empiezo a parecerme a él.

—Tendrías que hacer las paces con tu padre. Cualquiera día será demasiado tarde. Aunque Dimas era más fuerte que yo, seguro que no le queda mucho más tiempo del que a mí me queda.

—Murió hace un año...

—Pena... —Un temblor en los labios de Xaquín indicaba que realizaba esfuerzos para contener las lágrimas que pugnaban por salir. Que jodienda ser viejos. Nos afecta la humedad ambiental mucho más que antes...

—¿Hizo usted todas estas ranas? —pregunté por cambiar de tema, intentando distraer al anciano del disgusto por la muerte de su amigo.

—¿Viste mis manos? ¿Crees que estas manos son capaces de tratar el papel con la dulzura necesaria como para que los pliegues no se tuerzan y salga un churro donde tenía que salir un animal? Estas manos pueden cocinar, barrer, fregar, cavar, plantar la huerta, pero ¿hacer ranas? No. Esas ranas las hizo una gran mujer que sacrificó su vida para salvar las de otros. La de tu padre. La mía también. Cada día me traía una rana y yo fui poniéndolas de adorno por toda la casa. Siempre me decía que eran un préstamo, que las cuidara bien porque algún día las vendría a buscar. De eso hace ya mucho tiempo. La pobre, nunca pudo venir.

—¿Esa mujer era Delia?

—Esa mujer es una Dama del Castro. Cada noche, cuando los sueños cobran vida, sale de su castillo de cristal, bajo tierra, arrastrando la larga cola de su vestido blanco y viene junto a mi cama. Se queda en un lado, entrelazando las manos con su mente, para eliminar los malos sueños y convertirlos en buenos. A su alrededor brillan estrellas que van cambiando de forma, acercándose poco a poco a mi cabeza, flotando sobre ella, hasta que se funden en un gran punto de luz que me llena de armonía. Cuando os levantáis por la mañana creyendo que os inspirasteis, que tuvisteis una gran idea, es porque tenéis una Dama del Castro que os visitó.

—¿Y esa dama, tiene nombre?

—Su nombre es cosa tuya. Puedes ponerle nombre, o no ponérselo. Existirá igual para ti. Te enseñará a conectar el cielo con la tierra. Sólo tienes que mantener tu corazón abierto a la luz. Te iluminarás tú mismo con la luz más brillante que puedas encontrar.

—Entonces, ¿habla usted con Delia cada noche?

—No se habla con una *meiga*. Si quiero hablar tengo que hacerlo con los lobos que la acompañan. El lobo estepario Turi, guardián de las puertas del día, y el lobezno hijo del hada, guardián de las puertas de la noche, que es cuando ella es más vulnerable. El fuego de hielo destruyó a Turi y éste se convirtió en lobo para evitar que el frío helara a la dama. El fuego del gas Helio destruyó al hijo sin nombre y éste se convirtió en lobo para evitar que quemara a la Dama. Noche y día, los lobos la protegen. Especialmente de día que es cuando se convierte en una lavandeira. ¿Sabes que es una lavandeira?

—¿Una mujer que va a lavar al río?

—Sí. Pero no una mujer cualquiera. Una lavandeira es un espíritu que va a lavar al río sábanas manchadas de sangre que nunca desaparece. Piden ayuda a los vivos para escurrir esa sangre. Sangre de los hijos perdidos, de los que nunca nacieron. Pero los vivos sólo escuchamos a los muertos que nos hacen favores, no a los que nos los piden.

—¿Sabe usted por qué se fue mi padre? —pregunté intentando cambiar de tema, sintiéndome incómodo ante la deriva mitológica de la conversación.

—¿Te molesta que hable de los muertos pero quieres que te hable de uno de ellos? Está bien. Dimas amaba tres cosas en esta vida: su familia, sus amigos y el billar. Su familia de acogida le dio la formación que modeló su carácter, mientras que el mal carácter de su padre biológico le dio la rebeldía. En sus amigos encontró el conocimiento del amor, tanto el amor fraterno, como el amor de mujer. El billar le trajo la ruina.

—Nunca lo vi jugar al billar. No sabía que le gustara. Abrió una sala de billares en París pero nunca le vi jugar una partida.

—El 21 de junio de 1940, no se me olvidará nunca ese día, tu padre se juró a sí mismo no volver a jugar al billar en la vida.

—¿Qué pasó ese día?

Xaquín irguió su pesado cuerpo con dificultad y empezó a caminar por el pasillo de madera hacia una de las puertas que lo separaban de los cuartos de la casa. Al llegar a la última puerta, se detuvo, giró hacia nosotros y con un gesto del dedo índice, indicó que nos acercáramos.

Tras la puerta se descubría una habitación llena de muebles: cómodas, mesillas, sillas... y sobre cada mueble una cantidad ingente de ranas dispuestas de manera aparentemente aleatoria, aunque no amontonadas. Xaquín se acercó con determinación hacia una mesilla, apoyó el bastón en un lado, cogió tres ranas con las dos manos, como si fueran de porcelana, montó una encima de otra e hizo el gesto de ofrecérmelas. Las acepté, dubitativo, sin entender el significado de aquel presente.

—Gra... gracias —acerté a decir.

—Es un préstamo. Un día me reuniré con Delia y tendré que devolverle las ranas. Guárdalas hasta que ellas te hablen, hasta que las ranas se abran y digan lo que quieres saber. Ellas cuentan las cosas mucho mejor de lo que yo las cuento. Ese día vuelve por aquí y te daré más ranas. Y si un día vuelves y encuentras mi cuerpo vacío de alma, ponías todas en mi caja para que las pueda devolver a su legítima dueña. Y ahora, si no os importa, tengo que vigilar el caldo. Ceno pronto para no tener malos sueños por la noche. Así le ahorro trabajo a la dama.

Descendí las escaleras, desconcertado, con las manos extendidas hacia delante y las ranas apiladas sobre ellas. Realmente, los que me habían dicho que a Xaquín se le habían cruzado los cables se habían quedado cortos. Damas lavanderas que tienen hijos lobos, ranas de origami que hablan... iba a ser muy difícil conseguir una historia coherente de aquel hombre. Pero, sin duda, era la única persona viva que me podía contar la historia de mi padre. La única no. También vivía Manuel Lamela. Quizás iba siendo hora de ser valiente, vencer los prejuicios de un no anticipado e intentar hablar con el gran enemigo de mi padre...

\* \* \*

Cerré el armario del cuarto de la Pensión tras colocar los cuadernos del doctor en varios cajones. Las tres ranas, en la mesilla, miraban hacia la almohada. Abrí el navegador web en la tableta y busqué en Google el significado de Origami por si tenía algo que ver con lobos o con hadas. Nada. Simplemente papel doblado. Aunque se le puede buscar significado espiritual, nada que ver con hadas o lobos.

El uno de julio de 1949 murió Delia Blanco. Anoté concisamente la fecha en la tableta, escribí al lado «*aborto espontáneo con complicaciones*». En una nueva línea anoté: ¿Quién es H? Y me acosté esperando que una bruja tejedora de sueños me inspirara.



## 13.— La ley de honor

—¿Diga? —gritó de mal humor la voz de Manuel Lamela.

—¿Don Manuel? Aquí Heliodoro.

—¿Heliodoro?

—De Taboadela dos Viños.

—¡Ah! ¡Heliodoro! Disculpe, este teléfono tiene más años que mis oídos. ¿Qué cuenta de nuevo, hombre?

—Me dediqué a investigar al francés de quien le hablé ese otro día.

—El francés... sí, ehmmmm, sí, el periodista metomentodo que andaba haciendo preguntas, ¿no?

—Ese *mesmo*.

—Y ¿Qué? ¿Qué ha averiguado usted?

—Pues le estuvo en casi *que* todos los sitios. Fue muy fácil seguirle la pista. En resumen, como a usted le gusta, que anda preguntando por Dimas Pérez porque *semeja* que es hijo suyo.

—Uhhh, hijo de Dimas... usted no me había dicho nada de que Dimas tuviera un hijo... Si Dimas murió en Argentina en 1950, debe ser un hijo póstumo y tendrá ahora unos sesenta años... Caray con el semental de los cojones. ¿Ha sacado algo en claro?

—Por lo que oí, poco más de lo que sacó *do Caracho*. Anduvo viendo a una medio tía, en realidad prima de su padre, María, que era muy pequeña cuando pasó todo, igual que las hermanas de la carretera y *Caracho* que no naciera aún. También fue ver al médico de Taboadela, aunque ahí fue por una diarrea que se lo saqué a la enfermera cuando fui a la consulta del seguro por unas recetas. Trabajan en los dos sitios. Y esta tarde fue a ver al perdido de Xaquín que seguramente le hablaría de hadas, lobos y *caralladas* por el estilo...

—Está bien, está bien. ¿Usted cree que sería posible, aún remotamente, que ese Joaquín hablase de algo que no fuese, a ver, cómo lo ha dicho... hadas y *caralladas* por el estilo?

—Hace muchos años que perdió la azotea. Se la dejó en Rusia, en medio de la nieve. Xaquín aguantó mientras cuidó de Turi pero se le fundieron los plomos cuando Turi murió.

—Igualmente, creo que no debemos confiarnos. ¿No podría usted arreglar un accidente como hacía hace setenta años? No, claro, está demasiado viejo —respondió sin esperar respuesta—. Su nieto, por ejemplo, ¿no podría hacer algo? Se lo recompensaría generosamente como usted ya sabe que siempre hago...

—Don Manuel, con todos mis respetos, los tiempos cambiaron y esas cosas ya no le son tan fáciles. Además, Xaquín es un viejo, aunque no tanto como yo, al que

cualquier día se llevan las ánimas del purgatorio... y el chico es un poco torpe, pero buen rapaz. No me gustaría mezclarlo en esto...

—Es cierto que los tiempos cambiaron. Demasiadas leyes, demasiados socialistas y comunistas y separatistas. Sin embargo, está en juego una ley universal: la ley del honor. Concretamente de mi honor, pero también del suyo. Si por un descuido tonto saliera a la luz eso que jamás debe salir a la luz, nuestros honores respectivos caerían juntos, señor mío. ¿Está usted seguro de su negativa? ¿No va a considerar, siquiera, la posibilidad de comentárselo a su nieto? Vivimos unos tiempos inciertos, sí. Esta absurda democracia ha conseguido traernos una crisis que ha derivado en una legión de personas sin trabajo, en el paro, desnortadas, sin saber a dónde ir... Estoy seguro de que su nieto, y la esposa de su nieto, sabrán apreciar las circunstancias mejor que alguien que ya chochea. No vuelva a llamarme si no es para darme la noticia que espero oír. ¡Adiós!

## 14.— Ranas que hablan

Mientras, sentado en el borde de la cama, daba tres golpes al primer cigarrillo del día sobre la mesilla, antes de girarlo, llevarlo a los labios y encenderlo, mi mirada estaba absorta sobre las tres ranas.

En el lomo de la más próxima, la única palabra que se había salvado de los pliegues y se mostraba, por tanto, completa, era la palabra «Luís», seguida de una coma. El resto eran sílabas aisladas, signos de puntuación sin oraciones que puntuar y espacios de papel amarillento vacíos, como el espacio entre planetas y estrellas.

Apreté el culo de esa misma rana con el dedo índice y lo mantuve en esa postura un momento. Cuando me cansé de aguantarlo y de que mi cerebro no llegara a ninguna conclusión por ese acto, lo dejé caer de forma simultánea hacia atrás y hacia abajo hasta que, liberada de presión, la rana saltó hacia delante, chocó con el cenicero y volvió hacia atrás cayendo panza arriba.

En la panza podía leerse: «*Ayer, Dimas*» y en la línea inferior «*Taboa*». Cogí la rana, levanté la pata que cubría en parte la letra «A» de «*Ayer*» y leí «*21 de*». Girando el animal de papel, seguí con la mirada la frase que continuaba por la «*mejilla*» de la rana, hasta completar «*21 de junio de*». Lo que seguía se introducía por el pliegue que simulaba la columna vertebral, si es que las ranas tienen columna vertebral, justo enfrente de la palabra «Luís» que había leído en primer lugar.

Deshice rápidamente la rana, encontrándome con una hoja de papel, escrita por las dos caras, en la que se podía leer:

### **21 de junio de 1940**

*Ayer, Dimas, al entrar en el Casino de Taboadela dos Viños, saludó, como de costumbre, al dueño Luís, a su hijo Cándido y a su hija Marcelina...*

Juntándola con los otros dos celulósicos batracios, se leía el relato completo de una partida de billar en la que un tal Dimas de dieciséis años de edad, en medio de una discusión, arreaba un golpe con el taco a un falangista llamado Expósito, probablemente matándolo, y huía después por el bosque. Tras leerlo con un ojo cerrado para evitar la comezón que me provocaba el humo procedente del cigarrillo que colgaba de mis labios, salté de la cama como un resorte, abrí rápidamente el armario encajado en el que había guardado los cuadernos del médico y busqué afanosamente alguna página correspondiente al 21 de junio de 1940.

*21/6/1940 Expósito Fernández. Causa de la muerte: Hemorragia subaracnoidea causada por traumatismo craneal. Traído inconsciente por H. y otros vecinos. Se le intenta reanimar sin éxito.*

Estuve un buen rato sentado en la cama, con el cuaderno en una mano y la colilla de filtro quemado en la otra, mirando a través del espejo del armario, más que a un mundo paralelo de conciencias alteradas a lo Lewis Carroll, a una viaje en el tiempo

montado en rana, sin necesidad de la máquina ideada por H. G. Wells. Después erguí el cuerpo con la agilidad propia de un personaje secundario de la noche de los muertos vivientes para arrastrar mi existencia hasta la mesilla auxiliaren la que se estaba recargando la batería de la tableta. Fotografié, con la cámara incorporada, las tres ranas desplegadas, por delante y por detrás y me senté en la silla con la encomiable intención de reconstruir los animales de papel. Tuve que recurrir a un vídeo de YouTube, abusando de la pausa, para seguir los pasos, aún con las líneas ya marcadas en el papel, que me habían llevado al éxito papirofléxico por triplicado, aunque la tercera rana, en realidad, pudo ser reconstruida sin eLearning multimedia.

Después de ducharme pensaba pedirle a Carlos que me llevara a la casa de Xaquín para intentar convencerlo de que me prestara todas las ranas de una vez. Las fotografiaría, las convertiría en archivos de texto mediante una aplicación OCR, las ordenaría y obtendría el diario de Delia, quizás completo, devolviéndoselas después a Xaquín para que toda la decoración de su vida permaneciera inalterada.

Al acercarme a la parada de taxis vi que Carlos conversaba animosamente con un cabo de la Guardia Civil y un barrendero, ambos de uniforme y de aproximadamente la misma edad que el taxista.

—Buenos días César. ¿Qué tal la orquesta? ¿Se murió el músico rebelde? Le presento al cabo Lorenzo Silva y a Nuno Peneira. Éste es César Acosta, hijo de O *Billares*, el guerrillero del que os hablaba hace un rato.

—Buenos días —dije tendiendo la mano, sucesivamente y por orden de proximidad, al cabo y al barrendero—. El régimen de ayer me sentó estupendamente, gracias —dije dirigiéndome Carlos—. Parece que la orquesta al completo se fue de gira.

—Carlos me ha hablado de usted y, la verdad, estaba deseando conocerlo —respondió Lorenzo Silva.

Nuno Peneira me dio una blanda mano sin abrir la boca ni variar la cara seria que ya tenía antes de mi aparición. El cabo, en contraste, era un treintañero afable y risueño, con unos enormes ojos marrones y aspecto de sabueso al que le gusta su profesión, ansioso de un destino urbano en alguna Brigada Criminal que lo sacara de los aburridos destinos rurales.

—Estábamos hablando de la investigación que está llevando usted a cabo y, la verdad, me parece de lo más interesante. Si en algún momento quiere que le eche una mano, sólo tiene que decírmelo —se ofreció el guardia civil.

—Bueno. ¡Eh! Yo tengo que marchar —se despidió Nuno con la mano en alto.

—Hasta luego —dijimos los tres casi al unísono sin obtener respuesta.

—Le agradezco mucho el ofrecimiento pero espero no necesitar su ayuda —dije dirigiéndome al cabo Silva—. Aunque por mi trabajo estoy acostumbrado a investigar el rastro de delincuentes informáticos, no es lo mismo seguir las migas de pan cibernéticas que unas pistas difusas de hace setenta años. Además, en este caso, no hay crackers que fuercen cortafuegos electrónicos, sino una historia antigua que

tengo un interés únicamente personal en desvelar.

—¿Existe investigador de delincuentes informáticos? ¿Es usted policía? Nunca había oído hablar de ese trabajo. ¿En qué consiste?

—Soy Analista Informático Forense, también llamado Analista Forense Digital. Básicamente busco el rastro que pudiera dejar un ciberdelincuente tras forzar un sistema ajeno. Espionaje industrial, robo de datos de carácter personal o de cuentas de correo electrónico, suplantación de identidad, transferencias bancadas no autorizadas, pedofilia... todo deja un rastro, más o menos evidente. Aunque la mayor parte de las veces es un trabajo tedioso y repetitivo.

—Pues... como el de la policía...

—Puede ser que se le asemeje. Por su descripción, parece que estamos todo el día en comunicación directa con las fuerzas de seguridad, persiguiendo ciberterroristas y pederastas o salvando empresas y organizaciones de peligrosos ataques procedentes de la telaraña mundial. La realidad es más prosaica: rescate de datos de discos duros dañados, casos asociados a la propiedad intelectual, seguimiento de trazas de correo, detección de actividades ilícitas por parte de empleados...

—¿Y no es así?

—Sólo en algunos casos nuestro trabajo se vuelve emocionante. Cuando un usuario no autorizado coge el control de un sistema, suele instalar múltiples «puertas traseras» que le permiten volver a entrar en un futuro. En resumidas cuentas, hay que identificar el método utilizado por el atacante para introducirse en el sistema, las actividades que realizó una vez dentro, el alcance e implicaciones de dichas actividades y localizar todas las *backdoors* instaladas por el intruso. Más difícil aún resulta identificarlo. Si tiene mucho interés en el tema puede consultar en Internet el documento RFC 3227 en el que se recogen las recomendaciones sobre las pautas que se debe seguir, a la hora de recoger evidencias, en un sistema al que se desea realizar un análisis forense. Sobre todo para no contaminar esas evidencias y que puedan esgrimirse como prueba ante un juez.

—Temo que mi interés por el mundo digital no es tan profundo. Además, todo eso parece de película y no he entendido ni la mitad. ¿Puede ponerme un ejemplo sencillo?

—Le pondré un ejemplo vistoso y escalofriante a la vez. Hace seis años, en 2004, un agente del FBI se desplazó a una pequeña población del Estado de Missouri para ayudar al *Sheriff* en la investigación del asesinato de una mujer, embarazada de ocho meses. La mujer había sido estrangulada en su propia casa, junto a la piscina, y después le extrajeron y secuestraron el feto.

»El agente del FBI observó que la mujer tenía mechadas de cabello rubio en las manos y que habían cortado el cordón umbilical con mucho cuidado.

»Unos vecinos afirmaron haber visto un coche de alguna marca japonesa, viejo y muy sucio, con las puertas de color rosa, aparcado enfrente de la casa.

»La madre de la mujer asesinada explicó que había hablado con su hija esa misma

mañana y que ésta le había contado que esperaba la visita de una mujer, procedente de una localidad llamada Springfield, que posiblemente le iba a comprar un perro. La hija cortó la conversación telefónica justamente cuando esa persona llamó al timbre de la puerta.

»La mujer asesinada era amante de los perros, llevaba un negocio de crianza y era miembro activo de varios foros en Internet sobre el tema. A partir de ahí y de la constatación de que la víctima tenía un ordenador personal con conexión a Internet, surgió la decisión del agente de llamar a un Analista Informático Forense del FBI para que examinara el equipo informático.

»El analista, siguiendo el protocolo de buenas prácticas forenses, hizo dos copias exactas de todos los datos y etiquetó discos duros y CD's antes de guardarlos en bolsas de seguridad selladas para evitar la electricidad estática. Los análisis preliminares del forense se centraron en las conversaciones mediante correo electrónico y en la identificación de los propietarios de las cuentas. Entre buzones de correo de amigos íntimos, de clientes habituales y el de la propia víctima, quedó una sola cuenta de correo sin identificar: fishing4kids@hotmail.com. De las conversaciones mediante correspondencia electrónica, el analista dedujo que, *a priori*, la propietaria de esa cuenta, una tal Marlene, era de Springfield. Pero en Springfield, un pueblecito de apenas 200 habitantes, sólo había una Marlene. Una anciana de 92 años aparcada en una silla de ruedas.

»Entonces pasó a estudiar el histórico del navegador de Internet para descubrir que, a través de uno de los foros sobre perros, la víctima había cruzado mensajes con la cuenta fishing4kids y que habían quedado para la mañana en que se produjo el asesinato. En la caché del navegador quedó guardada una dirección IP originaria de los mensajes. La dirección IP vendría a ser algo parecido al número de teléfono que marcamos para hablar con alguien, pero marcado entre ordenadores.

»En ese mismo foro, siete meses antes, el forense encontró mensajes de la víctima anunciando que estaba embarazada y de la supuesta Marlene anunciando lo mismo unos días después. A continuación rastreó la dirección IP para saber a qué proveedor de Internet correspondía.

»En tan sólo un día de trabajo, el analista ya había redactado el informe con las conclusiones preliminares y la solicitud formal de revelación de identidad de ese usuario para que fuera aprobada por el juzgado antes de remitirla al proveedor de Internet.

»Al día siguiente ya tenían la respuesta y una patrulla se desplazó a una vivienda en un pueblecito de Kansas en cuya puerta había aparcado un viejo y sucio Toyota rojo. Al llamar, salió a recibirles una mujer rubia con un bebé en brazos, temblorosa y con cara de sorpresa. La casa estaba llena de invitados que celebraban el nacimiento de una nueva hija del matrimonio. Con tres o cuatro preguntas y, sobre todo, cuando insinuaron que le podían hacer pruebas de ADN al bebé, la mujer se derrumbó, confesó el asesinato y reveló todos los detalles. En 2008 la condenaron a muerte.

—¡Buf! ¡Vaya una historia!

—Pues es real. Quizás los nombres y algunos detalles no son exactos, pero es real. Y el caso es que no hizo falta complicadas investigaciones, pruebas de balística, ADN de rastros de sangre o de cabellos... simplemente rastreando una dirección IP de alguien que había sido muy poco cauteloso. Si hubiera conectado desde un cibercafé de otra localidad probablemente no la habrían pillado nunca... Por lo menos no la habría pillado un forense informático.

—¿Y dice usted que su trabajo y el de un investigador no se parecen? No sea modesto. Aquí pasan meses sin nada relevante que hacer. Una trifulca en un partido de fútbol en la que hay que proteger al árbitro de la ira de un teniente de alcalde sin que éste se ofenda, algún accidente de tráfico, casi siempre por alcohol... Inicias una investigación acerca de unas joyas robadas en la parroquia de Piñeira y al final se ponen la medalla los de la Comandancia de Ourense, que es donde aparecieron finalmente las joyas. La más emocionante fue aquella investigación sobre un cerdo perdido por un paisano que puso la denuncia pensando que se lo habían robado. Seguimos el rastro del cerdo y gracias a eso dimos, en medio del monte, con un personaje, que se llama a sí mismo El Rambo del Bierzo. Había venido cazar a estas tierras, armado como si hubiera ido a ganar la guerra de Afganistán él solo. Cuando vio el cerdo, lanzó a su perro, un Pitbull, contra él y lo destrozó hasta dejarlo desangrado. El Rambo ese lo grabó todo en vídeo para colgarlo en YouTube. Ese caso sí llegó a salir en la prensa, pero casi me da vergüenza porque nos lo encontramos de casualidad, aunque tuviera su escena peliculera apuntándole con nuestras armas para que él depusiera las suyas. No. No soy el suboficial Vilaqua ese. Ya me gustaría. En cambio el suyo... ¡Si es usted como Lisbeth Salander en hombre!

—¿Ha leído la trilogía de Larsson?

—No. Vi la primera película... la bajé de Internet... —dijo con cierto gesto de vergüenza en su rostro y bajando la mirada—. Tengo las otras dos esperando en un *pendrive*.

—Pues si la vio sabrá que en realidad tengo que ver poco con ella. Yo no persigo crímenes, como los agentes del CSI, ni soy un cracker como la Salander. La mayor parte de mi trabajo me la proporcionan juergas de adolescentes ávidos de abrir puertas en muros que se supone sólidos, seguros y resistentes y demostrar al mundo, de paso, que son los más *cool*, los más hábiles y los más listos. Además, en Europa, que yo sepa, aún no hay puestos específicos de forenses informáticos en los cuerpos policiales, salvo contadas excepciones. Quizás en la Interpol. Si la policía científica es algo históricamente reciente, los forenses informáticos, en algunos ámbitos, aún pertenecen al futuro. Y menos aún desde que se impuso en Europa la moda de los recortes presupuestarios y de personal. Aún así, ustedes, en España, tienen auténticos especialistas, como Juan Garrido Caballero, uno de los mayores expertos europeos *malgré* su juventud. Yo tengo una pequeña empresa de seguridad informática. Normalmente, cuando nos contratan, suele ser demasiado tarde. Pero gracias a eso

comemos.

—Cierto. En la Guardia Civil los cuerpos informáticos aún están llenos de agentes autodidactas más o menos voluntariosos. Creo que este tipo de trabajos se contratan a una empresa. Me parece fascinante su labor, aunque a mí me va más el trabajo de campo que estar encerrado en un despacho lleno de ordenadores. Bueno, no le entretengo más. Me llama el deber. Fue todo un placer conocerle y escucharle. Y ya sabe, si necesita algo de los cuerpos policiales, aquí tiene alguien con muchas ganas de meter las narices en asuntos turbios. Aunque usted lo tendría más fácil si en los años cuarenta hubiera existido el correo electrónico —sonrió.

—En todo caso, habría pasado igualmente mucho tiempo. Se habría borrado el rastro. Le tomo la palabra en cuanto a su ayuda. Aunque no creo que la vaya a necesitar, nunca se sabe de antemano hacia qué lado girará la llave en una cerradura desconocida.

—¿Dónde vamos, jefe? —preguntó Carlos, absorto hasta ese momento con la conversación que había mantenido con el cabo Lorenzo Silva.

—¡A casa de Xaquín!

Por el camino, Carlos me expuso su absoluta ignorancia en temas informáticos y lo poco que había entendido de la conversación. Por mi parte, lo puse al día del descubrimiento del contenido de las ranas y de la historia de la fatídica partida de billar de la que mi padre, Dimas, huyó por la fortaleza y juventud de sus piernas y por el conocimiento profundo de los bosques de la zona. El siguiente paso sería recuperar todas las ranas que Xaquín tuviera a bien darnos sin forzar su voluntad. Intentaríamos convencerlo diciendo que el hada Delia se nos había aparecido esa noche y que su intención era que el hijo de Dimas custodiara las ranas por unos pocos días. Y si no funcionaba, ya se nos ocurriría alguna cosa.



## 15.— до свидания Товарищ<sup>[9]</sup>

Carlos aparcó el taxi, derrapando, en la pequeña era que había junto a la casa de Xaquín, en el lado opuesto al decadente hórreo amenazando ruina. Al bajar ambos y cerrar las puertas, oímos el sonido inconfundible de un motor de arranque y su consecuencia, un motor de explosión poniéndose en marcha. A continuación, a toda velocidad, una camioneta con distintivos de los servicios de limpieza de Taboadela dos Viños, pasó a nuestro lado casi atropellándonos.

—¡Cabróooooonnnnn! —incredó Carlos con un puño en alto.

Nos miramos extrañados.

—¿No era ese tu amigo de hace un rato? ¿Nuno?

—Sí lo era. ¿Vio esa cara de alucinado que tenía?

Al doblar la esquina y plantamos ante la puerta, ésta estaba abierta de par en par, tanto la hoja superior como la inferior. Al pie de la escalera, un bidón de gasolina caído iba vertiendo el líquido en el suelo, junto al primer peldaño de madera. Lo alcé con un pie para evitar tocarlo y para que dejara de derramar líquido inflamable.

El cuerpo de Xaquín estaba derrumbado sobre la mesa de la cocina, la cara sobre el brazo izquierdo, asiendo una basta rana con la mano. Parecía que se había quedado dormido. No obstante, la estampida del barrendero y el bidón de gasolina no hacían presagiar nada bueno.

—¿Usted sabe tomar el pulso? —pregunté a Carlos.

—Sólo lo que vi hacer en las películas y en un artículo sobre primeros auxilios en el Seleccionados.

—Entonces igual que yo. Sólo sé que no se puede tomar con el pulgar.

—No se lo encuentro —dijo Carlos mientras colocaba dos dedos supuestamente sobre la carótida.

—Yo tampoco en la muñeca. Habrá que llamar a una ambulancia. ¿Tiene el teléfono de su amigo Lorenzo Silva?

—Sí. Es el 112.

—Supongo que tardarán un rato en venir hasta aquí. Entre Guardias, forenses, policía científica y el juez que ordene el levantamiento... ¿Te parece que cojamos las ranas antes de que a alguien le dé por precintar la casa?

—Podemos fotografiarlas y dejarlas donde están; simplemente cogerlas suponiendo que no hagan preguntas y nadie las eche de menos; o dejarlas y venir por la noche a fotografiarlas con calma. Aunque precinten la puerta, seguro que hay otro sitio por el que entrar en la casa —expuso Carlos.

—Recuerde que somos testigos de la última voluntad de este hombre, consistente en depositar todas las ranas en su ataúd para que pueda devolvérselas a Delia. Creo

que debemos fotografiar todas las que podamos ahora mismo y posponer para otro momento el resto. Yo deshago y fotografío y usted vuelve a reconstruirlas.

—Nunca hice una rana de papel. Pajaritas sí que hice de niño.

—Tranquilo, sólo tiene que seguir las líneas. A la primera le enseñé yo qué aprendí en YouTube. Después ya se espabila usted. Llame a Silva y nos ponemos a ello.

Una vez avisada la Guardia Civil a través del servicio de emergencias y adiestrado Carlos para el origami de urgencia, se imponía la coordinación y el trabajo eficiente. La primera rana que cogí era la que tenía Xaquín en la mano. En el lomo se leía «Dimas pequeño». Estaba claro que esa rana no la había hecho la misma persona que el resto, ni era el mismo tipo de papel, ni la misma letra, ni las líneas de pliegue estaban alineadas como en las demás. Aquella rana debía haberla hecho Xaquín, seguramente hacía muy poco tiempo. ¿Sabía que venían a asesinarlo? ¿Tuvo una de esas intuiciones nocturnas que le daba el hada? La eché al bolsillo, pues parecía dirigida a mí. Cuando iba a coger la siguiente rana de un estante próximo, Carlos dio un grito cuya consecuencia inmediata fue un respingo.

—¡Quieto!

—¿Qué pasa?

—Cuando venga la Guardia Civil, es posible que tomen huellas, ¿no?

—Sí. Es posible. No sé si tendrá que venir alguien de la científica de alguna población más grande...

—Dicen que en el papel no se quedan, pero este papel tiene más años que usted y no estoy tan seguro de que el polvo no deje rastro de la huella dactilar. Si están nuestras huellas por todas partes, les parecerá un cuento que vimos salir una camioneta de limpieza a toda leche. Yo no tocaría nada más y esperararía a que llegue la ambulancia y la Guardia Civil. Ya tendremos tiempo de fotografiar las ranas cuando se vayan los de la científica.

—Como siempre, no deja usted de asombrarme —dije con admiración—. Pero podría ser que pusieran vigilancia a la casa o que lo llevaran todo a la comisaría o al juzgado... Cojamos por lo menos las que nos quepan en los bolsillos, sin tocar nada más, y cuando vengamos por el resto ya habrán tomado las huellas.

—De acuerdo.

Una vez recogimos todas las ranas que pudimos, nos centramos en la que Xaquín tenía en la mano.

—¿Puede verse qué dejó escrito en esa rana?

—Vamos a leerlo mientras esperamos a la ley.

Deshicimos la rana con cuidado. El estilo caligráfico era de primaria muy primaria, con un temblor senil bastante acusado. La carta, llena de faltas de ortografía que no reproduciré, decía así:

Apreciado Dimas pequeño. Perdona que no recuerde tu nombre. Esta noche noté

mi corazón agotado. Creo que me avisa de mi próxima mortadela. Del momento de reunirme con Turi, con todos los que tiñeron con su sangre la nieve rusa en la batalla de Krasny Bor. Al final cayeron por igual los rusos, los fascistas y los que no eran ni una cosa ni la otra. Y la sangre de todos ellos era roja. Veinte mil cuerpos tendidos en la nieve convertida en lodo por la artillería, setenta obuses por segundo, dos horas de bombardeo, veinte mil cuerpos destrozados desde Alexandrovská hasta Krasny Bor. Y el general Infantes viéndolo todo por unos prismáticos desde su palacete de Prokoskaia.

Lo que traje en 1943 fue una papilla donde antes tenía un cerebro. Y lo que encontré fue una gente alegre en una tierra triste, más pobre de lo que jamás había sido. Menos en risas. En risas eran ricos. Excepto los ausentes, los que tenían fe. Ésos marcharon al monte a sufrir, a reír poco y hacer la guerra por su cuenta. Guerras y más guerras que para nada sirvieron.

Me reuniré, también, con tu padre, Dimas grande, mi buen amigo. Quien diga que fue un cobarde porque huyó al monte, está definiéndose a sí mismo. Él se jugó la vida por una República que a pocos importaba ya. Junto a él muchos cayeron defendiendo una idea, mientras la mayoría del pueblo pensaba que las ideas no se comen. No creas todo lo que te cuenten sobre tu padre. La verdad está en las ranas. Y la que no está en las ranas no te la contará nadie, a no ser que emborraches a Heliodoro, al traidor, o a Manolito Lamela, el cacique, justo en el momento en que tengan un ataque de conciencia. Y aún así, tendrás que darte prisa antes de que ellos también se vayan para siempre al infierno.

Me reuniré también con Delia quien, sin saberlo, fue la causa de que Dimas fuera acusado de asesinato y de que Turi y yo fuéramos enviados a la División Azul. El cura era quien hacía las listas: las de paseados, las de «voluntarios para Rusia», las de los que iban para peones camineros a hacer carreteras y puentes gratis, las de los que iban a los campos de concentración... Don Manuel dictaba la mayor parte de los nombres de esas listas: mi tío, el tío de Dimas, el padre de Delia... y eso sólo en Freimondi, una aldea pequeña. La recompensa siempre eran las tierras de los que no volvían. Así se hicieron ricos y ahí dejaron su riqueza, cuando Dimas los mandó a la tumba.

Así que si Dios existe y es justo como dicen, con ellos iré a descansar por fin. Ahora sé que Dimas ya es eterno. Que tiene un hijo para rescatar su memoria y dejar a cada quien en su lugar. *Avanzando voy para un cielo vacío* a llenarlo con las risas de la cuadrilla, por fin junta de nuevo.

Cuando me encuentres me gustaría que me despidas con un *dasvidania tovarich*, hasta luego camarada, igual que le dije entre lágrimas a Turi, tendido en el gris barro nevado del cerco a Leningrado, el día de su muerte en mis brazos, partido en dos por un obús.

—Dasvidania tovarich Xaquín. Buen viaje a donde sea. Descanse en paz —dije,

intentando contener, sin éxito, la emoción.

—Tovarich —acompañó Carlos con voz grave.

—Según esta carta, puede que muriera por causas naturales —proseguí, con la voz rota, tras un largo instante en el que ambos permanecimos en silencio—. Y si fuera así, ¿para qué quemar la casa con él dentro? Está claro que esa era la intención de quien trajo el bidón de gasolina. Y si ese alguien supiera que la verdad está en las ranas, encontrando a Xaquín ya muerto, sólo tenía que llevárselas y quemarlas por ahí sin que nadie lo viese...

—No me cuadra que Nuno Peneira quisiera quemar esta casa con este hombre dentro. Muy listo no es, y un poco bala perdida, pero de ahí a convertirse en un asesino... Además está casado de penalti y tiene un hijo. No creo que se vaya a meter en líos ahora que por fin tiene un trabajo estable y una familia que mantener.

—¿Y si alguien se lo ordenara?

—¿Quién podría ordenarle algo así?

—Eso es lo que tendríamos que descubrir. Si desde la Segunda Guerra Mundial a nadie le molestó lo que pudiera decir o dejar de decir este hombre y, justamente ahora que aparezco yo, quisieron quitarlo de en medio a pesar de que mucho tiempo de vida no le quedaba, eso significa que a alguien le molesta mi presencia y lo que yo pueda saber.

—Tiene sentido. Preguntaré en el Ayuntamiento, o directamente a mi padre, quién enchufó a Nuno de barrendero.

—¿Puede llamarlo ahora?

—¿Ahora?

—Sí, ahora-ahora. Creo que ese dato puede ser importante.

—Mi padre posiblemente tenga alguna reunión. Es lo que más le gusta. Ya sea con otros alcaldes o con el labriego más humilde, siempre tiene que estar reunido. Es un hombre tan hiperactivo que si no tiene ninguna reunión coge el tractor y va a hacer algún trabajo de mantenimiento en las viñas. Pero es posible que Celtia, la administrativa, sepa algo. Anduvimos saliendo unos meses y quedamos como buenos amigos. Voy a llamarla.

Mientras Carlos bajaba a la calle en busca de cobertura, huyendo de las gruesas paredes de granito que hacían de inhibidores de frecuencia a cualquier compañía de telefonía, intenté hacer de forense sin tocar absolutamente nada y pisando lo imprescindible. Saqué algunas fotos con el móvil y, por si acaso, las envié a la cuenta de correo como copia de seguridad. Antes de bajar al encuentro de Carlos, para esperar a la Guardia Civil, fui al cuarto del fondo para comprobar que las ranas seguían en su sitio. Tomé fotografías de la habitación desde varios ángulos, guardé unas cuantas ranas más en los bolsillos y bajé.

Cuando salí a la calle, por llamar de alguna manera a aquel camino de tierra salpicado de «tartas románticas», ya había llegado el primer coche patrulla, ocupado por Lorenzo Silva y un Sargento cincuentón, corpulento, con expresión huraña,

aunque podría ser la expresión temporal de alguien a quien se espabiló de una siesta o se le impidió dedicarse a menesteres más elevados que el de vigilar a un cadáver mientras llegan ambulancias, forenses, jueces, pisahuellas y demás fauna criminalística. Carlos seguía hablando por teléfono, aunque por la manera de acurrucar teléfono y cabeza sobre un hombro y los movimientos balanceantes de sus manos, de las caderas y de una de sus piernas, más bien parecía encontrarse en uno de esos bucles de enamorados consistentes en repetir «yo más» o «no, no, cuelga tú» hasta quedar sin saliva o sin batería.

—Le presento a César Acosta, mi sargento. El francés de quien le hablé por el camino —dijo Lorenzo Silva señalándome.

—Mucho gusto —dije tendiéndole la mano al sargento.

—¿Cuál es la situación? —espetó, seco, el sargento, sin tan siquiera mirar la mano tendida—. ¿Han tocado algo? ¿Han dejado sus huellas en la casa?

—Verá sargento —titubeé—, le resumo. Al doblar la esquina ha pasado una camioneta de limpieza a todo gas y nos ha parecido que la conducía Nuno Peneira, aunque no podríamos asegurarlo con total certeza. Hemos visto un bidón de gasolina en la planta baja, tirado y vertiendo líquido. Lo hemos enderezado con el pie para no dejar huellas. Quizá hayamos tocado la barandilla para subir la escalera. Una vez en la cocina, donde está el señor Xaquín, le hemos tomado el pulso, sin resultado, en la carótida y en la muñeca izquierda. No creo que hayamos tocado nada más. Al menos hoy. Hemos entrado, como hicimos en la anterior visita, sin saber que el señor Xaquín ya no estaba para recibir visitas...

—Toma nota Silva. Después pásasela a los de la científica, cuando lleguen, si no se te ha borrado la tinta con el paso del tiempo esperando su llegada. Anota también dónde viven estos señores por si es necesario interrogarles —ordenó el Sargento sobreactuando ligeramente para impresionar a la parroquia—. Creo que es mejor que se vayan ustedes. Aquí no pintan nada y serán más bien un estorbo cuando esto se llene de gente. Y si no se llena también. Ah, y procuren estar localizables. ¡Silva! Vamos arriba a establecer cuál es la situación concreta.

Carlos acababa de colgar el teléfono y le hice un gesto con la mano indicando que me siguiera hacia el taxi. Éste saludó con la barbilla a los guardias al pasar a su lado, cuando se disponían a entrar en la casa. Al llegar junto al vehículo, ambos nos apoyamos en él para hablar.

—¿Noticias?

—Noticias. Nuno Peneira llegó al Ayuntamiento hace un rato diciendo que cogía dos semanas de vacaciones por no sé que de su hijo que no se encontraba bien y tenía que cambiar de clima.

—O sea, que desaparece...

—Eso parece. Celtia tenía muchas ganas de hablar, como siempre, y me contó que lo contrató directamente mi padre después de una llamada telefónica que le pasó ella. ¿Sabe de quién?

—¿Tendría que saberlo?

—Con un poco de esfuerzo podría llegar a imaginarlo. Llamó Manuel Lamela desde Santiago. Celtia pasó la llamada a mi padre. Y en cuanto colgó salió del despacho con un papel en el que estaba anotado el nombre de Nuno Peneira y debajo las palabras «Servicios municipales de limpieza».

—¿Y qué interés podría tener Manuel Lamela en enchufar a ese hombre y tu padre en obedecer a Manuel Lamela?

—En casa, algunas veces, oí el nombre de Manuel Lamela relacionado con actos de campaña electoral. Puede que le hiciera algún favor a mi padre y ahora pidiera que se le devolviera el favor.

—Sí. Encaja bastante bien. Entonces, si Manuel Lamela hizo un favor a Nuno dándole trabajo, es muy posible que el señor Lamela le pidiera ese favor de vuelta. Nuno, que sepamos, nunca había roto un plato hasta hoy. Y asesinar a alguien a cambio de un puesto de trabajo me parece muy fuerte.

—Me dijo Celtia que Nuno no era capaz de encontrar trabajo porque es *border line*. Vamos, casi retrasado. De vez en cuando lo contrataban, más por pena que otra cosa, en alguna granja de cerdos o de vacas, sobre todo para sacar el purín con el tractor y llevarlo a esparcir por el campo. No creo que le vaya eso de asesinar, pero sí obedecer órdenes, sobre todo si vienen de su abuelo.

—¿Su abuelo? ¿Tenemos el gusto?

—Ya lo creo. Esa chica es la wikipedia andante. Su abuelo es Heliodoro, el anciano con el que habló usted en el Caracho, aquel al que le faltaba un dedo. Resulta que toda la familia estuvo ligada de alguna forma al Ayuntamiento. El padre de Nuno, José Antonio Peneira, fue contable hasta que murió, de cirrosis hepática, hará unos diez años. Se casó con una prima y dicen que por eso el hijo salió a medio cocer.

—A ver si ponemos esto en orden. Si no recuerdo mal, Heliodoro dijo que había sido guerrillero, después Guardia Civil, después se fue a la Argentina y volvió al poco tiempo para convertirse en guardia municipal. Su hijo trabaja de contable, lo que le supone algún tipo de estudios, y el nieto inútil es recomendado por Manuel Lamela para que barra las hojas de los árboles.

—Eso último no lo sabemos. Puede que llamara para que le dieran empleo donde fuera y sólo quedara libre el de barrendero. —*Bien, d'accord*. Totalmente irrelevante. Sigamos con las conjeturas. Manuel Lamela es enemigo de mi padre. Heliodoro también. ¿Recuerdas el papel que encontramos entre la documentación del médico? El firmante, M. L., hablaba de un tal H. infiltrado. Me jugaría lo que me sobra de una uña a que M. L. es Manuel Lamela y H. es Heliodoro. Seguramente Heliodoro siempre fue el perrito fiel de Manuel Lamela. De ahí que se deban tantos favores. Ahora bien, ¿qué hizo Heliodoro por Manuel Lamela como para extender la cadena de favores a toda su descendencia? Si Lamela pidió a Nuno que asesinara a Xaquín... ¿Cuántos asesinatos cometió Heliodoro por orden de Lamela?

—A saber. Eso son cosas que nunca sabremos...

—O sí. ¿Quién le iba a decir que llegaríamos hasta aquí?

—Ahí le doy la razón.

—Después intentaremos hablar con Lorenzo Silva a ver si sabe algo del forense, para cuándo está previsto el entierro y si precintaron la casa. Si no hay nadie, tendremos que hacernos cargo nosotros de las exequias. A ver si podemos fotografiar esas ranas antes... Bueno. Nos vamos. Mi estómago está muy silencioso. Parece que las pastillas hicieron efecto. ¿Y esa pulpería que decías?

—Vamos a la pulpería de Montoxo.

## 16.— Órdenes tajantes

—¿Diga? —carraspeó la voz de Manuel Lamela de la forma en que uno lo hace cuando lleva sin hablar mucho rato.

—¿Don Manuel? Aquí Heliodoro.

—¿Heliodoro?

—De Taboadela dos Viños.

—¡Ah! ¡Heliodoro! Disculpe, este teléfono tiene más años que mis oídos. ¿Qué cuenta de nuevo, hombre?

—El pajarito ya no volverá a volar...

—Así me gusta, hombre. Que me dé buenas noticias. Y su nieto, ¿qué tal se encuentra?

—Se va de vacaciones. Al parecer algún rruiseñor venido de Francia le echó el ojo.

—Vaya, hombre. ¡Qué mala suerte! Dígale que se vaya a las Canarias con la familia. Tiene el viaje pagado.

—Usted tan generoso como siempre —dijo Heliodoro y, aunque Manuel Lamela no lo notó, en su voz había un deje de cansancio.

—Nada hombre. Para eso estamos. Para apoyarnos mutuamente. Ahora supongo que ese pájaro francés ya no tendrá nada que le lleve hasta nosotros, ¿no?

—Uhhmm, quedó pendiente el incendio de la casa. Pero ahora le está precintada por la Guardia Civil y hay demasiada gente husmeando por los alrededores. La buena noticia es que si nosotros no podemos entrar en la casa, el francés tampoco podrá...

—Pues habrá que arreglar eso también. ¿De qué es el precinto? ¿De material radioactivo? Mire que la edad le está ablandando la sesera... ¡Incendie la casa inmediatamente y que busquen después las huellas de quién ha sido, coño!

—El caso es que el bidón de gasolina se quedó allí, con las huellas de mi nieto...

—¡Joder! ¿Es que no pueden hacer nada bien? Espere a que su nieto tenga una coartada. En cuanto esté embarcado en un avión o alojado en un hotel y se haga ver por la piscina o el restaurante, vaya usted a incendiar la casa. Y espero que la próxima llamada sea, toda ella, una buena noticia —y colgó de golpe.

Heliodoro quedó un instante con el teléfono en la mano, escuchando el pi-pi-pi que llegaba del otro lado y pensando que a sus 92 años estaba demasiado cansado como para plantarle cara al viejo cacique. Demasiado cansado para pensar. Demasiado cansado para todo.



## 17.— Ordenador ordenando

Convertí en laboratorio improvisado la mesa auxiliar del cuarto de la pensión y puse manos a la obra en la tarea de convertir las fotografías de las pocas ranas conseguidas en archivos digitales más o menos manejables.

Carlos vino al caer el sol, casi a las once de la noche, para ayudarme en el cometido. Antes había pasado por la funeraria para encargarse de todo el papeleo. Para capturar digitalmente las ranas, usábamos la aplicación de la tableta que, a modo de escáner, convierte el objeto fotografiado en un documento en formato PDF.

Configuré el widget para que los nombres de archivo empezaran a contar en el cuatro, teniendo en cuenta que ya había leído tres ranas, e intenté seguir el orden que me pareció lógico: en primer lugar las ranas que habíamos cogido del cuarto de los trastos y después las de los estantes de la cocina. El hueco que habían dejado las tres ranas ya leídas sería el punto de partida.

Trabajamos rápido y en cadena. Carlos llegó a desarrollar cierta habilidad para volver a dejar las ranas como estaban antes de su despliegue con la suficiente rapidez como para llegar a tiempo a aguantar con las manos las esquinas de la siguiente rana desplegada.

Al finalizar el trabajo, recogimos todas las ranas, las introdujimos en una bolsa de plástico y Carlos se fue a su casa.

No cené. Había bebido agua con el pulpo por no castigar demasiado mi inestable tracto digestivo, pese a las advertencias de Carlos Diez y Lorenzo Silva de que si se bebe agua con el pulpo éste resucita. La teoría era corroborada por los movimientos peristálticos de un tentáculo intentando salir por la parte superior del estómago hacia mi boca. Abrí el minibar y preparé un *Gin Tonic*, pues todo el mundo conoce las propiedades digestivas de la tónica y la ginebra.

En primer lugar edité, una por una, las fotografías tomadas: aumentarles el brillo y dejarlas con la calidad más decente. Eché de menos mi ordenador portátil con sistema operativo Ubuntu, más potente y manejable que la tableta y en el que la vista agradecía no tener que realizar un sobreesfuerzo concentrándose en aquella pequeña pantalla de diez pulgadas.

Bien entrada la noche, ya tenía las fotografías numeradas por orden, convertidas a PDF y en disposición de ser leídas en la tableta. Afortunadamente, la letra de Delia era redonda y delicada; perfectamente legible. Para terminar, las envié por correo a Rolf LeNoir por dos motivos: para que juntara todos los archivos en uno intentando darles un orden lógico y, con vistas a la hipotética futura conversión de aquel material en un libro, por si disponía de alguna aplicación que pudiera traducir el texto manuscrito a texto digital.

Preparé un segundo *Gin Tonic*, encendí un cigarrillo y me tumbé en la cama

dispuesto a leer todo lo que pudiera antes de que el sueño me venciera, a pesar de que al día siguiente iba a necesitar ánimo y presencia para soportar el velatorio de Xaquín y las negociaciones con la funeraria.

## 18.— Fragmentos del diario de Delio

**20 de junio de 1940**

Mi casa es más grande que el resto y en vez de tener la cuadra en la planta inferior y la vivienda en la superior, tiene una parte del edificio dedicada exclusivamente a cuadra. También tenemos cinco vacas en vez de las dos de promedio de la aldea.

Desde la cuadra hasta la puerta de la casa el camino es oscuro. No existe alumbrado público como sí tienen, por ejemplo, en Taboadela. Pasando por la cancela de la huerta que se encuentra al otro lado de la calle, casi en frente de la puerta de la casa, oí un silbido tan tenue que me pareció que una oruga se había deslizado por la superficie de una hoja de parra. Sin embargo, conocedora de las noticias que ya habían corrido como la pólvora, me detuve por una corazonada. Me acerqué a la cancela y allí, agachado, sus brillantes ojos de chavalín alumbrados por la luna, estaba Dimas.

—¿Qué hiciste? ¿Sabes que andan tras de ti?

—No sé ni lo que hice. Salí corriendo. No sé qué voy a hacer...

—Mataste a un jefe de los falangistas. Dicen que lo desnucaste. Van por ti y puede que fusilen a tu tío y a mi padre.

—Ya los fusilaron...

—Que no. Manolito preguntó a su padre y nos dijo que están en la cárcel de Taboadela a la espera de que monten una brigada de trabajos forzados.

—¡Mierda! Ese hijo de puta me engañó para burlarse de mí delante de los soldados.

—Tienes que esconderte hasta que encontremos una solución —dije con voz preocupada.

—Iré a casa de *os Ferreiros* —me dijo en un susurro—. Allí ya nadie va a ir a buscar nada habiendo muerto su asesino. Dormiré en el bosque que hay enfrente con las mantas que encuentre allí. Comida creo que tampoco me va a faltar.

—Bebe un sorbo de leche que seguro que estás sin comer todo el día.

—¡Gracias! No te arriesgues por mí, ¿vale? Si no tengo noticias en dos o tres días intentaré llegar a Vigo y coger un barco hacia Argentina. Aquí no me puedo quedar. ¡Ah! Y no te fíes de Manolito. El tipo que maté iba vestido igual y también con pistola.

Dimas me dio un beso huidizo en los labios, demasiado fugaz siendo el primero, y salió corriendo hacia el río, pegado a las paredes como una sombra. Sabedor de que las conversaciones, sobre todo por la noche, se oían con toda claridad en la aldea, seguramente decidió quedarse a dormir a medio camino, en lo más espeso del bosque,

e ir a casa de *os Ferreiros* con la luz del día para no ser sorprendido.

Entré en casa, dejé los baldes con la leche en la cocina y me encerré, llorando, en mi habitación antes de que nadie de la familia pudiera ver mis lágrimas.

### **24 de junio de 1940**

Todo el miedo que Dimas había pasado atravesando aquellos bosques en el invierno, llenos de lobos famélicos y desesperados, se había desvanecido, como la niebla matinal se esfuma sin que sepamos en qué momento concreto lo hace. Sólo le inquietaba la posibilidad de ver camisas azules. En tres días de vida en el bosque no había visto a nadie. En casa de *os Ferreiros* había comida y mantas en abundancia y se acercó el tiempo mínimo necesario para proveerse de ambas cosas. La comida fría, para evitar hacer fuego.

No sabía cuánto tiempo sería prudente esperar a que yo diese señales de vida. No tenía ni idea de las dificultades que me podría encontrar. Y no se quería precipitar marchándose antes de que yo pudiese hacer nada, aunque era más o menos consciente de que cada día que pasaba sin moverse del sitio aumentaba las posibilidades de ser cazado. Una cacería sería, sin duda, lo que los camisas azules habrían organizado para vengar el pundonor de uno de los suyos. Incluso se extrañaba de no haber oído perros husmeando la ropa que habrían buscado en casa de su tía. Su tía... pobre mujer, madre al fin y al cabo, sufriendo por el destino de su hombre, sufriendo por el destino de su hijo adoptivo...

Por un momento pensó que era San Juan. Que había pasado una noche mágica sin percatarse. Que en otras circunstancias habría hecho una hoguera, junto con todos nosotros y después habríamos ido por todas las casas haciendo gamberradas en silencio: colocando macetas en el tejado, cambiando bancos de sitio, llenando la pila bautismal de la iglesia con vino... Bromas inocentes para que las mentes crédulas las achaquen a los espíritus y a las brujas.

Pero este San Juan, como el anterior y el otro, no hubo hogueras, ni bromas, ni fiesta. Alguien decretó que era una fiesta pagana que no tenía cabida en la nueva España.

### **28 de junio de 1940**

La mañana del séptimo día Dimas pensó que ya había tentado demasiado a la suerte. Se dirigió a la casa de *os Ferreiros* con la intención de buscar algo que le sirviera de petate o maleta, llenarlo con lo imprescindible y comenzar la andadura hacia Vigo. Escondiéndose de día y caminando de noche calculó, a pesar de que era un cálculo más aventurado que científico, qué tardaría unos cinco o seis días en

llegar. Después se encontraría con el problema de embarcar sin un real en el bolsillo. Tendría que trabajar de cualquier cosa en Vigo hasta tener suficientes cuartos para el barco. Y, por último, el problema del pasaporte. Quizás sería mejor esconderse en algún fardo y viajar sin pagar.

Cuando entró en casa de *os Ferreiros*, tras asegurarse de que no había nadie en los alrededores, enseguida vio la rana que le dejó sobre la mesa. La cogió con ansia y la guardó en el bolsillo. Después rebuscó en los armarios hasta dar con una vieja mochila militar de suficiente amplitud. Cogió cuantos víveres pudieran aguantar el camino: tocino, chorizos, un queso curado y galleta salada, semejante a la de los marineros, que *os Ferreiros* siempre nos servían con requesón y membrillo para merendar. Se quedó sólo con una manta y recogió algo de ropa para cambiarse, sobre todo calcetines para que los pies no sufrieran más de lo necesario. Después fue a la cocina y se hizo con una navaja y de la biblioteca se llevó un mapa de Galicia y un libro de partituras por puro sentimentalismo.

Volvió rápidamente al bosque, abrió la rana y leyó mi nota: «Aquí tienes algo de dinero. Me costó meterlo dentro de la rana. Seguro que no te llega para el barco, pero es todo lo que pudimos juntar Xaquín, Turi y yo. Cuando llegues a la Argentina, por favor, hazme saber que estás bien. Un beso». Lo guardó todo en uno de los bolsillos de la mochila y abrió el mapa para estudiar el recorrido...

Si fueras un diario curioso estarías preguntándote como sé todo esto que te cuento, si yo no estaba allí. Algunas cosas me las explica Dimas, a través de ranas o cuando lo veo. Los detalles los imagino en un pobre intento de empezar a aprender a escribir los sucesos de forma novelada. Quizás sea una pretensión demasiado alta para mí, pero por lo menos tengo que intentar no ser una Judith Shakespeare y creo que alguien tiene que contar los hechos para que no se pierdan en la oscura noche de los tiempos.

### **30 de junio de 1940**

No tengo noticias de Dimas. A saber por dónde andará ya.

Parece ser que algunos hombres huyeron al monte para crear una guerrilla que recupere la República. Espero que ganen porque, aunque éramos igual de pobres antes y ahora, y en este rincón del mundo nunca se notó que con la República cambiara cosa alguna, al menos antes nadie podía ir con una pistola por la calle sin que lo arrestaran. Vivimos una época de exaltación de la guerra, de la muerte, de lucha desigual. Una época de exaltación viril con la que, sin embargo, colabora la mayoría de mujeres. Al menos aquellas que no perdieron a ningún ser querido.

Pero esos guerrilleros son pocos. ¿Qué van a hacer contra un ejército? Sí no ganan, no tendré más remedio que darle ese sí a Manolito para que no fusilen a mi padre, al tío del Dimas, al de Xaquín y a todos los demás, aunque eso suponga mi

muerte en vida, mi entierro sin lápida, quién sabe si mi locura.

## **25 de julio de 1940**

Anduve preocupada por Dimas y no tengo ganas de escribir. Hace tres horas que se fue. Me vino a ver con la noche cerrada y lo escondí en mi cuarto. La casa es lo suficientemente grande como para que no se oiga nada de una habitación a otra. Y hoy te escribo en la cama. Van a pensar que estoy enferma porque es jueves. Y en cierto modo lo estoy...

Fue una noche maravillosa. Me sentí todo el tiempo en estado de fantasía y conexión con él. Algo difícil de explicar pero absolutamente delicioso de sentir. Fue como un largo beso que durara toda una noche. Un beso ampliado a todo mi cuerpo que me tiene cogida por la matriz, como si una mano gigantesca saliera de debajo del colchón y me aferrara a él.

Desde que se fue no paro de sentir mariposas en el estómago y no puedo dejar de pensar en él. ¿Es eso enamorarse? Me gustaría saber cuánto va a durar ese sentimiento y si cuando pase la borrachera quedará una vida maravillosa, sólo agradable, un infierno o una cosa gris. Y también saber qué diantres es esto. ¿Siempre estuve enamorada de Dimas y era algo latente hasta esta noche? ¿Me conquistó con sus palabras y su alegría? Eso no puede ser, ya puede decirme San Pedro bendito que me lleva permanentemente en su corazón que no pienso que fuera a conmovirme ni medio milímetro. Me conmovió porque me lo decía él, eso es obvio. Espero que me entiendas, diario, porque no lo entiendo ni yo.

Necesito tiempo para que todas esas partículas que ahora están en suspensión a mi alrededor vayan descendiendo hacia el suelo hasta confundirse con el polvo del camino que pisan los pies. Cuando estoy con Manolito las hormigas y las mariposas huyen, pero temo que se percate de que no desaparecen esas luciérnagas pequeñajas volando a mi alrededor.

Y si decidimos, Dimas y yo, combinar nuestro amor con un matrimonio por conveniencia, ¿podremos librarnos de la culpa? ¿Cómo? Por lo que sé de nosotros, no podremos fingir indefinidamente...

## **26 de julio de 1940**

Con el estado de fantasía, que aún me dura, no me percaté de que Dimas me había dejado una rana en la mesilla. Creo que aún no te lo había contado, pero nos comunicamos por ranas. Yo le dejo una en algún punto del bosque por el que sé que va a pasar cuando quiero decirle algo. Y él también lo hace conmigo dejando alguna rana en la cuadra, en el lavadero o en la bodega, por donde sabe que pasará para

ordeñar las vacas, lavar la ropa o ir a buscar vino para la comida.

En la rana, que ya debía traer escrita, me cuenta que entró en una partida de guerrilleros. Que no va a huir. Empieza a preocuparme mucho. ¿Cómo van a hacer la guerra por su cuenta? ¿Y qué sabe Dimas de hacer de soldadito? Esto está cada vez más lleno de falangistas y soldados. La Guardia Civil sigue con sus cinco números y el cabo y la verdad es que actúan poco. Aún así, es sólo cuestión de tiempo que los cacen como si fueran animales...

## **27 de setiembre de 1940**

Perdóname porque hace mucho que no te escribo, pero anduve muy atareada con la vendimia. Este año fue pronto. Antes de eso, con todas las tareas del campo en verano, que son muchas. Y también haciendo de «logística» para la guerrilla. Esa palabra me la dijo Dimas y me hizo mucha gracia. Me pareció un general cuando me nombró «*jefa de logística de la resistencia antifascista*».

Estuve dejándoles ranas con indicaciones para encontrar los sitios donde les dejo comida, mantas o algo de vino.

También les voy contando qué vecinos los apoyan y están dispuestos a ayudar en lo que puedan y cuáles los delatarían.

Ellos, a cambio de la comida, bajan durante el día a ayudar en la siega, las patatas o la trilla de las viudas, los impedidos y los huérfanos. Entre medio de tanta gente pasan inadvertidos. Y entre los que emigraron y los que murieron, todos los brazos son pocos para ayudarse entre vecinos. Cuando se van, siempre hay alguien que les da una escopeta de caza, un buen cuchillo o les presta alguna herramienta que les pueda hacer falta. Dimas se siente afortunado porque muchas partidas tienen que entrar a robar en las casas. Dice que tienen que sentirse muy mal robando a gente tan pobre como ellos.

Hasta hace poco estaban escondidos en una tobera. No me dicen los lugares exactos para que no pueda contar nada si un día me cogen y me torturan. Estaba rodeada de zanjas y en la parte de atrás abrieron una ventanilla. Casi todos los días cambiaban la parte de delante para que el sitio no fuera reconocible. Para que nadie pudiera dar detalles.

Mientras tanto fueron construyendo la cueva donde están ahora. Dice Dimas que no les falta de nada. Y sonrío como un niño cuando me cuenta, ilusionado, que incluso tienen una cocina y una chimenea que corre pegada al suelo. Quieren conseguir una multicopista, máquinas de escribir para escribir panfletos e incluso un periódico y, si pueden, una emisora portátil marca Marconi. No sé por qué esa marca, ni si hay más marcas. Pero eso es lo que dice.

Los domingos aprovechan las campanas de las iglesias para hacer prácticas de tiro. Eso me tranquiliza porque Dimas nunca había tenido un arma en sus manos.

También me contó que entró en la partida un tal Heliodoro. Su nariz le dice que no es de fiar, pero viene recomendado por el médico y por el enlace y tiene una historia creíble porque los falangistas mataron a su hermano para quedarse con unas viñas.

Pero la nariz de Dimas casi nunca falla.

### **13 de junio de 1941**

Aún no puedo creer que los guerrilleros lleven casi dos años en el monte y no los cazaran. Estoy contenta. ¡Más que contenta! Tienen una red de refugios y de enlaces que les permitió sobrevivir, aunque tienen pocas armas, muchas son viejas y peligrosas porque pueden fallar o salirles el tiro por la culata. Hace poco les llegaron algunas de un robo en la fábrica de armas de Coruña pero todo es poco para enfrentarse al ejército.

La Guardia Civil muchas veces mira hacia otro lado porque sabe que la población apoya a los huidos y porque muchos de ellos no dejan de ser familiares o vecinos suyos. Sólo cuando hay delitos de sangre tienen que actuar de manera inevitable. También es cierto que son pocos, están tan dispersos como la guerrilla y el cabo que manda en la dotación no es de las personas más listas que conozco.

Los que sí presionan son el cura, Don Domingo, sus cuatro hermanos y Don Manuel Lamela. Van tejiendo su red de confidentes, sus grupos de somatenes y haciendo listas de personas que luego son «paseadas» y aparecen en las cunetas.

### **1 de setiembre de 1942**

Dimas me dejó una rana que tengo que pasar al enlace:

*Vuelto el compañero Dimas de reunirse con la Comisión Máxima de Guerrillas de Lugo, vemos que hay entendimiento en lo referido a los sabotajes a hacer contra las centrales hidroeléctricas de la zona... Enviad un camarada experto en detonadores, con tiempo para dar unas explicaciones. Aquí andamos con mechas que pueden fallar. A ver si dejamos a toda la comarca sin luz. ¡VIVA LA LIBERTAD! ¡VIVA GALICIA LIBRE! ¡MUERTE AL FASCISMO!*

### **13 de marzo de 1943**

El puente nuevo lo construye una brigada de unos 100 presos. Entre ellos mi padre y el tío de Dimas. No se quejan. Están cerca de los suyos y los guardias nos permiten llevarles ropa de abrigo, comida y vino. Además de los presos, también



dieron trabajo a algunas personas de la zona.

Al principio Manolito, que es el subcontratista de un tal Sr. Marroquín, quería hacerlo todo sólo con presos. Pero conseguí convencerlo de que necesitan carros para sacar los escombros, cocineros y cosas así. Les pagan a dos pesetas y media la jornada. No es mucho pero todo ayuda.

Adriano, el primo más pequeño de Dimas, empezó como chico de los recados para estar cerca de su padre. Pero como le gustan los explosivos, o porque quiere imitar a Dimas y jugar a ser guerrillero, en seguida se apuntó a poner cargas de dinamita. Al ser pequeño y ágil puede meterse en agujeros en la roca donde nadie llega y a los ingenieros de Madrid les hace mucha gracia que aquel niño tenga tanto interés por la pólvora. En especial al que dirige las obras, un tal Eduardo Torreja, que vino sólo una vez y quedó tan prendado de Adriano que recomendó que le doblaran el sueldo. Aunque no le hicieron caso.

Lo que no saben es que de cada diez cartuchos Adriano se las ingenia para esconder uno en alguno de los carros que salen con escombros. En alguna curva del camino espera un enlace de la guerrilla para recoger el cartucho que podría servir para futuros sabotajes.

Es un trabajo muy peligroso. Con la humedad que hay los cartuchos sudan. No son nada de fiar. Muchas veces no explotan y hay que volver a intentar la explosión con otra carga.

## **2 de mayo de 1943**

Perdona querido diario que te hubiera abandonado tanto tiempo. Ni siquiera pude contarte que accedí a casarme con Manolito. Fue el 14 de abril. Una boda triste, sin mis padres, ni mis amigos, ni los padres de mis amigos. Ahora vivo con él en un chalé y tengo que esconderme para escribir, o esperar a que salga de viaje, porque es muy estricto y sé que se enfadaría. ¿Recuerdas aquello de la habitación propia? Pues ni habitación propia, ni siquiera permiso para escribir.

A veces tiene unos arranques de ira que no sé yo si no acabarán mal, aunque pegarme, de momento, no me pega. Paso más tiempo llorando que riendo. Todo sea por los presos.

Ayer se fue de viaje a Ferrol, con su padre, a una reunión de esas del movimiento o a hacer negocios o las dos cosas. Está empezando a subir dentro de Falange y ya tiene un cargo muy importante en la OJE. Creo que además aprovechan esos viajes para cargar el coche con material de estraperlo que después venden a quien lo puede pagar.

Dimas pasó la noche conmigo. Tenía que contarme mucho pero con lo poco que nos vemos preferimos no hablar y dejar las noticias para las ranas. Por muy interesante que sea lo que tenga que contarme, no voy a renunciar a sus besos y a sus

caricias.

Me dejó tres ranas. Una para mí y otras dos para pasar a los enlaces. Dice que el régimen creó contrapartidas, que los llaman Brigadillas de Servicios Especiales de la Guardia Civil o, simplemente, somatenes y que están compuestas por guardias civiles, falangistas y antiguos soldados de la División Azul. Se hacen pasar por guerrilleros para levantar los enlaces, meter miedo a los que podrían ayudarlos y procurar la eliminación de los que fueron absueltos por la justicia.

Xaquín volvió de la guerra en Rusia. Turi no. Xaquín no quiso contarme cómo murió. Tuvo que ser algo terrible y no lo quiero ni imaginar. Desde que volvió, las brigadillas y los somatenes no dejan de ir a su casa o salirle al paso por la calle para acosarlo, aunque no se atreven a ir más lejos porque fue condecorado como héroe de guerra en la batalla de Crasnibor. Él se hace al loco y cada vez lo dejan más en paz. Se ríen de él y lo insultan pero la cosa no pasa de ahí. De vez en cuando, si no me ve nadie, le llevo algunas páginas tuyas convertidas en ranas para que las guarde y Manolito no las encuentre. Y al tomarlo por loco puede entregar las ranas que están destinadas a la partida sin que nadie sospeche de él.

También le pasé un libro que me dio Dimas para que se hagan copias y lo distribuyan los enlaces. El libro se llama «*Introducción al vegetarianismo: el ajo, el limón y la cebolla*». El autor es un supuesto Profesor Spenza y en su interior hay un montón de lecciones sobre fabricación de bombas y explosivos.

En el prefacio dice:

*Este folleto no tiene la pretensión de ser un guía completo del artificiero. Pretendemos con él iniciar a los profanos en el uso de las materias explosivas que circunstancialmente podemos disponer.*

Y en la conclusión finaliza de esta forma:

*Estas indicaciones de elemental precisión sirven para divulgar con rapidez el conocimiento y manejo de las armas y utensilios más esenciales para una acción clandestina.*

*Estudia bien el contenido de este folleto y trata de convertirte en instructor de aquellos que no lo posean.*

Me pareció muy gracioso que camuflaran con ese título un libro como ese pero, al mismo tiempo, me quedó un gran vacío en el cuerpo al percatarme de que algo que podía destinarse a matar personas pudiera hacerme la más mínima gracia.

### 3 de mayo de 1943

La semana pasada un compañero de Dimas, al que llaman Bouzas, se encontró con dos brigadillas. Parece que él los reconoció en seguida. Eran guardias civiles disfrazados de guerrilleros. Después de una pequeña parrafada, uno de ellos intentó cogerlo por detrás; entonces Bouzas le lanzó una cuchillada de lado, pero fue a dar en el correa que llevaba debajo del gabán. El otro le pegó un tiro en el estómago. Después lo llevaron a Taboadela y gracias al médico lo trasladaron a Lugo. Parece que allí lo trataron bien. Ante el juez juró que él creía que eran guerrilleros. En fin, la cosa no salió del todo mal aunque ahora Bouzas está marcado.

### 10 de octubre de 1943

Me siento culpable, aunque en realidad no tendría por qué. Anoche, después de que Manolito me dijera que su padre iría de viaje, solo, a Madrid, lo arreglé para escribir una rana con la noticia y dejarla en el jardín. Un capricho de Manolito: jardín en vez de huerto, aunque a la hora de la verdad no mira nunca para él. La verdad es que me encanta y me alegra cuando me levanto por las mañanas y miro por la ventana. Me da fuerzas para empezar el día. Ahora casi no hay flores, pero está lleno de plantas aromáticas.

Esta mañana llegó la noticia de que habían matado a Don Manuel Lamela. Aunque no se sabe quién fue, todo el mundo habla de Dimas. Muchos para negar la posibilidad de que fuera él, por el método utilizado. Otros directamente señalándolo con el dedo.

Cuando me explicaron que fue con una bomba bajo el coche en seguida recordé el capítulo del libro de introducción al vegetarianismo que explica cómo construir un encendedor a tracción. Recuerdo bien algún fragmento de aquella explicación porque me chocó que se pueda hablar de la muerte de otros con un lenguaje tan técnico. Más o menos era así: *se emplea este mecanismo como emboscada, introduciendo directamente el detonador en el lugar de la mecha y aplicando un hilo metálico a la anilla de tracción. Atad el hilo metálico a la anilla de tracción, extendiéndolo suavemente a través del camino que tomará el enemigo, emplazando o enterrando la carga en el lugar donde pueda causar el mayor daño.*

Acompaña la explicación con una lámina en la que se ven dos árboles. Entre ellos hay un hilo atado, con un encendedor en uno de los extremos, del que sale una mecha «cordtex» que encenderá el cebo y la carga explosiva situados bajo tierra. Dos piernas caminando hacia el hilo completan la lámina.

El caso es que me siento cómplice de un asesinato a sangre fría. Aunque ese hombre sea el responsable de la muerte de Turi, de la locura de Xaquín y de la

situación de fugitivo de Dimas, de mi desgraciada boda y de la desgracia de tantas y tantas gentes de la comarca, nunca pensé que un acto mío llevara al asesinato. Gran verdad la de los que dicen que la venganza no soluciona nada.

Manolito se puso como una fiera. Nunca antes lo había visto así. Gritaba dando puñetazos a las paredes y jurando que acabaría con Dimas aunque fuera lo último que hiciera. Pero no mostró lástima por la muerte de su padre en ningún momento.

Esta noche se lo comunicaré a Dimas con una rana. Temo que empezarán a cerrar el cerco.

## **1 de noviembre de 1944**

Desde la creación del Ejército Guerrillero de Galicia,

Manuel Castro que es el delegado de la Internacional, quiere que todos los guerrilleros se integren en las nuevas partidas organizadas bajo la dirección del Partido Comunista. Dimas no lo tiene muy claro. Aunque él dice que es comunista siempre fue por libre. Sus compañeros anarquistas se irán si los obligan a actuar bajo las órdenes del partido. A veces Dimas me cuenta las discusiones que tienen entre anarquistas y comunistas. Ellos hacen tan responsables de la derrota a ingleses y franceses como a los propios comunistas que se plegaron a las órdenes de Moscú haciendo de la República una especie de colonia soviética. Y muchas veces Dimas, a pesar de que les replica que García Oliver, Federica Montseny o Cipriano Mera, acabaron siendo tan autoritarios como cualquiera en cuanto olieron el poder, me confiesa con la boca pequeña que no tiene más remedio que darles la razón, aunque no pueda hacerlo en público, porque los pocos ejemplos que conoce, como el cierre de escuelas racionalistas o la disolución de las colectividades por parte de Lister, son barbaridades autoritarias que nada tienen que ver con el comunismo verdadero.

Una vez me dijo, aunque después pareció arrepentirse, que los anarquistas eran los verdaderos socialistas. Que si la dictadura, la más extrema forma de tiranía, jamás llevará a la liberación social, en Rusia la dictadura del proletariado no llevará al socialismo, sino a la dominación de una nueva burocracia sobre la gente sencilla.

Yo me pierdo un poco con esta controversia entre ideologías, me falta información, pero me encanta oírlo hablar tan serio y con ese aire de convicción. Al fin y al cabo, sea comunista, anarquista o simplemente guerrillero, sé que se juega la vida por la gente de su pueblo. Otro, en su situación, hace años que habría cruzado la frontera. Pero Dimas, que siempre fue un chico honesto y leal, ahora además es un hombre de firmes valores capaz de luchar para defenderlos. ¡Qué lejos queda aquel niño, compañero de juegos inocentes!

## **2 de noviembre de 1944**

Esta mañana fuimos de entierro. Parece que el río de las desgracias no se va a secar nunca. Adriano, el más pequeño de los primos de Dimas, murió en una explosión en la construcción del puente de Mourelos. Tenía diez años.

Una carga no explotó y Adriano fue rápidamente a sustituirla por otra. Pero aún no había llegado cuando se produjo la explosión con retardo, explotando también la carga nueva que llevaba en sus manitas.

Estoy muy triste. No sé ni cómo tuve fuerzas para escribir estas letras, para que quede constancia... Maldita guerra. Maldita posguerra. Maldito puente. ¡Malditos todos!

Descansa en paz.

### **12 de febrero de 1945**

A Bouzas lo destinaron a la zona de Ferrol. Era del sector del partido ligado a un tal Jesús Monzón y parece que los están depurando porque el año pasado fracasaron al intentar invadir el Valle de Arán, en los Pirineos. Me dijo Dimas que el que manda ahora es un tal Santiago Carrillo.

Las partidas están militarizándose con jefes y comisarios políticos. El jefe de la partida de Dimas sigue siendo Aviador porque tiene carné del partido pero trajeron tres comisarios políticos reasignados en el lugar de Bouzas y de los dos anarquistas que se fueron a Asturias a buscar guerrillas libres de la disciplina del partido comunista.

Dimas empieza a preocuparse por tanta organización y tanto centralismo. Dice que es un comunista de corazón pero que tanta disciplina mata el espíritu comunista.

El resto de guerrilleros de la partida no parece preocuparse con los cambios, sobre todo Heliodoro que a Dimas le sigue cayendo mal.

### **30 de junio de 1946**

El cansancio empieza a notarse en la gente. Tantos años de lucha y muchos no le ven salida. Los guerrilleros están empezando a robar comida y dinero en las casas más ricas y eso tampoco ayuda a que el pueblo los apoye. Si no son las brigadillas, es la Guardia Civil, los falangistas o los propios guerrilleros... la gente está harta de que les den empujones por todos lados. ¿Quién dice que aquí nunca hubo guerra? Terminó la Segunda Guerra Mundial y la de aquí nunca termina. Es bien verdad que las guerras sólo terminan para los muertos...

De la partida de Dimas, además de los dos anarquistas del año pasado, desertaron dos de los comisarios políticos. Dimas dice que si los ve les pega un tiro. Yo entiendo que se cansen de luchar como hormigas contra elefantes.

## **20 de diciembre de 1947**

Ayer condenaron a muerte a Segundo Vilatemeiros y al párroco de Muchas que era enlace de la guerrilla en aquella zona. Lo detuvieron el 26 de mayo, después de la muerte de Don Domingo, el cura de Taboadela y de varias parroquias más.

Segundo había venido a pasar unos días, con la partida de Aviador y Dimas, como enlace entre el partido y las guerrillas. Creo que venía para anunciar la orden de disolución de la IV agrupación. Y se encontró, sin querer, con el tercer intento de asesinato del cura. Ya lo habían intentado dos veces antes, fracasando. La última cuando volvió Xaquín del frente ruso y nos percatamos de que Turi se había quedado allí.

A la tercera fue la vencida. En los Chaos, lo esperó Dimas en medio del camino. Cuando lo vio llegar disparó a los pies del caballo y, cuando éste reculó, había otros guerrilleros rodeándolo.

Más tarde, ignorante de todo, Segundo iba por el mismo camino por el que vendría la Guardia Civil. Lo cogieron desprevenido por la espalda y le cargaron el muerto porque llevaba una pistola. Después cayó el párroco de Muchas y toda la organización de enlaces del norte de Galicia. Es posible que torturaran a Segundo y cantara. No lo culpo. No sé si yo podría soportar la tortura.

El caso es que las partidas ahora tienen que moverse más, esconderse más lejos y romper con los vínculos que cada una tenía en su zona. Eso significa que veré menos a Dimas. ¿Menos aún?

## **14 de abril de 1948**

El mando guerrillero convocó una reunión, en la Fraga do Eume, de delegados de todas las agrupaciones de Galicia para discutir la orden de disolución de la guerrilla que llegó de Francia.

Aviador no se fía de algunos de sus guerrilleros. Demasiados fracasos y demasiados combatientes muertos como para no sospechar de un infiltrado. Hubo una votación para designar delegado y salió elegido Heliodoro. Al ser Dimas el líder de los grupos que participaron en la mayoría de acciones fracasadas, lo hacen responsable y dudan de su integridad. Pero Aviador les apuntó a todos y dijo que iría Dimas por designio de la vanguardia del proletariado. O sea él.

No creo que esto sea bueno para Dimas. La envidia es muy mala. Aunque, ¿cómo podría ser peor?

## **10 de octubre de 1948**

Como cada domingo, fuimos a misa. Y, como cada domingo, recé en vano para que la vida vuelva a ser normal.

Manolito va a misa todos los días. Me costó convencerlo de que me dispensara pero al final cedió. Sólo los domingos y fiestas de guardar. Creo que empiezo a saber usar mis artes femeninas. A cambio, eso sí, tengo que ir cada jueves por la tarde a una reunión de la Sección Femenina. Las cosas que dicen me ponen los pelos de punta pero tengo que disimular y ser convincente si no quiero que se me note que estoy totalmente en contra de las ideas de esas brujas ignorantes, aburridas de sus vidas vacías, que tratan de convencernos a todas de que esas deben ser también nuestras vidas. Su ideario se resume en esta frase: *«Si no fuera tonta, que lo parezca. Si lo fuera, también»*.

[Párrafo ilegible]

El jueves, Heliodoro y dos guerrilleros más cogieron un paisano de Pesqueiriñas que iba hacia el molino y lo obligaron a ir con ellos a la farmacia de Amelia Ledo Abeledo, dueña del José Ramón Fente Sampaio, un conocido falangista jefe de Manolito, para no levantar sospechas.

Al entrar en la farmacia encontraron a los padres de Amelia, Miguel y su esposa María que en aquel momento tenía en brazos a su nieta, la hija de seis meses de la farmacéutica.

Heliodoro, al no ver ni a la farmacéutica ni su marido, pidió algo para un corte infectado para ganar tiempo. Miguel Ledo fue al cuarto donde guardan los medicamentos para buscar algo. En ese momento entró José Ramón. Trabajaba en el Ayuntamiento y, en los ratos libres, echaba una mano a su mujer en el despacho de la farmacia.

—¡Ahí está el hijo de puta! —dijo Heliodoro— y sin decir nada más le pegó un tiro.

Otro de los guerrilleros, Ramiro Carude, mientras recriminaba a Heliodoro el asesinato a sangre fría sin preguntar siquiera por las armas, obligó a Miguel a subir al piso superior para buscar las escopetas y ver si había dinero. Sólo encontraron a Amelia, la farmacéutica.

—¿Por qué te casaste con este hombre? Ya te dijimos quién era. ¿Y el dinero? ¿Y las pistolas? —le increpó Ramiro.

—No lo sé —respondió ella—. Es muy reservado con sus cosas...

Heliodoro, abajo, se impacientaba. Había pasado bastante tiempo. Mandó subir a María, la madre de la farmacéutica, para ver qué pasaba. Cuando bajó, intentó huir corriendo con la niña en brazos pero la detuvo Álvaro Antón, el guerrillero apostado en la puerta de la farmacia. Al volver a entrar, Amelia también estaba estirada en el suelo, junto a Heliodoro, sobre un charco de sangre.

Cuando todo terminó, los huidos se fueron por donde está la fuente nueva cantando y pegando tiros al aire. Ya era noche cerrada.

Poco antes de llegar al refugio de la partida, Heliodoro, que marchaba detrás de

Álvaro y Ramiro, le quitó a éste la pistola y les descerrajó varios tiros en la espalda a los dos.

Mientras tanto, la Guardia Civil se puso de camino hacia la cabaña. Los cuatro guerrilleros que allí estaban dormían plácidamente. La noche estaba nublada pero tranquila; apenas caía alguna gota aislada. En un instante el lugar quedó rodeado por la Guardia Civil que empezó a disparar y tirar bombas de mano. El primero en salir, desnudo, fue Lourido, al que sólo le dio tiempo de coger un fusil y disparar a la oscuridad. Los guardias estaban parapetados tras de una zanja y no se les veía. No tardó en caer por los disparos y las bombas.

Eduardo Prieto salió detrás de Lourido pero ni le dio tiempo a coger un arma. Al ver la cantidad de disparos levantó los brazos para rendirse pero le soltaron una descarga que le dio de lleno. Dicen que, nada más caer, se secó la hierba dejando la forma de su menudo cuerpo.

Dimas, Trosky y Aviador huyeron por la ventana de atrás. Iban desnudos y se tiraron rodando, corriendo, a trompicones, entre los pinos y los tojos. Las balas silbaban cerca de sus cabezas pero no les dio ninguna, gracias a lo tupido de la vegetación y a que empezó a llover.

La Guardia Civil levantó el cerco y se fue al cuartel, dejando a los cadáveres en el suelo. Allí quedaron, bajo la lluvia, hasta el sábado, cuando volvieron con varios vecinos y un carro para cargar los cuerpos y llevarlos directamente al cementerio.

Los tres que consiguieron huir se escondieron en una cabaña que habían construido en unas peñas, en secreto, cuando empezaron a pensar que tenían uno o más infiltrados en la partida. Una vez allí tuvieron una fuerte discusión. La partida estaba casi desmantelada, llevaban luchando nueve años sin ver un horizonte claro, el Partido Comunista los había dejado tirados y les obligaba a llevar un ridículo uniforme gris con una enorme estrella roja sobre el corazón, bajo la cual lucían las banderas gallega y republicana, con el que eran fácilmente identificables de lejos... Trosky anunció que iba a cenar y dormir a su casa y que por la mañana tomaría una decisión pero que lo más probable sería que intentaría irse a Francia.

Cuando casi estaba llegando a su casa se encontró con un pobre cubierto de tela de saco pidiendo un poco de pan. Trosky siguió su camino sin hacerle demasiado caso, pues ni pan tenía. El pobre se irguió y le dio un golpe en cabeza, por la espalda, que dejó a Trosky inconsciente. Era Heliodoro. Después llegó la Guardia Civil para rematarlo. Hicieron con él lo que quisieron. Le arrancaron las uñas de las manos y los pies y lo molieron a palos. Pero no consiguieron que dijera dónde estaban escondidos Dimas y Aviador.

Esta mañana, antes de ir a la misa, Manolito me dijo, muy contento, que ocupará ahora el cargo que tenía el asesinado José Ramón Fente Sampaio.

Con el cuerpo, como quien dice, aún caliente y Manolito no tuvo ni un gesto de recuerdo por el finado. Parecía como si estuviera esperando una ocasión así. Su sonrisa y su alegría me dieron hasta un poco de miedo.



## 10 de marzo de 1949

Durante todo el invierno la partida guerrillera, reducida a Dimas y Aviador, se limitó a permanecer escondida y a sobrevivir. Ocuparon el tiempo fabricando algunas bombas de lafitte con latas de conservas, construyendo escondites alternativos y puntos de recogida de material.

Algunos pocos vecinos les fuimos dejando comida en esos puntos y con eso fueron tirando. También bajó la actividad de las brigadillas y la Guardia Civil. Y muchos somatenes se disolvieron. Ya no les parece divertida la caza del guerrillero.

La semana pasada otra partida compuesta por dos guerrilleros, O Santeiro y Fera Brava, dio con Dimas y Aviador, por casualidad, cuando se dirigían a recuperar un cargamento de patatas requisado por el ejército a los vecinos de Vila. Entre los cuatro consiguieron robarlo y devolverlo a los vecinos, recuperando, además de las patatas, algo de apoyo entre la gente de las aldeas.

Los golpes económicos, que algunos guerrilleros sueltos y abandonados se vieron obligados a realizar, crearon muy mala fama entre la gente que ya había olvidado, casi diez años después del fin de la guerra, que los guerrilleros están ahí para ayudar. Llegó un momento en el que en algunos casos concretos, como consecuencia de los años vividos como lobos, al margen de la sociedad y seducidos por el poder que les da tener armas, se convirtieron en simples bandoleros.

## 19.— Rolf LeNoir

Al ver el nombre de mi amigo en la pantalla del móvil y a pesar de que lo que más deseaba en ese instante era una ducha, cuatro cafés y un colirio que me suavizara la irritación de los ojos, no dudé ni un instante en contestar en francés.

—*Alló?*

—Soy Rolf. ¿Te he despertado?

—No. En absoluto. Pasé la noche leyendo y releendo los fragmentos de diario que te envié.

—De ellos te quería hablar. Son un excelente material, un testimonio de primera mano. Además, al estar escrito en forma de diario, incluye las fechas y nos permite establecer una cronología exacta. ¿Podrás conseguir más fragmentos?

—Lo intentaremos cuando la policía desprecinte la casa o en una incursión nocturna. Pero de momento eso es todo lo que pudimos conseguir.

—A ver si hay suerte. Por mi parte sólo pude encontrar algo más de Aviador pero ni rastro de tu padre. De ahí la importancia de ese diario. ¿Sabías qué Aviador estuvo luchando contra el franquismo, en solitario, hasta 1965?

—¿En serio? ¿Veintiséis años?

—Veintiséis en total. Dieciséis en solitario. Puede que desde 1949 que es cuando se fue tu padre.

—Ese año se fue, sí.

—Lo acribillaron a balazos en unas viñas y lo enterraron en una fosa común. Salió como gran noticia en toda la prensa española, en radio y televisión e incluso en prensa francesa. Hace algunos años, por suscripción popular, le pusieron una lápida en el cementerio de un lugar llamado A Plantada.

—A Plantada está a pocos kilómetros de aquí. A ver si me acuerdo de pasar a visitarla. Muchas gracias Rolf por todo. Te mantendré informado del desenlace de todo esto.

—No olvides hacerlo. Me interesa mucho esta historia.

## 20.— Día de entierro

El cielo parecía ponerse a tono con el día de entierro y amaneció del color de las piedras de granito que, aquí y allá, llenaban de lunares los campos. No tanto como para que bajaran las temperaturas pero sí dando un respiro a las agotadas glándulas sudoríparas, excesivamente cargadas de trabajo los días anteriores.

Sonaban, pausadas, las campanas de la iglesia parroquial de Freimondi mientras largas hileras de personas desfilaban desde la era habilitada como aparcamiento provisional hacia el origen del sonido. En las puertas de todos los bares y comercios de Taboadela, así como en los tablones de anuncios municipales, una de cuyas caras se reservaba a obituarios, podía verse la esquila que anunciaba *el fallecimiento de don Joaquín Mouriño Regueiro, a los 86 años de edad, después de recibir los santos sacramentos y la bendición de Su Santidad. Servicio de Ómnibus: para todas las personas que deseen asistir a la misa de funeral habrá servicio de coches, mañana domingo 18 de julio, de la empresa La Directa con salida a las doce y media del mediodía desde Taboadela dos Viños (junto a la funeraria Fernández) pasando por Piñeira, Mosteiro, Ulfe, Inza, Vila y San Juan del Campo hasta la Iglesia de Freimondi y regreso.*

Carlos las había encargado por mi cuenta tras adoctrinarme sobre las costumbres al uso. La Funeraria Fernández SA las había elaborado mecánicamente, como solía hacerse si no se daba instrucciones en contrario.

El desfile de gente y la cantidad de autocares y coches particulares, expuso ante mis rojos y marsupiales ojos la particular relación de aquel pueblo con la muerte. Casi todas las personas asistentes venían de las parroquias y aldeas vecinas, se conocían relativamente y, aún así, vestían sus mejores ropas para despedir a un vecino como se merecía, aunque posiblemente, en vida, no hubieran pasado de un mero saludo de cortesía.

La tarde anterior ya había sido una buena muestra del ritual del velatorio en el que gente totalmente desconocida para mí me apretaba con fuerza la mano, me abrazaba o me plantaba dos besos en la mejilla, reconociéndome como el hijo de Dimas O Billares y contándome alguna anécdota de infancia en común *con-su-difunto-padre-que-en-gloria-esté*. Sólo en el caso de alguna mujer totalmente vestida de negro se derramaba alguna lágrima tras santiguarse ante el cuerpo presente. El resto, tras pronunciar alguna frase del estilo de «*no somos nadie*», pasaba a la anécdota para después integrarse en alguno de los grupos en que se celebraban tertulias sobre lo divino y lo humano.

Nada que ver con el insulso velatorio parisiense de mi padre, en uno de esos modernos tanatorios urbanos en los que la muerte de una persona parece ser lo de menos, que debe incluso ocultarse, como si uno fuera a un tanatorio porque ese día se

aburre y no tiene nada mejor que hacer. Y la posterior cremación, casi en solitario, a la que acudió Rolf LeNoir, un par de colegas de la facultad y Valérie, que a saber cómo lo había sabido, y que estuvo abrazada a mí en todo momento, dándome un cariño reconfortante, eso sí, en la dosis justa para aquel día triste, dosis que, tras la inevitable discusión por motivos ya olvidados, se interrumpió de forma repentina y no llegó a la noche.

A la vista del entierro de Xaquín, deseé que mi padre hubiera muerto en aquella tierra, donde su inhumación hubiera sido más humana, más próxima al ciclo natural de los seres vivos.

Como Xaquín no tenía parientes y todo el mundo se parecía percatar de que yo había ejercido de mecenas en aquel entierro, me tocaba recibir el saludo de toda aquella masa de gente que no cabía en la pequeña iglesia parroquial de Freimondi, con una vista privilegiada sobre el río Mineu, pintada toda de blanco, rara avis entre las iglesias de los alrededores. Los fumadores renunciaban a entrar y esperaban fuera el final del oficio religioso para asistir después al ritual del entierro en el mismo patio de acceso a la iglesia. De hecho, para entrar había que sortear algunas tumbas de nombres borrados por el tiempo. Muchas personas pasaban por encima de ellas sin parecer muy preocupadas.

Las primeras filas de bancos las ocupaban los pocos habitantes de Freimondi. Casi todas mujeres. Reconocí a María y a las hermanas de la tienda de la carretera. También estaba Caracho y su familia junto a seis o siete mujeres desconocidas más. Carlos y yo decidimos quedarnos fuera con los fumadores, entre los cuales destacaba, por conocido, el cabo Lorenzo Silva, esta vez de paisano.

—¿A que no vio nunca tanta gente en un entierro? —Soltó el cabo Silva a modo de saludo, ofreciéndome un Camel a medio salir del paquete.

—Me impresionó mucho, sobre todo porque no esperaba algo así en el entierro de un hombre sin parientes —respondí mientras llevaba el cigarrillo a los labios sin golpes ni giro.

—Aquí son todos así. Un entierro es una ocasión magnífica para pasar unas horas entretenido, charlar con gente a la que hace tiempo no se ve y discutir de fútbol, de política o de la sequía de este año *que-nunca-se-vio-una-como-esta*. Y eso que desde que pagamos en euros cambiaron muchas cosas —intervino Carlos.

—Claro —apuntó el cabo Silva—. Por ejemplo que ahora se paga a los curas en euros. ¿Cuántos hay en esta misa?

—Cinco. Me dijeron en la funeraria que el número de curas determina la categoría del difunto y que tratándose de un héroe de guerra...

—¿A cuánto el cura?

—Pues la verdad es que no lo sé. Me hicieron un *pack*.

Unos cincuenta euros por cura, creo...

—Hay un canto popular, de cuando eran en latín, sobre el tema de pagar por las misas —intervino Carlos—. Dice así —poniéndose a cantar inmediatamente con

entonación de canto gregoriano:

*Dies ire, dies ire,  
Calamitatis e miseria.  
Dum veneris judicare  
Seculum perinem.  
Se é rico e ten diñeiro  
Cantámoslle o enterro enteiro.  
E se é pobre e non ten nada  
Vaia prá furoca vaia.*

—Aquí los vecinos dan el dinero que pueden pero en vez de ir a parar a la familia del difunto para los gastos del entierro o las dificultades por las que puedan pasar, van a parar a los curas —concluyó Carlos tras su canto gregoriano.

—Igualmente me parece algo más natural que en las ciudades. Hablar de la muerte, incluso cantar canciones irónicas relacionadas con ella de una manera normal. Ahora la ocultamos. No se habla de ella con los niños. Y los adultos parece que tienen que vivir siempre en una eterna adolescencia, como si la muerte no fuera con ellos —dije.

—No crea —intervino el cabo Silva—. Cuando desaparezca toda esta generación que ve en la iglesia, todo eso habrá terminado. Si va usted a Vigo o Coruña encontrará que las cosas no son tan diferentes de París, salvando las distancias y los tamaños.

—Ya. La famosa aldea global... —Puse punto final al tema y, tras dar una larga calada al Camel continué—. Me dijo Carlos que cerraron el caso de Xaquín.

—El forense determinó que la muerte se produjo por causas naturales. Se permitió, incluso, anotar que pareció tener una muerte dulce. No tenía señales de violencia, ni había más tóxicos en su cuerpo que una cantidad insignificante de alcohol: la correspondiente a un chupito de aguardiente.

—¿Y el bidón de gasolina?

—Al no haber caso de asesinato, ni siquiera vinieron los de la científica a tomar huellas. Se desprecintó la casa y tema cerrado. Ya le dije que investigar aquí es más difícil que conseguir estar sólo en una playa en agosto. Nunca pasa nada y cuando pasa no tenemos los medios para hacerle frente.

De repente se oyó un estruendo seco y cortado, como una explosión en una mina que llega con sordina al exterior. La tierra tembló ligeramente durante unos segundos. Ni yo ni mis acompañantes reaccionamos más allá de componer caras de estupor y desconcierto. Los cánticos en el interior de la iglesia pararon de repente para volver a retomarse pocos segundos después.

A continuación sonó el teléfono móvil del cabo Silva. La conversación fue breve, llena de monosílabos. Al colgar se sintió en la obligación de darnos explicaciones.

—Un seísmo de 3,5 grados en la escala de Richter. Se percibió en toda la comarca. También en Lugo según el Instituto Geográfico Nacional. Me llamaron para que tranquilice a la población si es que alguien está intranquilo.

—¿Estamos en zona sísmica?

—No creo. Desde que estoy destinado aquí es el primero. Dicen que hubo otros, igual de débiles que este. Los ecologistas los achacan al embalse.

En ese momento se dejó sentir una réplica. Y, a continuación, otra explosión, aunque en este caso parecía más bien de un depósito de gas y sin sordina. A un par de kilómetros en línea recta desde la iglesia, en el núcleo urbano de Freimondi, se elevaba, hacia el cielo gris, una negra columna de humo.

—¿No es más o menos por ahí donde está la casa de Xaquín? —pregunté.

—¡Creo que sí! —respondió el cabo Silva arrancando a correr hacia su coche.

—¿Puedo ir con usted?

—¡Dese prisa!

—Carlos, hágame el favor de encargarse de las ranas —pedí pasándole una bolsa de plástico de supermercado, mientras arrancaba a correr, como si fuera el testigo en una carrera de relevos—. No sé si el cura está enterado.

—Descuide —respondió Carlos cogiendo la bolsa—. Yo me encargo.

Cuando subí al coche particular del cabo Silva éste ya estaba hablando con alguien del puesto de Taboadela solicitando una patrulla de bomberos. Aún no había cerrado la puerta y el motor ya obligaba a las ruedas a salir de su letargo. Pensé que si la Guardia Civil conducía de aquella manera, no era extraño que permitiera a Carlos conducir un taxi sin carné. Sin duda ninguna, el campeonato del mundo de rallyes se perdía una inmensa cantera de pilotos en tierras gallegas.

El trayecto desde la iglesia a la aldea, en coche, era poco menos que un paseo interrumpido. Al pasar por delante de la plaza de la fuente y tomar el camino de las viñas, creí ver una figura humana que se ocultaba detrás de la tienda de las dos hermanas. Giré la cabeza hacia atrás y pude reconocer claramente a un torpe Heliodoro pegado a la fachada lateral intentando ocultar su exiguo cuerpo tras los delgados tallos de una parra de kiwi.

—Allí detrás se esconde Heliodoro —indiqué al cabo Silva—. El abuelo del desaparecido Peneira.

—¿Dónde?

—En la tienda de la carretera.

Tras tirar con la mano del freno de estacionamiento, el coche dibujó un cero negro en el asfalto encarando el morro de cara al lugar indicado. Allí estaba, sorprendido, Heliodoro Peneira, incapaz de mover su gastado cuerpo del sitio, con la camisa y la cara quemadas.

—Si viene de incendiar la casa de Xaquín, significa que no sabe que el caso está cerrado y quiso borrar las huellas de su nieto del bidón de gasolina y de la casa —dije rápidamente intentando retrasar el momento en que el cabo Silva bajase del coche.

—Y si quiso borrar las huellas, seguramente sabía que su nieto había venido a matar a Xaquín, aunque quizás se encontró el trabajo hecho por la naturaleza —dio la réplica el cabo Silva.

—Sea como sea, el caso está cerrado y la explosión podría achacarse al terremoto. No obstante, este hombre sabe cosas que yo quiero saber y ahora es el momento en que es más vulnerable. Está atrapado, casi se quema en la explosión y su nieto está en paradero desconocido. Si me deja hablar con él unos minutos quizás me diga lo que quiero saber.

—Mientras no lleguen mis compañeros con los bomberos y me vean aquí con este hombre sin informar de lo que vi... ese es el tiempo que tiene para interrogarlo.

—¡Muchas gracias!

Bajamos del coche. Heliodoro, a pesar de ser de aldea, parecía ensayar para estatua humana de gran ciudad: no se movió un milímetro. Miraba hacia el suelo medio apoyado en la pared, medio en el tronco de los kiwis. Lo cogimos por los brazos y lo llevamos hasta el banco junto a la fuente. Después Silva se acercó al maletero del coche y sacó de él una cantimplora metálica, recubierta de tela verde, para llenarla del fresco líquido que manaba a borbotones. Heliodoro bebió un sorbo largo y pausado.

—Yo no fui —dijo al acabar de beber.

—¿No fue qué? —preguntó el cabo Silva.

—No hice nada —respondió Heliodoro.

—¿Si no hizo nada, porqué se escondía?

—Por miedo. Nunca se sabe quién andará por ahí...

—¿Y la camisa quemada? ¿Se le fue de las manos el churrasco?

—Sólo tengo esta camisa. Se quemó hace tiempo...

—Pues es de combustión lenta —contestó el cabo Silva con sorna—. Hágase a la idea. Lo pillamos con las manos en la masa. Su nieto no pudo terminar el trabajo y lo vino a terminar usted.

—¡No meta a mi nieto en esto! —dijo Heliodoro con un punto de cabreo pese a la debilidad física. ¡Mi nieto no tiene nada que ver!

—¿Nada que ver en qué? ¿En el asesinato de Xaquín o en el incendio de su casa?

—Nada que ver en nada. Si tienen que culpar a alguien, culpenme a mí.

—¿Y de qué deberíamos culparlo?

—Del asesinato de Xaquín y del incendio de su casa —respondió en voz baja.

—La pregunta no es quién. La pregunta es por qué. ¿Por qué asesinar a Xaquín, un hombre que no lastimaba a nadie? —Metí baza.

—Yo sólo cumplía órdenes. La culpa de todo es de este francés —dijo mirando al cabo Silva y señalándome con el dedo índice—. Si él no hubiera venido a remover el pasado, nada de esto habría sucedido.

—Vaya, vaya, así que ahora la culpa es de este hombre por venir a preguntar. ¿Y a quién molestaba tanto que este hombre preguntara como para ordenarle a usted que

matara a un viejo inocente?

—No les voy a decir nada más. Si lo hago, mi patrón me mandará matar igual que mandó matar a Xaquín.

—Vamos a ver, Heliodoro. ¿Cuántos años tiene usted? ¿Noventa? ¿Más? ¿Cuánto cree que le queda de vida? ¿Y a su nieto? ¿Cuánto cree que les queda de vida a su nieto y a su bisnieto? Fue su nieto el que dejó las huellas por toda la casa. Y en el bidón de gasolina que quedó tirado. También fue su nieto el que se dejó ver al huir del lugar. ¿Quiere que su nieto cargue con toda la culpa por no querer decir quién dio la orden? ¿Quiere que su bisnieto crezca sin padre? —Asumí que me tocaba el papel de poli malo en el que Heliodoro, involuntariamente, me había encajado.

Las sirenas de los bomberos empezaban a ser audibles a una distancia indeterminada, por la estrecha carretera que venía de Taboadela. Heliodoro estaba abatido. Pero quedaba poco tiempo para hacerlo hablar.

—Le diré lo que vamos a hacer —intervino Silva—. Yo iré al incendio para ver si puede colar como consecuencia del terremoto. Es posible que Xaquín tuviera un depósito de gasóleo, o de gas, para calefacción. Usted se irá con el señor César en mi coche y contestará a sus preguntas. Si lo que le cuenta es convincente, puede que consiga que a su nieto no le pase nada y se olvide el asunto.

—Si dejan en paz a mi nieto... a mí me queda menos que nada por vivir. ¡Qué me importa ya lo que pase en este mundo!

—César, deje mi coche en la iglesia. Yo haré que me lleve allí la patrulla. Diré que vine corriendo o algo mejor si se me ocurre —dijo Silva entregándome las llaves—. No vaya por la carretera, sino por el camino de Vila. Si se cruza con alguien podrían reconocer mi coche. Ese camino le llevará directo a la iglesia.

Con Heliodoro en el asiento del copiloto, arranqué muy suavemente, circulando despacio, tanto por el desconocimiento de aquel modelo de coche, como por la poca prisa en llegar a ningún sitio. Apagué el móvil para no ser molestado. El camino era estrecho, entre muros de piedras de granito apiladas, custodiados por zarzales, algunos de las cuales eran tan largos, señal del poco tránsito por aquel camino y del abandono de las labores del campo, que arriesgaban de forma audible la pintura del coche.

Tras unas cuantas curvas en las que temí por la chapa, el camino se ensanchó un poco más dejando un recodo a la izquierda bajo unos castaños centenarios. El día parecía abrirse y aparqué bajo la sombra de aquellos árboles impresionantes. Bajé las ventanillas, saqué dos cigarrillos del paquete, les di tres golpes al unísono, los encendí a la vez y pasé uno a Heliodoro.

—¿Y bien? —pregunté echando el humo de una larga calada.

—¿Qué quiere saber?

—¡Todo!

—¿Por dónde empiezo?

—Por donde quiera. Por ejemplo, ¿quién ordenó el asesinato y por qué? Sobre



todo porqué.

—Eso no se lo puedo decir...

—Entonces creo que no tiene nada que me interese —contesté enfadado mientras hacía ademán de girar la llave del contacto para arrancar de nuevo.

—¿Eso cree? Yo creo que sí puedo contarle cosas que le interesan. Preguntas que me hizo en el Caracho y que quedaron sin respuesta.

—Empiece pues... si los dos primeros minutos me parecen interesantes no encenderé el motor.

—Está bien. Lo que le interesa es su padre, ¿no? Pues ahí va su historia. En el 39, cuando terminó la Guerra Civil, fue cuando aquí empezó la guerra de verdad. Venganzas, paseos con destino a las cunetas, juicios sumarísimos, fusilamientos, guerrilla, trabajos forzados... alguien que estrenaba un cargo para el cual no servía, mató a mi hermano para quedar con sus viñas, de las mejorcitas de la comarca. No contaron con que una parte iba a mi nombre porque las habíamos heredado a partes iguales. Un vecino me avisó y me eché al monte. Allí conocí a una partida de los primeros guerrilleros que después llamaron maquis y me uní a ellos. Yo nunca me había metido en política y aquella gente eran casi todos de ideas: comunistas, anarquistas, nacionalistas... A veces discutían por ideas, pero en general se llevaban bien porque tenían un enemigo común y un objetivo común: recuperar la República.

»A principios de 1940 participé en una batida para matar al cura de Taboada, Don Domingo, gran amigo del régimen, un tipo listo y un gran cabrón. Éramos cuatro. Fue un fracaso total. La Guardia Civil debía estar avisada, o el cura tenía vigilancia especial. El caso es que nos sorprendieron. Mataron a uno. Los dos encargados de quedar retrasados, vigilando, pudieron huir. Y a mí me detuvieron. Salió el cura de su casa y Don Manuel Lamela padre con él. Después de darme unas cuantas hostias, me propusieron seguir en la guerrilla pero como infiltrado. A cambio, al acabar con los guerrilleros, me ofrecían un puesto de Guardia Civil en el propio pueblo, sin mandarme destinado a ningún sitio lejano y me devolvían las viñas. Acepté sin pensarlo un segundo. Me dio tiempo de limpiar mis calzoncillos por el camino y llegué junto al resto de la partida poco más tarde que los dos que pudieron escapar. No sospecharon nada. Así tenía acceso a toda la información estratégica, no sólo de aquella partida, sino de otras con las que nos encontrábamos a veces y que intercambiaban consignas y noticias de reuniones de los mandos, del PCE o de la CNT, que intentaban monopolizar el caótico Ejército Guerrillero.

»El verano de ese mismo año, su padre de usted escapó al monte pensando que había matado al Jefe local de Falange con un taco de billar. Coincidió que yo estaba en la villa, con la excusa de venir a buscar víveres, informando a la Guardia Civil de los próximos movimientos. Hubo un barullo y los guardias salieron corriendo hacia el Casino. Casi todo el pueblo estaba en la puerta preguntándose qué había pasado. Dos soldados sacaron en brazos al falangista, no me acuerda como se llamaba...

—¿Expósito?

—Sí, eso es. Lo sacaron en brazos entre dos. Yo les ayudé a llevarlo a la consulta del médico, Don Francisco. Allí lo dejamos, con un golpe feo en la nuca, inconsciente pero vivo. Al salir a la calle, me esperaba Don Manuel Lamela padre y agarrándome fuerte de un brazo me pidió que volviera a la consulta con él. Me dejó al lado del herido y habló en privado con el médico. Después entró, sólo, y me dijo que aquel pobre desgraciado estaba sufriendo por culpa de un rojo arrogante, que no duraría mucho pero iba a sufrir aún más durante el tiempo que le quedase, que teníamos que ayudarlo a *encontrarse con el señor* y después descargar toda la ira de la justicia sobre el insensato que le había quitado la vida. Me tendió un cojín, justo sobre la cara de Expósito y lo agitó un par de veces hacia mí, indicando que debía cogerlo, mientras me decía que sería recompensado generosamente por ayudar a la causa de la justicia. Yo no supe decir que no y apreté el cojín sobre la cara de Expósito hasta que noté que dejó de respirar.

—*Salaud*<sup>[10]</sup>! Con eso usted estaba más atado a Lamela y el cabrón sin mancharse las manos —dije medio para mí.

—Ya ve. Es lo de siempre. Cuando volví a la partida comenté que un chaval de dieciséis o diecisiete años andaba huido, en búsqueda y captura, por matar a un falangista y todos estuvieron de acuerdo en irlo a buscar y acogerlo en el grupo. Tardamos unos días porque el rapaz era escurridizo y no se fiaba de nadie. Hasta que el hambre pudo con él. Entonces se unió al grupo y se convirtió en el más ferviente guerrillero y en el más ferviente comunista que vi jamás. Aprendía de memoria frases de Marx. Siempre que íbamos a alguna misión, arrancaba a caminar con su eterna sonrisa diciendo «*un fantasma recorre Europa*». La verdad es que me caía bien. Era joven, inocente, sincero y muy alegre. Era imposible que cayera mal. Pero estaba en el punto de mira de Don Manuel y eso lo hacía un peligro también para la partida.

—No entiendo el interés de Manuel Lamela padre en incriminar a un adolescente en un asesinato, antes de saber si se uniría a los maquis, si ni siquiera era seguro que Expósito fuera a morir...

—Eso fue por su hijo. Don Manuel Lamela hijo quería que la amiga de Dimas, Delia, fuera su novia. No sé cómo pero convenció al padre para que quitara de delante al que consideraba su máximo rival y, de paso, a sus amigos. También había algo de una gamberrada, una chiquillería que le debieron hacer cuando llegó a la aldea y que no perdonó nunca. El caso es que el padre le hizo caso, puede que por primera vez en la vida, quizás dejándose llevar por la euforia de la victoria, y montó aquella patraña del asesinato para poder condenar a muerte al chico o, por lo menos, aplicarle la ley de fugas si lo atrapaban. Con lo que no contaron era con la habilidad del chaval para moverse por los bosques y esconderse en sitios insospechados durante años.

—¿Y el hijo consiguió su propósito de noviazgo con Delia?

—Le costó lo suyo. Durante algunos años ella le pudo ir mareando con el tema de

la edad. Que si eran muy jóvenes y esas cosas. Cuando su padre de usted huyó al monte, Delia tendría diecisiete y Manolito Lamela quince, más o menos. Pero tenía que darle una de cal y una de arena para que no se desdijera de sus promesas, así que de vez en cuando le dejaba cogerle la mano o que le diera un beso en la mejilla. Y parecía que Don Manuel Lamela hijo tenía bastante con eso. Hasta que los dos tuvieron más de dieciocho años Delia no tuvo que decidirse en serio. Ella tenía veinte años y ya no pudo darle más largas. Se casaron en 1943. Eso le dolió mucho a Dimas que se volcó en las acciones guerrilleras, apuntándose voluntario a todas.

—¿Por qué accedió a casarse con él si no le quería?

—El padre de Delia, el tío de Xaquín y el tío de Dimas, entre otros, fueron presos al terminar la guerra. De la actitud de ella dependió que fueran a la cárcel y a construir puentes, en vez de ser fusilados. Aunque al final murieron igual de desnutrición y debilidad. Pero la intención de ella fue buena.

»Durante el primer año de matrimonio, Delia se esforzó por parecer una buena esposa. Siempre se ocupó de la casa, de la comida, de la ropa... Si la veías por la calle hasta parecía feliz. Pero a medida que su padre y los demás presos iban ganando en tranquilidad, ella empezó a distanciarse. De alguna manera se percató del montaje de la muerte de aquel falangista y de la falsa acusación contra Dimas. Al poco tiempo Dimas y Aviador mataron a Don Manuel Lamela el único día que viajaba sin protección y el hijo empezó a sospechar que Delia se comunicaba de alguna manera con los guerrilleros. Y era cierto. Siempre que Manolito Lamela iba la Lugo o a Santiago a ocuparse de los negocios que le había dejado su padre, contaban que Delia y Dimas pasaban la noche juntos.

«Cuando Dimas huyó, en 1949, el carácter alegre de ella huyó también. Ya hacía un año que su padre de usted, intrigado por su fracaso en casi todas las acciones, con el resultado de varios guerrilleros muertos, había descubierto que yo era un infiltrado y tuve que abandonar la partida a finales de otoño del 48. Después entré en la Guardia Civil. Pasaron unos meses y empezó a correr el rumor de que Delia estaba encinta de Dimas. Las viejas son unas brujas. No me pregunte cómo lo saben, pero el caso es que lo saben. Una se lo dice a la otra y al final llegó a mis oídos. Recuerdo muy bien aquella noche. El uno de julio. Llovía a mares. Las nubes caían enteras sobre nuestras cabezas. No había luna y los caminos eran trampas de barro muy peligrosas. Llegué a casa de Manolito Lamela a media tarde pero parecía media noche. Fui a darle la noticia de los rumores que circulaban porque no quería que se enterase antes por otros.

»Don Manuel hijo, entonces un joven guapito de unos veinticuatro años, abrió la puerta sorprendido de verme allí. Unos metros por detrás estaba Delia preguntando quién vendría de visita con aquel tiempo. No pude esperar a que me dejara entrar y le solté lo que había oído allí mismo. Delia salió corriendo hacia su cuarto y Don Manuel detrás. Entonces entré detrás de ellos dos. Al llegar al cuarto, Don Manuel, con los ojos inyectados, tenía a Delia cogida por una muñeca y en la otra mano

agarraba un cuaderno. No recuerdo qué, pero no paraba de gritar. Cuando se percató de que yo estaba allí, me mandó traer el coche, un Eucort sedán de tres cilindros, dos tiempos, mil treinta y cuatro centímetros cúbicos y treinta y dos caballos de potencia con carrocería de madera. El “rural” lo llamaban, fabricado en Barcelona...

—¿Pero cómo se puede detener en los detalles del coche, con las barbaridades que está contando?

—Era un buen coche y en aquellos tiempos sólo Don Manuel y algún médico lo tenían. Los demás íbamos todos andando...

—Haga el favor de olvidar el coche. ¿Quiere? —Grité irritado.

—Como quiera. El caso es que obligamos a Delia a meterse en el coche y la llevamos a casa del médico, Don Francisco. Don Manuel le gritó que era «*imperante*» que le practicara un aborto. Al principio Don Francisco se negaba amparándose en la ilegalidad de la operación, pero Don Manuel hijo le recordó el caso de Expósito, le dijo que era cómplice de asesinato y que no tenía más remedio que «*colaborar*». Además, él era la ley.

»Delia ya estaba de unos cinco meses y aquello fue una carnicería, aunque tengo que decir, en favor del médico, que aquella consulta de pueblo tampoco disponía de los medios necesarios. Ella, pobre desgraciada, no hacía más que gritar y llorar. Cuando Don Francisco sacó el feto, Don Manuel lo cogió por un tobillo agitándolo en el aire, poseso por los demonios, y Delia ya estaba muerta sobre su propia sangre.

»Dejamos al médico redactando el acta de defunción y limpiando a la difunta para ir a una finca de Don Manuel, que había sido del tío de Dimas, a enterrar el feto y el cuaderno. Me mandó cavar una fosa, tirar al bebé dentro junto con toda la leña seca que pudiera encontrar y colocar el cuaderno encima. Ya no llovía. Las tormentas de verano pasan rápido.

»Cuando le planté fuego a todo aquello, justo cuando empecé a mirar hacia otro lado para no ver aquel horror, Don Manuel se abalanzó sobre el cuaderno y consiguió rescatar del fuego unas pocas páginas. Las sofocó y las guardó en un bolsillo. Después alzó la mano en saludo romano, con cara de quien satisfizo una venganza anhelada y dijo solemnemente algo en latín que no entendí.

»A los pocos días me mandó llamar para encomendarme la misión de salir en busca de Dimas y matarlo. Hicimos la comedia de que yo tenía miedo de la venganza de los guerrilleros y que emigraba. Salí hacia París y lo localicé por medio del Centro Gallego, haciéndome pasar por exiliado, con la excusa de llevarle noticias del tío preso. Cuando lo fui a visitar me descubrió y desapareció del mapa. Dimas aún conservaba aquel buen olfato para el peligro, aunque no imaginaba todo lo que había ocurrido en Taboadela. Me costó bastante tiempo percatarme de que había partido hacia la Argentina. Llamé a Don Manuel y me dijo que fuera detrás de él. Y así fue como aparecí en Buenos Aires.

»Allí, como Dimas no paraba quieto, necesité varios meses para dar con él. Esta vez vigilé la pensión hasta verlo salir. Iba a trabajar una fría mañana de niebla —allí

era invierno— y lo seguí. Al llegar a un descampado saqué la Luger que me había dado Don Manuel pero, al engatillarla, Dimas oyó el ruido. Se giró rápidamente, sacó una Astra de dentro de su chaqueta y disparó antes de que me pudiera percatar. Se llevó este dedo por delante, pero la niebla impidió que me dejara seco y salí comiendo cagándome en los pantalones por segunda vez en mi vida.

»Volví a España y no tuve valor para contarle la verdad a Don Manuel. Le dije que Dimas estaba muerto y enterrado en Buenos Aires. Que me había costado un dedo pero que ya no iba a ser una molestia para él nunca más. Le entregué la Luger y seguí a su servicio hasta ahora, trabajando de Guardia Municipal. Un trabajo tranquilo. Alguna amenaza, alguna extorsión, alguna paliza... poca cosa. Pero esos servicios prestados valieron para que mi hijo y mi nieto tuvieran siempre un trabajo digno en el Ayuntamiento de Taboadela.

—*Fils de pute*! ¡Hijos de puta! —exclamé, indignado.

—Eran tiempos difíciles, no como ahora que ustedes los jóvenes lo tienen todo regalado. Tendrían que haber vivido la guerra para saber lo que...

—*Taisez-vous!* ¡Cállese! ¡No quiero oír una sola palabra de su boca! —Medio grité, medio sollocé, luchando por impedir un acceso de humedad en los ojos.

Arranqué el coche con rabia olvidando que no me pertenecía. La chapa rozó la tragedia contra los muros de piedra innumerables veces, aunque tuvo suerte todas ellas. Al llegar a la iglesia ya casi se había ido todo el mundo y los autobuses fletados por la funeraria iban engullendo la hilera de atrasados. Aparqué cerca de la fachada principal, apagué el motor y miré a Heliodoro.

—Tiene la suerte de que esos crímenes ya prescribieron. También de que no hay pruebas de todo eso. Y también de que yo sea un tipo pacífico incapaz de estrangularlo aquí mismo, aunque lo haría si no fuera usted un viejo. Váyase, aproveche los autobuses del entierro de quien usted no tuvo cojones de matar y esté tranquilo que la justicia nada le hará. Tampoco a su nieto. El caso se cerró ayer y ni siquiera vinieron a tomar huellas. Podía haberse ahorrado el incendio de la casa, aunque a su edad tengo entendido que ni siquiera iría a la cárcel por eso. ¡Váyase de una vez y espero no volver a verlo en mi vida!

Heliodoro salió por la puerta arrastrando literalmente su mísera existencia. Probablemente sabía que de esa noche no pasaría ahora que ya no tenía que preocuparse por su nieto.

Al mismo tiempo salí yo también y, olvidando la presencia próxima de Heliodoro, busqué a Carlos con la mirada. Estaba apoyado en un lateral del arco de cañón que daba acceso a la iglesia y hacia allí me dirigí con la intención de ponerlo al día y de saber si se había cumplido la última voluntad de Xaquín.

—¡Ha venido con Heliodoro!

—Sí. Me contó una historia que pone los pelos de punta. Luego os cuento.

—Le dije al cura lo de las ranas y no tuvo inconveniente, siempre que no abriéramos el ataúd. Ahí dudé y no supe qué hacer, porque creo que Xaquín dijo que

las metiéramos dentro del ataúd, con él. Pero el cura estuvo inflexible. Que delante de toda la gente no se podía abrir el ataúd y dejar el difunto a la vista. Al final ató la bolsa con las ranas a una corona de flores y la pusimos dentro de la tumba, sobre la caja.

—Menos mal que se nos ocurrió recoger esas pocas ranas. El incendio fue en casa de Xaquín. Heliodoro iba a terminar la faena cuando el terremoto le sorprendió con el mechero en la mano, dentro de la casa, y casi se queda allí. Aunque después de lo que me contó Heliodoro es posible que en las ranas no hubiera nada que pudiera sorprenderme, es una pena que se perdiera todo el legado de Delia.

En ese momento llegó un coche a toda velocidad que paró junto a nosotros. Bajó Lorenzo Silva dando gracias al chófer y se nos unió para formar un trío mientras encendía un Camel. Devolví a Lorenzo las llaves del coche y aproveché para contarles el relato de Heliodoro y referir al guardia civil el asunto de las ranas que desconocía.

—Vaya historia —dijo Silva—. Seguro que usted no imaginaba la vida que llevó su padre.

—Ni remotamente. El hombre las pasó putas y yo yendo por la vida de *bon chic* parisiense ofendido porque su papá habla poco...

—No se culpe. Tampoco sabía nada de nada. Por lo general solemos ser injustos con nuestros padres —terció Carlos—. Ellos siempre sueltan aquello de «*cuando tengas hijos lo entenderás*» y nosotros no entendemos nada, aún teniendo hijos, porque nuestras vidas son otras vidas diferentes.

—Agradezco su apoyo, Carlos, pero aún así no hay quien me quite, ahora mismo, el sentimiento de culpa.

—La culpa, si hubiera que buscar culpables, sería de los que maquinaron todo aquel montaje simplemente porque un niño quería la novia de otro —dijo Silva—. Del adulto que lo ideó y del cura y el médico que lo encubrieron y apoyaron. El resto, Heliodoro, guardias civiles, somatenes, brigadillas... fueron comparsas trágicos en esa historia, aunque fueran protagonistas de otras. Cuando usted nació todo eso ya formaba parte de las historias olvidadas de una guerra incivil.

—Os agradezco los intentos de darme ánimos. ¿Puedo tutearos?

—¡Claro! —Respondieron ambos casi al unísono.

—Os invito a comer donde queráis. Me sentarán bien unos chupitos de ese licor espirituoso vuestro. ¡Agua de vida en honor de los muertos!

—¡Pues vamos a comer, por el diablo, unas costillitas de cordero! —Casi cantó Carlos siempre a punto para una buena comilona— y después las regamos con lo que haga falta. Esta vez pago yo.

—Vale. Pero antes igual nos da tiempo de pasar por el banco, ¿no? ¿Habrán cerrado?

—Creo que aún tardarán media hora en cerrar...

—¡Perfecto! Vamos y os cuento lo que vamos a hacer, aunque igual no es

apropiado hacerlo delante de un agente de la ley...

—Si es por una buena causa y no trasciende, yo como si no estuviera —dijo el cabo Silva.

Echamos a andar hacia el prado donde estaban aparcados los coches con paso rápido, como si se fuera a terminar la comida.

—Cuidado con pisar las tartas románticas —dijo Carlos a Lorenzo señalando los montículos marrones dejados, aquí y allá, por las vacas a su paso.

—¿Las qué? —preguntó Silva sin llegar a entender con qué debía tener cuidado exactamente.

—¡Las tartas románticas! ¡La caca de vaca!

—¡Ah! Perdona. Note había entendido...

—El «Muy Interesante» sacó un artículo de 5 páginas hablando de caca. Se llamaba «*Vaya un tema de m...*». ¿Sabíais que un artista italiano consiguió vender noventa latas de mierda por treinta gramos de oro cada una? Creo que se llamaba Manzoni... *Mierda de artista* ponía en la etiqueta. ¡Y la gente la compraba!

—¿Un artista o un jeta?

—Yo creo que era un artista. Aunque se puede ser artista y jeta a la vez. ¿No?

—Creo que pretendía dejar en evidencia a la gente que compra arte, dispuesta a comprar cualquier cosa con tal de que vaya firmada.

—Desde ese punto de vista tengo que darte la razón. Aunque parece que los artistas italianos tienen cierta inclinación coprofágica... Leo Bassi también acostumbra a comer mierda en sus espectáculos.

—No es lo mismo comer mierda, que enlatarla, numerarla, firmarla y venderla... Bassi es un bufón. Ni siquiera creo que él se considere a sí mismo un artista.

—En todo caso son dudosas expresiones de arte...

—A mí lo que me parece —intervino el cabo Silva interrumpiendo el diálogo— es que esta conversación es una conversación de mierda. ¿Vamos al banco de una vez o me queréis quitar el hambre hablando de esos temitas?

## 21.— Ingeniería social

—¿Sabéis que es la ingeniería social? —pregunté a mis dos acompañantes una vez situados en la calle principal de Taboadela, frente a la sucursal bancaria del BBVA.

—Ni idea —contestaron casi al unísono poniendo, también ambos, la misma cara de sardina.

—Pues es la forma de manipular a los usuarios informáticos para conseguir información que nos permita un acceso ilícito. La ingeniería social se basa en que la parte más débil de un sistema es el usuario. Y sus cuatro principios son: todo el mundo quiere ayudar; el primer movimiento es siempre de confianza hacia el otro usuario; al ser humano no le gusta decir no y a todo el mundo le gusta que lo alaben.

—Pero eso no tiene nada que ver con la informática —dijo el cabo Silva.

—En principio no. Es manipulación de las personas como se hizo siempre. Ahora veréis un ejemplo práctico. Se trata de conseguir la dirección de un cliente sabiendo que ningún empleado nos la va a dar. Por lo tanto sería lógico pensar que habrá que *hackear* el sistema informático del banco para conseguir esa dirección de la base de datos de los clientes, ¿no?

—Parece lógico —respondió Carlos dubitativo.

—Lo parece —asintió Lorenzo Silva.

—Lo sería si esto fuera una película. Pero no tenemos tiempo ni medios ahora mismo para intentar acceder a una red que no tendrá muchos puntos vulnerables. Así que estamos obligados a usar la ingeniería social y cruzar los dedos para que funcione.

—Ahá —asintió Carlos intentando que no se notara que no había entendido absolutamente nada.

—¿Conocéis los nombres de las personas que trabajan en esa oficina?

—Sí, claro —respondió Carlos con decisión—. El director se llama Juan Carlos y los dos cajeros son Laura y Marcelo.

—¡Perfecto! Ahora debería entrar uno de vosotros con cualquier excusa tonta y comprobar si alguno de ellos no está en la oficina.

—Yo puedo entrar a sacar dinero —se ofreció el cabo Silva—. Igualmente tendría que pasar por un cajero...

—Pues adelante. Si falta alguno tendremos el trabajo medio hecho...

Mientras Lorenzo Silva entraba en la oficina, empecé a manipular pantallas en el teléfono móvil. Carlos las observaba con cara de incrédulo, incapaz de imaginar siquiera que con un teléfono se pudiera hacer tantas cosas. Para no entrar en detalles técnicos, diré que abría pantallas negras en una máquina virtual, llamadas shell, en las que no paraba de teclear palabrotas y siglas ininteligibles para los profanos.



—Menos mal que llevo encima el nuevo metasploit que quería probar. Podré hacer unas capturas de tráfico y analizarlas...

Obtuve el silencio de Carlos por respuesta a la pregunta que no había efectuado. Pero seguí tecleando y cambiando de la ventana del navegador web a la interfaz de una aplicación y de ésta a la consola negra. Y justo en el momento en que Lorenzo Silva salía de la oficina y cruzaba la calle, pronuncié un «*eureka, je l'ai trouvé*» de júbilo.

—Por favor, dime que alguien no vino trabajar o se fue ya... —imploré al cabo Silva.

—Laura. Está indispuesta. Palabras textuales de Marcelo.

—¡Genial! —Salté de alegría apresurándome a marcar un número en el móvil—. ¿Tenéis bolígrafo y papel a mano? ¡Hola! ¿Está Laura?... ¿No?... ¿No estará mala?... ¿Sí?... ¡Qué lástima! Espero que nada grave... ¡Uf! ¡Menos mal! En fin, que he llamado para nada... ¿Que si puedes ayudarme en algo? Pues... a lo mejor sí. Te cuento. Soy David Bravo de la Central de Soporte Informático en Madrid. Había quedado con Laura para hacer unas pruebas de intrusión porque hace días que vuestra oficina nos da micro cortes de red y nos preocupa que se caiga toda la línea el día que vengan los jubilados a retirar sus pensiones... Sí, sí, micro cortes... No, claro, vosotros no los notáis, pero en nuestros logs de servicio quedan registrados y últimamente son excesivos... Y tenemos al jefe con un humor que ya te puedes imaginar... ¿En qué puedes ayudar? Muy fácil. Tengo que hacer una simulación de impresión en red y otra de actualización de una libreta de ahorro. Con eso creo que tendré suficiente para detectar dónde está el origen del cuello de botella. Si me dieras tu usuario y contraseña, yo hago la simulación y en cinco minutos te llamo para que sepas que he acabado y vuelves a cambiar la contraseña para que no la sepa ni yo... ¿Qué me dices? ¿Sí? Genial. Me acabas de salvar la vida porque el jefe me está presionando y no acabo de encontrar el origen del problema. ¿Si apunto? Sí... espera que cojo papel y bolígrafo... Usuario *marcelo34* y contraseña 18071976 —alcé un poco la voz haciendo un gesto a Carlos para que tomase nota—. Oye, de verdad, me has salvado la vida. Dale recuerdos a Laura de mi parte cuando la veas. ¡Hasta ahora! ¡Chao!

—¿Te dio el usuario y la contraseña? —preguntó el cabo Silva con cara de gran extrañeza.

—Eso es ingeniería social. Convencer a alguien para que te allane el camino. Ahora ya tengo un usuario válido con el que entrar y, aunque no forma parte de mi ética profesional, voy por la dirección y el teléfono y ya está. A ver... hay varios Lamela... pero sólo uno reside en Santiago, en la calle República Argentina.

—Concretamente en el 75 —apuntó el cabo Silva.

—¿Cómo lo sabes? —me extrañé.

—Porque yo también usé la ingeniería social —respondió el cabo Silva blandiendo un *post-it* amarillo en su mano—. Pregunté directamente la dirección y

dada mi condición de agente de la ley me la dieron sin problemas.

—Vaya. Y yo pensando que os había impresionado...

—Nos impresionaste. ¡Y mucho! Aunque fuera una acción inútil, nos enseñaste mucho de lo que se puede hacer hoy en día con un teléfono móvil.

—¿Lo llamarás para que cambie la contraseña? —preguntó Carlos con voz de cierta preocupación.

—¡Qué va! Al contrario. Dentro de un cuarto de hora, o algo más, empezará a percatarse de lo que hizo. Y si no se percata, mañana cuando vea a Laura y le dé recuerdos se descubrirá todo el pastel. Pero no contará nada. Por su propio bien. Pasará algunas horas comprobando los movimientos de dinero con su usuario y cruzará los dedos para que no falte nada.

—Venga, vámonos antes de que mire hacia fuera y nos vea juntos —insistió el cabo Silva tirando del brazo de Carlos.

## 22.— Valérie de nuevo

Aparcamos los coches frente al restaurante, junto al jardín. Del interior surgía una algarabía de cubiertos y platos chocándose los cinco, de gentes demostrando en alta voz que disfrutaban de la comida y de la desinhibición de la bebida y de alguien que, pensando que aún había espacio para unos pocos decibelios más, había decidido reducir el exceso de grasas tocando el acordeón.

Los tres nuevos comensales que pretendíamos acceder al recinto charlábamos, también, ajenos al ruido ambiente. Entramos directamente en dirección a la barra con la intención de pedir una mesa, cuando un grito femenino procedente de nuestras espaldas, del rincón más reservado del local, heló la sangre en mis venas.

—¡César!

En el poco tiempo que necesité para girarme, el chillido se repitió tres veces aumentando de intensidad, lo que indicaba que la emisora del sonido se acercaba.

—¡César!

—¡César!

—¡César!

Y en cuanto completé la media vuelta ya tenía a la emisora colgada del pescuezo y llenándome la cara y los labios de besos ante la mirada, no exenta de envidia, de Carlos Diez y el cabo Silva. Al contrario de lo que había ensayado mentalmente por si esa ocasión llegaba a materializarse, no me resistí y respondí con natural efusividad a los besos recibidos, agarrando a Valérie de la cintura para ahorrarle esfuerzos al intentar salvar la diferencia de estaturas.

Al cabo de un rato necesitamos respirar y fue entonces cuando nos pudimos dirigir alguna palabra.

—¡César! ¡Qué alegría! ¡Quién me iba a decir que te iba a encontrar en mi gira por Galicia!

—Pues sí. La vida a veces te recuerda que la tierra siempre está de gira mundial...

—Muy gracioso —dijo con un acento sarcástico—. ¿Venís a comer? Sentaos con nosotros.

Busqué en la mirada de Carlos y Lorenzo la respuesta a aquella pregunta, con una remota esperanza de que fuera negativa y acepté con desgana sólo después de comprobar que ambos respondían afirmativamente.

—Mira. Te presento a las componentes del grupo *Esprito* y los músicos que nos acompañan en esta gira. Las chicas son —dijo mientras las iba señalando— Mariluz Santacomba, Nuria Albor, Marga Méndez y Noelia Codeisán. Bueno a ella ya la conoces... Y los chicos son Jonathan Chardonnay (piano), Mik Mauvaiselait (batería y percusiones varias), Benoit Van Der Seize (bajista) y el del rincón que toca el

acordeón es Olivier Lалуá. Esta noche pasada actuamos aquí, en Montoxo, y cerramos gira mañana en Santiago junto con *Milladoiro* y *Luar na Lubre*. Pasado volvemos a Bélgica para preparar la gira europea de agosto. ¿Y tus amigos? Va, sentaos. Tú, César, aquí a mi lado. Por favor, otra botella de vino —dijo levantando la mano y la voz, dirigiéndose hacia Isabel que estaba tras la barra.

—Ellos son Carlos Díez, filósofo, y Lorenzo Silva, investigador. Me ayudaron mucho en lo que vine a hacer aquí —respondí en cuanto encontré un resquicio para hacerlo, mientras me sentaba entre Valérie y Benoit tras el inevitable y ruidoso corrimiento de sillas.

—¿Y qué fue eso que viniste a hacer?

—¿Sinceramente? Vine para cerrar, por fin, el último capítulo de nuestra historia en común. A conocer la tierra que te iluminaba los ojos cuando me hablabas de ella. A conseguir olvidarte empapándome de las historias de otros.

—Entiendo... ¿Y lo conseguiste?

—Me empapé tanto de las historias de otras personas que acabé por descubrir a mi padre y hacer que tú quedaras aparcada. Así que no sólo no cerré ningún capítulo contigo, sino que abrí uno nuevo con una familia y una tierra que yo desconocía que tenía.

—Me alegro.

—¿De qué parte?

—De todas...

La comida transcurrió en buena armonía. Carlos y Lorenzo sintieron más curiosidad por la vida y milagros de las chicas que por la de los chicos. En particular, por su disponibilidad sentimental. Aunque también hubo espacio para hablar de música y de la vida que se lleva cuando se está de gira, lejos de casa.

Olivier siguió empeñado en su *chill out* particular, tocando melancólicos temas folk con su acordeón, hasta el momento en que trajeron los chupitos. Ahí volvió a la realidad y abandonó el instrumento para unirse de nuevo a la fiesta. Caracho, Isabel y sus hijas, libre ya el restaurante de comensales, se sentaron alrededor de la mesa, donde pudieron, para compartir también aquel momento de especial concordia. Hasta yo me dejé llevar y olvidé durante un par de horas todos los reproches que tenía guardados para Valérie.

—Bueno. Cuéntame que supiste... —me preguntó Valérie.

—Es complicado explicarlo aquí, en una sobremesa.

—Inténtalo.

—No, de verdad. Es complicado... Creo que escribiré un libro ordenando todo lo que descubrí estos días sobre mi padre.

—Vale. Entonces déjame leer cuando lo acabes...

—Cuéntale algo, hombre. No seas rábano —medio gritó, para hacerse oír, el cabo Silva—. Aquí donde le ves, es un gran investigador —dijo dirigiéndose a Valérie.

—Mejor no... Así tendré una excusa para buscarte...

—No necesitas excusas para quedar conmigo. Fuiste tú el que dejó de llamar y contestar mis guasaps.

—Fuiste tú la que huyó sin dar más explicaciones...

—Fuiste tú el que creyó que yo era de su propiedad...

—Y tú la que me hizo creer que éramos una pareja...

—¿Vamos a empezara cruzarnos reproches?

—Tienes razón. No nos amarguemos la comida.

Tardamos un poco en volver a conseguir un ambiente distendido entre los dos, pero lo conseguimos de nuevo gracias al buen humor del resto de comensales. Al terminar, prometí a Caracho y su familia enviarles un ejemplar del libro por tratarse de la vida de un pariente.

—¿Nos vendrás a ver Santiago?

—Puede ser. Mañana pensaba ir por otros asuntos...

—De todas maneras, no tengo que estar allí hasta las siete de la tarde. ¿Te apetece que me quede contigo? —dijo posando una suave mano en mi pierna.

—La cama de la pensión es grande...

Valérie se abrazó a mi cuello y acurrucó su cabeza en el hombro murmurándome al oído un «*gracias*» ronroneante.

## 23.— Don Manuel Lamela

Después de un solitario viaje por una autopista de peaje desde la que no se veía más población que la vegetal, el taxi de Carlos se encontró con la realidad de los accesos en automóvil a las ciudades: una encrucijada de nudos de autopista llenos de camiones, autocares y turismos particulares que obligaban a circular lentamente y, de vez en cuando, parar del todo la marcha del vehículo.

Cuando por fin entramos en la zona urbana de Santiago decidimos dejar reposar el taxi en el aparcamiento San Clemente, en la calle Rodrigo de Padrón. La tableta, con el GPS activado y San Google dirigiendo, indicaba que ya nos encontrábamos bastante cerca de «*su destino*» aunque para eso hubiera agotado el 80 por ciento de la batería.

Carlos, aunque caía una fina lluvia, se empeñó en que pasáramos por la plaza del Obradoiro para aprovechar y hacer un poco de turismo. Total, nos pillaba de paso. Aunque yo pensaba que teníamos todo el día por delante para ver piedras, acepté sin saber muy bien por qué. Valérie decidió dejarnos con nuestras cosas e ir a buscar el hotel donde se alojaban sus compañeros de gira.

Tomamos la Calle del Franco y nos plantamos en seguida en una Plaza del Obradoiro rebotante de humanidad y de mezclas de olores: recogidos por el camino por los que lo habían hecho a pie o en bicicleta; aplicados con esmero y en exceso por los que habían venido directamente desde sus hoteles.

Las escalinatas de la fachada principal sufrían un atasco humano ávido de entrar a ver la catedral. Cargados con cámaras compactas y, en su mayoría, con teléfonos móviles, probablemente se perderían la visita enfocando los mismos rincones cuyas fotos podrían encontrar en Internet.

—Compostela, hermoso pero imposible *Campus Stelae*... —Casi recitó Carlos.

—¿De qué hablas?

—Recordaba un artículo que leí de Juan Moralejo. Del invento del matamoros, del invento del nombre de la ciudad y de que todo el mundo cree que se debe a que desde aquí se ve la Vía Láctea. *Campus Stelae*, el campo de estrellas...

—¿Y a qué se debe?

—Probablemente venga de *Compositum tellus*. Es decir, Compostela significaría algo así como «*pueridero*». De *compositum* viene la palabra compost o compostaje, o sea, estiércol.

—Supongo que eso no se puede decir en voz muy alta...

—Supones bien. Santiago fue un invento fabuloso pero nadie lo quiere decir — dijo Carlos.

—¿Y si vivieras en una de esas casas de ahí al lado pensarías lo mismo? — pregunté mareado ante la perspectiva de no poder salir de casa sin tener que sortear la

marea de peregrinos.

—Claro. Probablemente tendría una tienda de souvenirs, un bar o un estanco. Además con lo que ganase en el verano tendría bastante para pasar el resto del año sin dar golpe.

—No te veo pasando el día tras un mostrador.

—Ni yo. Pero si hubiera nacido aquí y viviera ahí al lado probablemente es lo que haría.

—Bueno, ya he visto bastante. Me gusta visitar iglesias pero solitarias. Entonces puede disfrutar uno en silencio de la arquitectura y ver con mejor perspectiva la intención escalofriante de los que la proyectaron.

—Es una pena que haya tanta cola. El espectáculo del incensario es digno de ver.

—Supongo que sí. Da que pensar que una medida profiláctica se convirtiera en espectáculo en el pudridero de Santiago.

Volvimos a coger la Calle del Franco, en sentido inverso, para llegar, por General Pardiñas, hasta Montero Ríos y por esta hasta la Plaza Roja.

—Si Manuel Lamela sale de casa debe darle un ataque cada vez que pasa por esta plaza —rió Carlos.

—No creo que salga mucho. El mundo en general debe parecerle una versión acelerada de Sodoma y Gomorra.

Tomamos por San Pedro de Mezonzo hasta llegar a la Calle República Argentina. A unos pocos portales de allí estaba la residencia de Manuel Lamela hijo.

—Voy a subir yo solo —casi ordené—. Creo que es mejor que no haya interferencias.

—¿Y si te quiere matar? Este tipo ya ordenó matar a mucha gente en su vida.

—No te preocupes. No va a pasar nada. Simplemente vamos a hablar.

—Como quieras pero no me quedo tranquilo.

—Espérame en ese bar. No creo que tarde mucho.

Una escalera estrecha, de ronca madera, llevaba hasta el piso frente a la puerta. Pulsé el timbre y esperé unos segundos. Volví a pulsarlo de nuevo y esperé otra vez. Ya daba media vuelta para irme cuando oí unas zapatillas arrastrándose y el tintinear de unas llaves acercándose.

—¿Quién anda ahí? —murmuró tras la puerta, más que acertó a decir, una ronca voz desacostumbrada a hablar desde hacía unos cuantos días.

—¿Don Manuel Lamela?

—¿Quién es?

—Soy César Pérez Acosta, el hijo de Dimas O *Billares*.

—...

—¿Sigue ahí?

—¿Qué es lo que quiere?

—Venía a hacerle una visita.

—¡Váyase y hable con Heliodoro! Lo que tenga que saber, él se lo puede contar.

Hoy tengo la prueba del Sintrom.

—No le robaré mucho tiempo. Ya hablé con Heliodoro y ya me contó todo lo que necesitaba saber. ¿No quiere saber qué es lo que sé? ¿No siente curiosidad por saber qué es lo que publicaré en el libro que voy a escribir?

Tras unos segundos se accionó el mecanismo de la puerta, abriéndose por fin y dando paso a un oscuro y largo pasillo. Las espaldas de un octogenario ligeramente curvado se dirigían hacia el final de éste. Sin dudarlo, lo seguí hasta un salón no muy amplio pero suficiente para albergar una biblioteca decente, un sofá y dos sillones, una mesa de centro y, junto a la ventana, una mesa de comedor para seis holgados comensales.

En las paredes del cuarto no había más cuadros decorativos que una inmensa foto de estudio, en sepia, de alguien muy parecido a Manuel Lamela vestido con el uniforme de la falange, casi en posición de firmes, con el mentón levantado y cara desafiante. Deduje que se trataba de Manuel Lamela padre. En uno de los estantes de la librería, flanqueado por libros a derecha e izquierda, un marco plateado contenía una foto recortada de un periódico en la que aparecía la misma persona, con el mismo uniforme, estrechándole a mano Franco en la inauguración de un puente. Posiblemente se trataba de Manuel Lamela hijo en la inauguración del puente de Mourelos, aunque la calidad de la foto no permitía distinguir bien de quien se trataba.

Manuel Lamela se sentó en el sillón más desgastado, junto a la mesa auxiliar sobre la que reposaba el diario *La Gaceta*, unas gafas, un teléfono negro y una lámpara encendida. A pesar del calor, vestía un traje gris, una camisa blanca y una corbata negra. Yo me senté en el otro sillón para situarme justo enfrente de mi interlocutor.

—¿Usted es el hijo de Dimas? ¡Vaya! Es más joven de lo que yo esperaba... ¡Qué cabrón el Heliodoro! Bueno. Al grano. La prueba del Sintrom acaba a las 12. Tiene exactamente 15 minutos.

—No creo que esté aquí tanto tiempo. Verá. Ayer enterramos a Xaquín. ¿Se acuerda de él? Se le paró la máquina antes de que su sicario pudiera matarlo — prosiguió sin esperar respuesta a su pregunta—. Nuno Peneira, el nieto de Heliodoro, fue a hacer un trabajo para el cual no estaba preparado, se encontró con que la naturaleza ya había hecho ese trabajo y salió corriendo con los pelos de punta dejándose ver por varias personas y abandonando en la escena un bidón de gasolina con sus huellas.

—Sí ya estaba muerto, no hay crimen que cargarle a ese inútil...

—Cierto. No obstante usted ordenó después a Heliodoro que quemara la casa, temeroso de que pudiera haber algo en ella que sacara a la luz los fantasmas de su pasado.

—No hay ninguna prueba de que yo ordenara nada a nadie.

—No es necesario. No va a necesitar abogados en este caso. Heliodoro lo cantó todo, desde el asesinato de Expósito para incriminar a mi padre hasta el asesinato de



Delia y del bebé que llevaba dentro. Además, las piezas que faltaban las dejó escritas Delia en un diario.

—Ah, el diario... Si lo sabe todo, sabrá también que del diario no quedo más que cenizas. Excepto algunas hojas sueltas que están en mi poder. Aguarde un momento...

Irguió con dificultad su obeso cuerpo apoyándose en el bastón reclinado junto al sillón y dirigió sus lentos pasos hacia la librería que ocupaba toda la pared del fondo del salón. Apartó cuatro voluminosos tomos falsos, dejando al descubierto una caja fuerte encajada en la pared. Con ceremoniosa parsimonia marcó la combinación en el teclado digital, abrió la puerta y extrajo una pesada pistola Luger Parabellum P-08 y una pequeña carpeta de su interior, volviendo a dejar la librería con el mismo aspecto que tenía con anterioridad.

Volvió al sillón con la carpeta en la mano izquierda y la Luger en la derecha, dejando apoyado el bastón en la librería. Tomó asiento de nuevo, dejó la pistola en su regazo, abrió la carpeta y extrajo unas pocas hojas sueltas, algunas de ellas con los bordes quemados, tirándolas sobre el sofá mientras hacía un ademán para que yo las cogiera.

—Lea, lea y vea con sus ojos de qué calaña estaba hecho su padre. Eso es lo que queda del diario de Delia. Y bastará para desmitificar la idea romántica que pueda haberse hecho de él.

—29 de julio de 1946 —leí en voz alta—. Manuel aceptó llevarme al cine. Echaban «La vida en un hilo» y el NO-DO se encargó de recordarme que ya hace diez años de los sucesos que vinieron a cambiar nuestras vidas. Diez años de muerte y miseria, de huida hacia adelante, de que le ponga buena cara al mal tiempo pese a la tristeza que va por dentro. Tras la noticia de un campeonato de ajedrez que no me dijo nada, el NO-DO siguió con una exhibición de billar de unos hermanos argentinos...

Leí con parsimonia la historia de la llegada de Manolito y su padre a Mourelos, la descripción de la cuadrilla de Delia, cómo afectó a la aldea la llegada del maestro, la broma de los biosbardos gastada a Manolito, el hallazgo de los cadáveres de os *Ferreiros* y la extorsión a punta de pistola a Delia para que aceptara ser novia del futuro cacique de la comarca. Conforme iba leyendo, el corazón se me iba encogiendo. De vez en cuando miraba hacia el anciano Manolito para advertir que sus labios no cambiaban aquella sonrisa cínica de quien se sabe en posesión de la única verdad verdadera.

Al leer la última frase requemada por el fuego —*No lo dudes mucho. A saber lo que tardan en juzgar y fusilar a tu padre. Puede que mañana mismo*— los ojos me estallaban de rabia por quien tenía delante y de pena por aquellos personajes cuya felicidad se truncó de repente por la fuerza de las armas de fuego. Armas de fuego como la pistola alemana que tenía el anciano Manolito en su regazo.

—¿De qué calaña estaba hecho mi padre, dice? ¿Y de qué calaña estaba hecho un

niño que necesitaba apuntar a una niña con una pistola para que fuera su novia? ¡Es usted un monstruo! —grité fuera de mí.

—Eran tiempos difíciles. Cada uno se espabilaba como podía —respondió pausado y lacónico Manolito—. Y ellos se habían ganado a pulso todo lo que les pasó por gastarme una broma cruel. Aunque quería matar a Dimas, el mayor daño que podía infligirle era destruir aquella pandilla de burros que le adoraba y, sobretodo, quitarle a Delia. Supe que se querían antes incluso de que ellos lo supieran.

—¿Se atreve a comparar una broma con las ejecuciones que ustedes dictaron sobre personas reales? No me extraña que hasta Heliodoro lo engañara. Todos cuantos estuvieron a su alrededor lo hicieron por interés.

—Triste. ¿Verdad? A lo mejor hasta me pongo a llorar. Como dicen ustedes los franceses: *c'est la vie* —sonrió con mofa, abriendo los brazos con las manos hacia arriba.

—Le diré lo que es usted como decimos los franceses: un *trouillard, capon, couard, dégonflé, pleutre, poltrón, poule*. Un cagón. Un impotente. Un cínico cobarde que necesita tener una pistola en la mano como extensión de su órgano disfuncional. ¿Va a usarla o ni siquiera sabe cómo funciona?

—Puede que después la use. Ya que no pude matar a su padre quizá me quede en paz matándole a usted que tiene un parecido bastante más que razonable.

—Pues no espere. Dispare ya o váyase a la tumba con su rabia. Aquí me tiene. ¡Dispare!

—Él fue el asesino real de Delia dejándola embarazada y ella su cómplice prestándose a aquella orgía de sexo y libertinaje. Pero siga insultándome, hombre. Desahóguese. Es normal después de hacer un viaje tan largo para descubrir que su padre fue un criminal. Y cuanto más llores, menos meas.

Un temblor sacudió la mano que sujetaba la pistola pero ésta no se irguió para apuntarme. Parecía incluso que aquel rostro de granito empezaba a erosionarse y que de sus dos cavidades cavernosas iba a manar una fuente en cualquier momento. No obstante fue una vana ilusión. Aquel hombre era incapaz de sentir la menor de las emociones.

—Usted cree que este es el único fragmento del diario de Delia. ¿Verdad? Se equivoca —grité blandiendo en la mano el fragmento de diario mientras me erguía y me acercaba al anciano—. Tengo muchos más. Todos los que atesoraba Xaquín por el miedo y la precaución de Delia. Cuando los publique quedarán al descubierto sus miserias y sus crímenes. Usted cree aún que su historia es la historia dorada de los cuarenta años del régimen, pero quedará retratado como el cobarde que siempre fue al amparo de tipos armados con uniforme. Retratado por una mujer que tenía tanto amor para repartir que por amor dio la vida de la peor de las maneras imaginables.

Di media vuelta y empecé a recorrer el pasillo que conducía a la calle sin soltar el último pedazo del diario de Delia existente sobre la tierra. Sentí un ligero escalofrío al pensar en la posibilidad de que aquel cobarde me disparara por la espalda. Pero aún

así, movido por un mecanismo hasta ese momento desconocido, continué caminando sin cesar hasta alcanzar la puerta de salida, abrirla y sentirme, por fin, a salvo.

Me resbalé entonces por el marco de la puerta, aún entreabierta, hasta quedar sentado en el suelo. Abracé las páginas amarillentas del diario de Delia y rompí a llorar amargamente como jamás lo había hecho.

Entonces, en el interior de la casa, sonó un disparo. Hueco. Sin efectos especiales. Nada grandilocuente. Un único sonido sordo, seguido de un ruido de cristales rotos, que acabó con mi llanto. Me levanté sereno, casi con la certeza de que aquel cobarde disparo había ido a parar al retrato enmarcado de Lamela padre. Sentí la dolorosa punzada que da el saber que ciertos personajes no conocen la dignidad, la vergüenza, el arrepentimiento. La misma certeza que esos personajes tienen de haber obrado correctamente durante toda su vida. Con rectitud. Como debía hacerse. Y supe a la sazón que no existe la justicia poética.

Descendí lentamente por las escaleras secándome las mejillas y salí a la lluviosa mañana de Santiago empapándome de docenas de sentimientos acuosos nuevos y desconocidos, mientras el ruidoso ambiente de la calle acallaba la algarabía de algunos vecinos de la escalera, curiosos y aburridos, saliendo a sus rellanos y preguntando unos a los otros por el origen de aquel ruido.

## 24.— Epílogo

Cuando empecé mi viaje a Galicia, en el verano del 2010, ni por asomo se me había pasado por la cabeza que acabaría escribiendo un libro. Nunca en mi vida había pensado en esa posibilidad.

Pero la historia fue cogiendo forma, despacio, gracias a los ánimos que me dieron Valérie, Carlos Diez y Rolf LeNoir y al entusiasmo del cabo Lorenzo Silva, gran amante de las novelas policíacas.

Tengo que agradecerles la pesadilla de las lecturas de borradores y, a Valérie en especial, las correcciones de estilo y de mi gallego tan falto de vocabulario, lengua en la que me empeñé en escribir este libro en honor a mi padre, a Delia, y a las gentes del campo gallego que aquí aparecen representadas por personajes inexistentes con nombres y lugares inventados.

Después de la visita a Santiago escribí este libro en Galicia, Barcelona, Madrid, París y Menorca entre los años 2011 y 2012.

César Pérez Acosta

# Notas

[1] Te echo de menos. Gira por Galicia. ¿Nos vemos a la vuelta en un bar del quartier latin? <<

[2] Artefacto de madera accionado por el viento que ahuyenta a los pájaros con el ruido que hace. <<

[3] Pijo, de clase alta. <<



[4] En lunfardo calabozo, cárcel. <<

[5] Las pistolas *Astra 400 de 9mm* se fabricaban en Valencia y en Barcelona. Las fabricadas en Valencia llevaban las siglas *R. E.* de «*República Española*» mientras que las fabricadas en Barcelona llevaban el nombre de «*Ascaso*» en las cachas (Nota de César Acosta). <<

[6] Nota para posibles lectores argentinos: a pesar de que nací en la Argentina y dispongo de la doble nacionalidad franco-argentina, al irme con siete años, no había podido todavía comer grandes cantidades de carne como lo hubiera hecho, posiblemente, si hubiera permanecido allí unos cuantos años más. Sería posible que un niño de esa edad recordase una cantidad de carne equivalente, pero en este caso no era así. <<

[7] Confirmado: mi padre fue el Dimas guerrillero que tú encontraste. Continúa la búsqueda por Aviador, por favor. <<

[8] Mientras proveía de armas al vecindario, que antes había solicitado, se dirige a los campamentos con fasces y otras insignias del imperio. <<

[9] *Do svidania tovarich*: hasta luego camarada <<

[10] Hijo de puta, cabrón, en francés <<